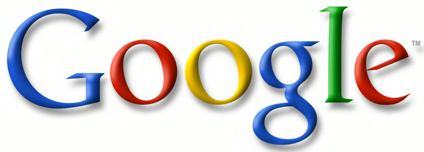


This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

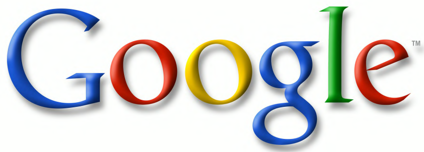
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at http://books.google.com/



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

A 406400

F
3735
.M76
1894
v. 1-6




THE UNIVERSITY OF MICHIGAN · LIBRARIES ·
THE UNIVERSITY OF MICHIGAN
ARTES · SCIENTIA · VERITAS
1817





47

Legajo №



CATILINARIAS

POR

JUAN MONTALVO.

PRIMERA.

(TERCERA EDICION.)

7054

GUAYAQUIL

IMPRENTA DE "EL TIEMPO."

1894.

CATILINARIAS

POR

JUAN MONTALVO.

PRIMERA.



(TERCERA EDICIÓN.)

GUAYAQUIL

IMPRENTA DE "EL TIEMPO."

1894.

F
3735
.M76
1894
V.1-6

7 30664 013

PRIMERA.

TANTO MONTA.

Mote de la empresa de Don Fernando el Católico.

os pueblos que viven dentro de la jurisdicción de las hadas infaustas, sean grandes ó pequeños, tienen la facultad de atraer sobre sí la vista de las demás naciones. El poder de las lágrimas es un secreto de la naturaleza, y la desgracia título de consideración para los que saben coronarse de ella, resplandeciendo en las virtudes. Llora, mujer, y vencerás, dice el refrán. Harto ha llorado Polonia, y está llorando todavía, sin esperanza de redención, ni más consuelo que la lástima del mundo, que á su vez llora la suerte de un pueblo ilustre. La mujer vence con las lágrimas; las naciones, miéntras más lloran, ménos acreedoras son al aprecio de los pueblos dignos. La libertad no es un bien sino cuando es fruto de nuestros afanes; la que proviene del favor ó la conmiseración es ventaja infamante, á modo de esos bienes de fortuna mal habidos que envilecen al que goza de ellos, sin que le sea dado endulzarlos con el orgullo que la inteligencia y el trabajo suelen traer consigo. Pueblo que no tiene desahogo sino la humilde queja, ni arbitrio sino el llanto, ni compasión merece, ménos protección de los demás. Para que el infortunio sea cosa interesante, ha

de ser devorado por uno con dignidad y valor, sin que la esperanza se halle nunca fuera de sus afectos. Sucede que á una persona se le caen á pedazos carne y alma, y todavía la miramos con desden, si no se levanta sobre su suerte y nos hace ver que el espíritu no está sujeto á la materia. Miéntras más ruin, más infeliz un hombre: un pueblo no tiene derecho para llorar sus tribulaciones, cuando ellas no son enviadas inmediata directamente por Dios, único caso en que debe sufrirlas con paciencia, pues contra él no valen furias, ni sus decretos adolecen de injusticia: los males que derivan de la tiranía, tienen remedio, y á la mano. Pueblo es un vasto conjunto de individuos cuyas fuerzas reunidas no sufren contrarresto: su voz es trueno, su brazo rayo. Emperadores y ejércitos, capitanes y soldados, tiranos y verdugos, todos caen, si ese gigante levanta su martillo. El pueblo es un cícople; suda á torrentes en su inmensa fragua, pero está forjando las armas de los dioses. Todo pueblo merece su suerte, dice un severo juzgador de la especie humana; y es así; pues si es mala y no hace por mejorarla, ¿no es claro que está bien hallado con el yugo? La regla es falsa, me dirán; Polonia ha dado vuelos sublimes hácia la libertad, y no ha salido con su empeño: Polonia no merece su suerte. Si la merece ó no, las investigaciones de los filósofos acerca de la causas de su caida, lo dirían; en cuanto á sus esfuerzos por libertarse y emanciparse, ellos son su gloria, y sin ellos el mundo no contemplaría esas ruinas sagradas, temblando en su admiración y su dolor. Presa de tres leones, ¿á dónde se ha de volver? blanco cisne en medio de tres águilas, ¿cómo se ha de escapar? Desde que Juan Kosciusco cayendo en Podzance bajo una bala moscovita, trazaba sobre la nieve con la punta de su espada estas palabras: *Finis Polonia*, Polonia desapareció. Esta es una excepción terrible que no saca mentirosa la sentencia.—Todo pueblo merece su suerte.

Si me preguntan cuál es el prurito que vuelve más vicioso y criminal á un gobernante, yo responderé que el abuso de las leyes. Leyes son los vínculos de la sociedad humana con los cuales viven los hombres formando un sólo cuerpo, sujetos á unos mismos deberes, agraciados con unos mismos fueros. El que viola el código de esas reglas en provecho de sus orgullos, sus vanidades ó sus iras, es impío

que da un corte en el santo nudo que encierra los misterios de las naciones, y rompe el símbolo de la felicidad del pueblo. En razón de las leyes divinas reconocemos el poder de Dios, en razón de las naturales acatamos á la naturaleza, en razón de las humanas dependemos los ciudadanos unos de otros, y todos juntos somos esclavos respetables del soberano invisible que está ahí erguido y majestuoso con nombre de Estado. Al que prescinde de los principios religiosos, la Iglesia le pone fuera de su gremio; al que los escarnece, le maldice y tacha de sacrílego: maldito es y sacrílego igualmente el insensato que se pone él mismo fuera de la comunión social con el traspaso de las leyes. La excomunión es pena de las grandes en todas las religiones: cuando los pueblos, cansados de padecer y tolerar, yerguen la cabeza y levantan el brazo en ese movimiento espantoso que se llama revolución, los malditos pierden el color y se ponen á dar diente con diente. Ese tribunal es inexorable: mentiste, engañaste, hiciste burla del pacto general y befa de la república: muere, perverso: condénate, impío. El patíbulo, un feo cadáver en los brazos, está dando fé de la justicia de un pueblo, ó las piedras de las calles teñidas en sangre del réprobo que ha concitado su justa ira.

Toda infracción es delito, y no hay delito sin pena: las infracciones repetidas son culpas multiplicadas que acreditan un gran pecador en el triste que así atropella los mandatos del cielo como los de la tierra. El abuso triunfante, soberbio, inquebrantable, es tiranía: en las entrañas de esta Euménides se dan batalla las pasiones locas, los apetitos desordenados, los propósitos inícuos, y tomando cuerpo en forma de verdugo, comparece á un mismo tiempo en todas las ciudades de la república, condecorado con el hacha, la cuerda ó el fusil pervertido, á llevar adelante sus obras de condenación. Tiranía no es tan sólo derramamiento de sangre humana; tiranía es flujo por las acciones ilícitas de toda clase: tiranía es robo á diestro y siniestro; tiranía son impuestos recargados é innecesarios; tiranía son atropellos, insultos, allanamientos; tiranía son bayonetas caladas de día y de noche contra los ciudadanos; tiranía son calabozos, grillos, selvas inhabitadas; tiranía es impudicia acometedora, codicia infatigable, soberbia gorda al pasto de las humillaciones de los oprimidos. La tiranía es fiera de

cien ojos : ve á un lado y á otro, arriba y abajo, al frente y atras : zahorí prodigioso, en el centro de la tierra descubre si una virtud prófuga está allí metida en su propio rubor; si una inteligencia, procurando apagarse ella misma para no morir, se ha escondido en las sombras que ilumina apesar suyo; si un corazón grande y puro se ha puesto tras el olvido para no ser tomado por los sicarios que ciernen el mundo en busca de lo justo, lo grande y lo bueno. Patriotismo, amor á la libertad, deseo de ilustración pública, son enemigos de esa hija del demonio, á quien ofenden é irritan luces y virtudes.

Tiranía es monstruo de cien brazos : alárgalos en todas direcciones y toma lo que quiere : hombres, ideas, cosas, todo lo devora. Devora ideas ese monstruo : se come la imprenta, degüella ó destierra filósofos, publicistas, filántropos; esto es comerse ideas y destruir las. El tesoro nacional, suyo es; la hacienda de las personas particulares, suya es : suyo lo superfluo del rico, suyo lo necesario del pobre. Si algo le gusta al tirano, es la oveja de Natan. Entre los antiguos mejicanos el tercio de los haberes de los súbditos pertenecía al emperador : pueblos hay en estos tiempos de progreso y estos países de libertad inrestricta que habitamos, donde los ciudadanos libres y felices han llegado á pagar el quinto : á un paso están de los vasallos de Motezuma. Pagar, á quien ¿al gobierno? al fisco? No; al presidente, ese magistrado republicano que se está allí resplandeciendo en la luz de las leyes, fijo el oido en los consejos de Minerva.

Leyes...... vuelven á salirme al paso, y me hago con ellas. Leyes son freno de oro que nos obliga á ir y venir mesurada, cuerdamente. Duro es el bocado, pero saludable : esos sabores mantienen la frescura de la boca, esas camas agarran las riendas, dan fianza para no soltar el nudo de la vida. Rotas las leyes, rota la caja de Pandora : los males salen en torbellinos y, braveando por la república, triste la dejan y arrasada. El que la suele romper es el depositario de ellas : hombre desleal, así agradeces la confianza hecha de ti por los que te las pusieron en las manos? T raidor, las rompes, haslas roto : cual es tu pena? No la

has de oir, la has de ver, cuando, las manos con empulgueras, la carlanca al cuello, vayas lento y aterrado por esas calles por donde paseabas tu soberbia teñida de oro y sangre.

La transgresión de las leyes no es sino favorecimiento inícuo á unos pocos, ó quizá á uno, contra la mayor parte de los ciudadanos, contra la generalidad. Los tiranos suelen ser el todo ellos sólos: divinidades animadas por el orgullo, échanse á los hombros el mantón de Demetrio, y salen paso entre paso contoneándose cual Genios superiores al linaje de los mortales. Sol, luna, astros, bordados de oro y pedrería fina en fondo primoroso, están girando al rededor de Demetrio, cuyos decretos son divinos en concepto de los caidos atenienses. Los grandes tiranos, esos á quienes exaltan prendas y endiosan triunfos, todos suelen vestir el mantón sembrado de astros: éstos giran humildes en torno suyo, y ninguno los toca: héroes, nobles, barones y terratenientes poderosos son los astros que giran al rededor de los tiranos de gran porte, esos que con la cabeza dan en el firmamento, y con los piés están haciendo acto posesivo del infierno. Para ser gran tirano se ha menester inteligencia superior, brazo fuerte, corazón capaz del cielo y de la tierra: los opresores vulgares no llaman la atención del mundo; los ruines, los bajos, son tiranuelos á quienes perdona el pueblo cuando se derruecan, y olvida por desprecio. Los bajos, ruines, pero criminales, pero ladrones, pero traidores, pero asesinos, pero infames, como Ignacio Veintemilla, no son ni tiranuelos; son malhechores con quienes tiene que hacer el verdugo, y nada más.

El conde José de Maistre, apologista de este personaje, pone en sus garras con amable desenfado al revolucionario patriota, al amigo de la libertad y el bien común, al escritor luminoso y atrevido, al prócer, el apóstol, el hombre libre que levanta al cielo la frente y no reconoce vasallaje envilecedor: todos son presa natural del verdugo para ese gran teórico, émulo de Hobbes. El que mata á todos, con razón ó sin ella; el que roba á todos; el que agravia á todos; el que oprime á todos, éste es el único que no ha de subir jamás los cuatro peldaños de esa escalera negra por donde los más desgraciados de los hombres se encaraman en el altar de la infamia. Pues yo digo, señor conde, que

si alguien merece el patíbulo, es el hombre inicuo, tirano ó malhechor, sobre quien pesan crímenes propios y desgracias de los pueblos.

Sin traspaso de las leyes no puede haber tiranía; habrá quizá despotismo; si la hay, no está ella en el que las ejecuta, sino en el legislador. Si hay traspaso, hay tiranía, por fuerza de razón. Pues cómo sucede que uno que las traspasa no se puede llamar tirano? Los bandoleros las infringen, y no se llaman tiranos; son malhechores. Y el que se alza con todo, sin facultades para distinguir el bien del mal, sin luz de razón ni principios de gobierno, á impulsos de su bestial naturaleza; que brilla por el veneno y el puñal; que infama la tiranía misma con la hez de los vicios; que aborrece la justicia, por maldad; desprecia la inteligencia, por ignorancia; un azota calles puesto en el solio por asalto nocturno, y sostenido allí por una bandada de gente hampesca; un pobre diablo como éste, ¿alcanzará nombre y fama de tirano? De ninguna manera; y quedas, oh lector, remitido desde ahora á otro lugar donde más largamente se contiene esta materia.

Leyes......para qué las quiere Ignacio de la Cuchilla? Con qué derecho habeis descendido armados á estas tierras que no son nuestras? le dijo un romano á Brenno que se presentaba en Italia blandiendo la pica de los galos. Nuestro derecho lo traemos en la punta de nuestra espada, contestó el bárbaro. No le preguntemos á Ignacio de la Cuchilla con qué derecho está imponiendo contribuciones exorbitantes á los pueblos; con qué derecho proscribe á los patriotas, los escritores, los varones eminentes; con qué derecho manda á media noche asesinar á los mejores; con qué derecho suprime escuelas, quita rentas á los colegios, amenaza á las Universidades; con qué derecho pone las aduanas y las administraciones en manos de hombres sin fé ni probidad; con qué derecho asigna rentas fabulosas á insignes pícaros, y capa ó quita del todo las de útiles oficiales; con qué derecho se tira de rodillas y llama extranjeros en su auxilio cuando las ha con enemigos interiores; con qué derecho cubre de infamia á la Nación y de ridiculez al Gobierno; con qué derecho embriaga al Cuerpo Legislativo

por costumbre, y convierte en lupanar la casa presidencial; con qué derecho impone multa y castigo denigrante á la Corte Suprema de Justicia por un fallo de este Poder independiente; con qué derecho envilece y arruina al clero, obligando á sacerdotes encadenados á firmar documentos mentirosos de prostitución y esclavitud; con qué derecho acusa á los inocentes con cartas fingidas, fabricadas en su oficina de imposturas; con qué derecho busca los más invisibles de los hombres, como sean los más corrompidos y perversos, para darles mando y dictadura en las provincias; con qué derecho retiene esas nefandas facultades extraordinarias sin término ni motivo; con qué derecho se anda por las calles seguido de una manga de sicarios, echando á tierra con el bastón el sombrero del que no le rinde vasallaje, y punzándole la barriga al tiempo que le harta de improperios: no le preguntemos nada de esto, porque él ha de responder: Mi derecho está en la punta de mi puñal; mi derecho está en las puntas de mis uñas, largas como veis, sucias y retorcidas; mi derecho está en la punta de mi nariz con la cual husmeo y descubro lo que cuadra con mi apetito; mi derecho está en mi negadez; mi derecho está en mi ignorancia; mi derecho está en mi proclividad; mi derecho está en mi impudicia; mi derecho en este zurrón de vicios y perversidades que escondo en mi negro pecho. Este bárbaro ha descendido á la República con su cola de trogloditas, y en nombre del pecado y por autoridad del crimen ha planteado en ella las instituciones y costumbres de Sodoma.

Los trogloditas eran un pueblo sobre el cual la lluvia de fuego estaba en el disparador; hombres y mujeres todos hundidos en un pozo de iniquidades y torpezas. Entre ellos la importancia personal de un individuo se graduaba por el número de acciones atroces, ó por los actos que hacen temblar á la naturaleza. Pundonor en los unos, pudor en los otros, borrados de sus costumbres: sangre, rapiña, blasfemia, gula, incesto, pan de cada día para esos miserables. Viven sin gobierno; la anarquía envolviéndose sobre ella misma y soltándose luego cuan larga es, va serpenteando por la tierra, ó se dispara veloz de un punto á otro: incendios bacanales furiosas, adulterios, parricidios, ésta la vida de los trogloditas. Tan veleidosos como sober-

Dios, un día les pasó por la cabeza ganar en consideración volviendo su estado monarquía, quisieron monarca, títulos y condecoraciones, con lo cual prevalecieron por la vanidad los principales llamándose condes, duques y hasta príncipes los más atrevidos y ambiciosos.

Había entre ellos uno que se dejaba estar en austero silencio, sin tomar parte ninguna en ese empeño general de crímenes y placeres indebidos: ora por corromperle, ora por ponerle al toque de las virtudes, proclámanle su rey: al trono! al trono! El rey electo se yergue, encapota la frente más y más, y en voz terrible dice: Yo vuestro rey, pueblo infame? Los dioses castigarían en mí semejante condescendencia: vosotros los crímenes, yo las virtudes dentro de mi corazón: adoro al padre de los mundos, tiemblo de su justicia, y procuro no parecerme en nada á monstruos como vosotros. El más ladrón, el más torpe, el más lujurioso, el más borracho, el más inicuo de los trogloditas, ese es vuestro rey. Les vuelve la espalda y se va fuera de la ciudad á una cueva donde vive con una mujer casta y temerosa de Dios, cultivando la conciencia en comercio con la Divinidad por medio de los buenos pensamientos.

Los trogloditas no lo matan; sorprendidos quedan, aturdidos. En tumulto inmenso van hácia el hombre justo, le toman en hombros y le traen á la ciudad por la razón ó la fuerza. Sed nuestro rey, exclaman; guiadnos, corregidnos esta lepra que nos devora el alma: os obedeceremos, os veneraremos. El hombre justo se pone á verter lágrimas. "¡Trogloditas! dice, del pueblo más perverso y corrompido de la tierra, sereis el más bueno y morigerado: el dedo de Dios está oprimiendo vuestros corazones, bien lo veo: llorad conmigo vuestras culpas, y seguidme por la carrera de las leyes: el cumplimiento de las divinas y las humanas será vuestra salvación." Siguiéronle por allí al hombre justo los trogloditas, y vinieron á ser ejemplo de pueblos sabios y virtuosos.

Ecuatorianos, el troglodita que está sobre vosotros es el peor de todos, es el que designó el hombre justo; derribadle, buscad vuestra salvación en el cumplimiento de las leyes divinas y humanas; de otro modo sereis los trogloditas del Nuevo Mundo, y os devorará el alma esa lepra que corroe la del Jestas que teneis sobre vosotros.

Hubo así mismo en un lugar una junta de hombres, no tanto malos cuanto viles, que se llamó Convención ó Cuerpo Legislativo. Van á dar leyes, y no tienen rudimentos del derecho; á prescribir reglas de justicia, y son injustos. El legislador es sabio como Solón, austero como Licurgo: hez de cuarteles, gente del campo, soeces taberneros, vagos y vagamundos, ¿qué constitución, qué leyes? Ignacio Veintemilla, Jefe Supremo, va cada día á un chiribitil contiguo á la sala de sesiones, y está sacando la cabeza y alargando el cuello, á ver quien da su parecer en contra de sus pretensiones. Por la noche los legisladores están en su casa, comen y beben, se embriagan, vociferan: son los trogloditas del troglotón supremo. En este vaiven de carne y aguardiente, de vilezas y fechorías, las leyes estuvieron hechas: jendarmes sin ley, payos sin letras, polizones sin oficio, rábulas sin equidad, sacerdotes sin Dios habían dictado leyes. El presidente de la Convención era un viejo ebrio consuetudinario: borracho iba á las sesiones; no contento con esto, levantábase á cada paso á hacer aguas y echar un trago: el botiquín de aguardiente está ahí, tras una puerta: allá se acoge á curarse á cada rato, á curarse ......Templanza, honra, majestad del hombre son enfermedades para ese viejo sátiro. Se levanta la sesión: borracho fué á ella, borracho sale y se va por esas calles en lastimoso tambaleo. Un hombre está de pié en el umbral de su tienda: el presidente de la Convención, que está viendo dos candiles, alza el palo, se le va encima: "Canalla! el que me toque á un pelo á uno de mis soldados, al patíbulo". *El no va al patíbulo todavía; va á la cama, y allí le está tocando el pelo toda la noche á su santa esposa,—la botella. Al otro día se ha de levantar un Minos, y ha de ir á dar la ley de la prostitución y el escándalo.

Los legisladores han concluído las leyes: el último día revisten de facultades extraordinarias sin término al dios de los dioses, toma cada cual su mula de alquiler, y, el delito en el corazón, la infamia en el rostro, las alforjas al anca y el empleo en la faltriquera, se reparten por provincias y ciudades. Saliéndose aún de la órbita de ellas, el rey de los trogloditas no arrepentidos, es dictador: su dictadura, eso sí, modesta; para desterrar á los buenos; para sepultar á los mejores en prisiones; para llevarse á su casa los cauda-

les públicos; para gravar con nuevos impuestos la agricultura, la industria; para celebrar contratos en los cuales se favorece él mismo con medio millón de pesos; para quitar á los planteles de educación sus rentas naturales; para ceder las aduanas á sus cómplices, como le manden su parte equitativamente; para ninguna cosa mala. Y este cumplido troglodita está haciendo cada día una cruel amenaza á los ecuatorianos. "Me he de ir, dice; me he de ir á Europa, en donde saben apreciarme. Ingratos: me he de ir: en Francia me quieren: en Inglaterra conocen y reconocen mis méritos; en Alemania tengo vara alta: me he de ir."

Y en España, Ignacio de los Palotes......? y en Madrid......? y en la calle del Arenal......? y en el Hotel de las Cuatro Naciones no te saben apreciar, no conocen tus méritos, no te quieren? Sí te quieren, para alojarte en los pontones de Cartagena ó dar contigo en la Carraca. Testigo el marqués de Acapulco, don Mariano del Prado, con quien te mandó afectuosas memorias el italiano Juan Borella. No te vayas; las requisitorias están en París, te echan mano. Puedes irte, el niño: le ablandarás al de Madrid con un buen porqué de unto de Méjico; pues para algo han de ser los quinientos mil pesos que te tienes por ahí, amén de los seiscientos mil que te van á caer del cielo por el ferrocarril de Yaguachi. Puedes irte, amigo, y goza de las consideraciones y el amor que te profesan en Europa.

Llorad, ecuatorianos, se va! derretíos en lágrimas, se fué. Los esquilmos de nuestras haciendas estarán seguros, las alhajas de vuestras hijas no correrán peligro, la vajilla yacerá en su alacena: llorad. Un negro con lanza, un cholo cualquiera con gorra no os insultará en la calle, un *jefe* beodo no os cubrirá de injurias, un rufián de servicio no os llevará á la cárcel: llorad.

Vosotros, periodistas; vosotros, jueces; vosotros, profesores y catedráticos, llorad. Llorad; ya no tendreis quien os confisque vuestra imprenta, quien os castigue vuestra justicia; quien os reprenda vuestra enseñanza: llorad.

Clérigos, llorad: ya no os sepultarán en húmedas mazmorras, ni os pondrán grillos perpétuos, ni os harán firmar escritos infames el puñal al pecho.

Llorad, sastres, carpinteros, zapateros: vuestras hechuras no os serán defraudadas, ni correis peligro de ir al cuartel, si teneis la avilantez de reclamarlas.

Estudiantes, jóvenes que ansiais por ilustraros, llorad: se va Don Alonso el Sabio, se va el Albusense: llorad. Se va Tritemio, se va Santo Tomás de Aquino.

Poetas, se va Mecénas, se va Augusto, llorad. Se va Cristina de Suecia, se va Luís decimocuarto.

Llorad, agricultores, se va Ollivier de Serres, se va Enrique, el protector del trabajo y la industria.

Maestros de escuela, llorad: se va el dueño de vuestras rentas, se va.

Matronas de alta guisa, llorad: se va el yerno codiciado. Niñas de quince abriles, se va el novio pretendido: llorad.

Llorad, ninfas, se va el Silfo. Náyades de las fuentes, napeas de los bosques, dríadas y amadríadas, llorad: se va el Amor, el Genio de los fantásticos placeres.

Llorad, Musas, se va Apolo. Flores, llorad: se va el fresco, blando Céfiro.

Pan del hambriento, vino del sediento, vestido del desnudo, qué no era ese San Carlos Borromeo ceñido de invicta espada. Enseña al que no sabe, da buen consejo al que lo ha menester, visita á los enfermos, con la bolsa en la mano, para meter allí lo que encuentra en sus santas peregrinaciones, si gargantillas de perlas, si cucharas de plata. Lloremos, compatriotas, lloremos: se va nuestro libertador, nuestro civilizador, nuestro benefactor. Ingratos, no llorais? Oh corazones broncos, oh pechos áridos, oh almas de almirez, sacad agua de las piedras, llorad. Ya no oireis ese paso lento, pesado, fatídico por vuestras calles. Ya no vereis ese pescuezo de meses mayores que está amenazando con una reventazón de hiel y vinagre; ya no sentireis en las carnes esa uña envenenada. Se va el rey, se va el papa, se va. Se va, se va, se va nuestro padre y madre: llorad, lloremos.

Qué llanto deplorable es ese que inunda los ámbitos de la Nación? Lloran los hombres, lloran las mujeres; lloran los civiles, lloran los eclesiásticos: se fué....

No lloran porque se va, sinó porque no se quiere ir ni morir el bruto: lloran los cobardes, cuando lo que deben es

alzar el brazo y dar al través con ese malvado tan sin fuerza contra un pueblo pundonoroso y valiente. Es por ventura su poder obra de su vigor? La flaqueza de los demás, la entereza del ruin que al menor síntoma de cólera popular pone las manos á gentes extranjeras y las llama en su socorro. Qué fuera de él con la Nación alzada? qué de sus cómplices y esbirros ahogados siempre en bebidas soporíferas y apocadoras? Pueblo, pueblo, la honra ha huído de tu pecho, la vergüenza de tu rostro. Cuándo viste sobre tí alimaña más soez y despreciable que ésta que hoy te está chupando la médula de tus huesos? ¡Y no te enderezas, y no te superas á tí mismo, y no rujes de cólera y sacudes de tu cuerpo el ávido murciélago que ya te tiene exangüe! Honor, pundonor, consideración de las demás naciones, bienes de fortuna, todo te lo ha comido, todo. Y le sufres aún; y, esqueleto rechinante, le sirves de caballo, y él te monta, y él te mata. Pueblo, pueblo, pueblo ecuatoriano, si no infundieras desprecio con tu vil aguante, la lástima fuera profunda de los que te oyen y te miran. Un tirano, pase; se le puede sufrir quince años; pero un malhechor? pero un salteador tan bajo, un asesino tan infame? Pueblo, pueblo, pueblo ecuatoriano, vé á la reconquista de tu honra, y muere si es preciso.

Se va á Europa, allí le aprecian, le quieren. Los que no saben cuanto alcanza en las naciones del viejo mundo, en esas capitales opulentas, un desconocido cualquiera que llega sin nombre ni bienes de fortuna, podrían quizá dar alguna significación á la pajarotada de ese farandulero. Quién le aprecia en Europa? la motilona que le lleva á medio día su pitanza á la cama? la vieja que le recibe la llave, cuando él sale para el café? el mozo de la cervecería que le sirve copa sobre copa? la dama del número 5 que le conoce como á su parroquiano? el dueño del garito que le ve todas las noches? Estos le aprecian, éstos le quieren. Por lo demás ¿qué relaciones un quidam sin talento ni riqueza? qué distinciones un pícaro de más de marca? Inteligencia superior, grandes obras de la pluma ó de la espada, caudales bien ó mal invertidos se han menester para hallar puesto entre la gente de chapa de esos mundos. Andar condecorado fraudulentamente, como Ignacio Veintemilla, falsificando cintas y veneras, podrá recomendarle á uno á los po-

ficiales, é infundir cariño en la gente de la hampa; mas no son estos miramientos ni este amor los que buscan los hombres de bien y trascendencia. No hay duda sino que, si sale con vida de la nefanda aventura en que está metido, se ha de ir á Europa, se ha de llamar conde, ha de tener coches y lacayos, él, el pobrecito del ómnibus, el sopista de Picpus. Pero tras ese gran señor de yeso no podrá ocultarse el criminal, y una vez que el Príncipe de Cavalcanti venga á ser descubierto, huir ha con títulos y millones. En su patria una muerte y muchos robos; en Madrid una estafa de.... caballero; en París, robo de la espada de Solano López, falsificación de símbolos nobiliarios. En esta última ciudad está llamado por la justicia: no ha comparecido; ántes escribió al Mariscal Mac Mahon, presidente de la República francesa: "Grande y buen amigo." Si ese egregio Magistrado, ó la reina de la Gran Bretaña, tuviesen noticia de quién es su *grande y buen amigo*, mandarían sendos buques á castigar con bombardeo al pueblo que tiene la vileza de sufrir sobre él á perillán como ése, y al mismo belitre que se atreve á hombrearse con presidentes de marca mayor y testas coronadas. Un nubarrón oscuro en forma de corneja se está levantando sobre ese Lapyta afortunado: su estrella va á apagarse, se apagó.

Muchas veces he membranza
Del cielo venir señales,
Que nos daban figuranza
De la malaventuranza
De nuestras cuitas é males.

Las leyes........ Hánsenos ido nuevamente de las manos, pero no hemos hecho infracción de ellas. Una vez que los convencionales las hubieron llevado á felice cima, pusiéronse á roerlas ellos mismos, y echáronlas abajo de raiz. Leyes, buenas ó malas, ya estaban hechas: gracias á Dios, la dictadura vió su término, y el peligro inminente que Bolívar estaba señalando en ella para la patria, dejó de amenazarla. Dura labor la de esos legisladores: comer, beber,

dormir, jugar muchos de ellos y firmar todos. Constitución y leyes, hélas allí. Pero esos Claudios y Papirios, esos Régulos y Catones no habían contado con la huéspeda: Mensaje del Poder Ejecutivo! gritan los hujieres. El señor ministro, un soberbio capón de partirlo con la uña, se presenta, sus papeles en la mano: "Señor presidente, señores diputados: hará cosa de seis días dos hombres misteriosos llegaron á la casa de posada de Guaranda. De Guaranda, señores, fijaos en la gravedad del asunto. Encerráronse estos hombres, y ni comieron ni bebieron: hombres misteriosos, como queda dicho. Venía el mayor cubierto con uno de esos aparatos de camino que llaman catalan, mascarilla ó papahigo: el otro, por el recorte del pelo, daba indicios de ser fraile; capuchino, jesuita ó domínico, no lo podría decir el supremo Gobierno. Al otro día los hombres misteriosos habían desaparecido. La Cámara, en su providencia, dictará las necesarias para la salvación del país.

Señor ministro, contesta el presidente, viendo siempre dos candiles donde no había más que uno, según lo expuesto por vuestra paternidad, la República se halla al borde de un abismo. Dos hombres misteriosos en una posada, fraile el uno, con papahigo el otro.........la revolución está hecha. Podeis asegurar al excelentísimo señor Capitán General de sus ejércitos que este ilustre consistorio no escatimará los medios de defensa, ni le regateará su co....su co....su copa....su cooperación. Al joven Carlomagno le ha de caber de nuevo la gloria de salvar la libertad y los principios.

El honorable presidente se agacha, se agazapa y esconde tras la mesa de su alta plataforma, echa un trago, se endereza y pregunta: Su señoría el señor ministro no tiene otras pruebas que aducir? Pruebas, señor presidente? eso es lo que sobra; más ántes dignaos advertir que entre *señor y señoría* hay pleonasmo. Y cómo no? replica el presidente; pues si lo que habemos menester en estas nuestras apuradas circunstancias es un pleonasmo, un gran pleonasmo, de esos con los cuales Mitridátes salva la Francia, y Benedicto catorce pone á raya á........Torre Tagle. Un pleonasmo, sí, señores, pleonasmo; lo que se llama pleonasmo.

Profunda era la admiración de la Cámara por la sabi-

duría de su presidente; y el señor ministro, no muy seguro en ese terreno, pasó á dar las pruebas, y dijo. "Un honrado comerciante de Guayaquil nos escribe que los insurgentes no se dan punto de reposo, y que ántes de uno ó dos años la revolución será *urbis et orbem*. *Urbis et orbem?* grita el presidente; lo habeis oido, señores diputados, *urbis et orbem*. Andrés Alciato y Justo Lipsio hubieran dicho quizá *urbi et orbi*; más el señor ministro y el presidente de la Convención hablan latín corregido, aumentado y perfeccionado; ellos dicen *urbis et orbem*: latin parlamentario, latin oficial.

Los legisladores, que por casualidad no estaban ese día tan borrachos como su presidente, no juzgaron que el caso del señor ministro fuese de tocar á somaten, y dejaron las facultades extraordinarias para cuando se presentasen más pruebas, siquier indicios de la conspiración. Esa noche el Jefe Supremo no les dió de comer ni de beber, y como iban presentándose en su casa, los iba hartando de desvergüenzas y echándolos escalera abajo. La siguiente, un horrible acaecido les abrió los ojos á los diputados, y vieron, esos ciegos: libertad, instituciones, patria, húndese todo, sin la advertencia y sabiduría del Jefe Supremo. Fuego! fuego! arma! arma! Se quema el cuartel del *Número Catorce* arde el mundo, se pierde la Francia!

El infame cometió ese día el más bajo de los crímenes, el incendio. Traspuso por la mañana sigilosamente el parque, y de noche mandó meter fuego á un rancho que estaba sirviendo de cuartel. Era éste una armazón de magueyes y paja sobre las paredes de una iglesia caida. Preséntase de nuevo Eutropio en la cámara legislativa, y dice que los enemigos del gobierno han incendiado uno de los cuarteles; que la revolución está descubierta con hecho tan audaz y notorio. Los diputados, íntimamente convencidos de la superchería le dieron facultades extraordinarias para toda la vida al incendiario. Cuál es más infame, el malhechor ó sus fautores? el malhechor ó sus encubridores? Tocado el rebato, acudió el pueblo: el batallón, distribuido en las esquinas, bala en boca, le echó á la espalda. Jefe Supremo y presidente de la Convención, con bastones levantados, estaban ahí presidiendo el incendio, sin permitir que nadie acudiese á salvar la ex-iglesia. ¿Piensan estos dos histriones que el pueblo es un canasto de títeres, y la Na-

ción un retablo donde ellos, rey Marcilio y rey Sobrino, han de dar sus farsas en uno con maese Pedro? Los asesinatos castigaría yo con el patíbulo, los robos con el grillete y la escoba, y la patraña del incendio y las facultades extraordinarias, con azotes. Un hombre de sangre en las venas decía no ha mucho, que á los convencionales de Veintemilla y Urbina se les debía transmitir á la posteridad en un cuadro inmortal con sus retratos. Bueno; pero en el cuadro no han de estar sentados, sino echados de......barriga.

"Ese no! me ha de venir con leyes," respondió Ignacio de la Cuchilla á un individuo que para Ministro de Estado le proponía un hombre de ley. El estilo es el hombre, dijo Buffon, cuyo axioma están repitiendo todos los días filósofos y moralistas: el estilo es el hombre. Las palabras del hombre son la imagen de su vida, había dicho Salomón, de donde por ventura sacó su principio el gran escritor moderno. Las palabras del hombre son la imagen de su vida: "Me ha de venir con leyes," dice el menguado sin fé ni ley. El autócrata de Rusia no habla con más atrevimiento, él que por ley es soberano absoluto. Un presidente de una república que se titula democrática ¿puede rechazar á sugetos competentes y de probidad, cabalmente por que son competentes y probos? El quiere uno que no le venga con leyes; quiere eunucos natural y perpetuamente encorvados ante la majestad de su persona, que autoricen sin actuarse de ellos sus órdenes y decretos. Quiere delincuentes sentenciados, para desdoro de la Nación y tirria del cuerpo diplomático. Su ministro de lo Interior y Relaciones Exteriores actual, es un masón expulsado de una logia de Lima, previa sentencia condenatoria: estafador, impostor, mentiroso incorregible, calumniante, y otros de estos son los artículos de la acusación por la cual los masones le pusieron de patitas en la calle, un cartel á la espalda, donde estaba dicho en gruesos caractéres: "Infame." El proceso y la sentencia, autenticados, salieron á luz por la prensa con la estampa del réprobo: todo el mundo los ha visto. Ignacio de la Cuchilla sabe muy bien esto, y por lo mismo le ha hecho ministro de Estado y le tiene en roce infamador con

los de las naciones amigas. Estos, á fuer de pundonorosos, como representantes de gobiernos respetables, deben protestar contra semejante medianero, y negarse á tratar con uno cuyo retrato anda con la nota de inhábil y fallido. Ignacio de la Cuchilla es por lo menos consecuente consigo mismo: secretarios de Monipodio no pueden ser sinó Chiquiznaque y Maniferro. Hombres de ley le vendrían con leyes; no los quiere.

Por aquí pueden ver las repúblicas vecinas cuáles habrán sido los legisladores de Veintemilla, cuáles los que han puesto una triste nación como la vemos. Elegidos, en unas provincias á furor de espada, en otras á puro fraude, en las de más allá con prescindencia de los ciudadanos, la junta aquella fué una verdadera rufianería. En la capital de la República los soldados hicieron la elección: desfilando por compañías, iban de mesa en mesa: ellos también son ciudadanos, tienen derecho.... derecho de votar cada día cuatro ó cinco veces cada uno, sin que la vergüenza ni el respeto público pudiesen algo con el que los mandaba. En Imbabura, un viejo del lazareto de Urbina, charreteras á los hombros, espada al cinto, crímenes é infamias dentro del pecho, se presentaba diariamente en la mesa electoral, y como quien hace un donaire, iba sacando de todos los bolsillos puñados de votos escritos y echándolos en la urna. No contento con esto, llevábasela á su casa por la noche, y rompiéndola, sacaba todos los de los buenos ciudadanos. En Tungurahua, uno de esos palurdos que llamamos *chagras*, disfrazado de *jefe*, sale un día, vísperas de elecciones, y: "Juego, mochachos!" hiere, dispersa liberales, mata un jóven distinguido. He aquí las elecciones.

Por si estas líneas llegaren á manos literarias, ahora que en todas nuestras repúblicas hay una porción de humanistas ó beneméritos filólogos que están haciendo agua por la cultura del lenguaje; por si alguno de esos doctos escolares de don Andrés Bello, esos que las cortan en el aire en esto del hablar pulido; por si un Cuervo, un Caro, un Marroquin en Colombia; un Acosta, un Calcaño en Venezuela; un Amunátegui en Chile; un Gutiérrez en el Río de la Plata; un Merchán, un Mestre en Cuba; un Icazbalceta, un Ipandro Acaico en Méjico llegaren á echar los ojos sobre estos renglones, habré de decir lo que es un *chagra* en el

Ecuador. Chagra es lo que el *guajiro* en Cuba, lo que el *sabanero* en Bogotá. Hombre de zamarra, si á caballo; de pantalón, si á pié. Chagra sin poncho, no lo hay: la funda de sombrero, cosa suya. El chagra es mayordomo rural de nacimiento: tiene mula, yegua; caballo rara vez. El chagra dice *piti* en vez de poco, responde *jau!* cuando le llaman, y en siendo *jefe*, manda: "Juego, mochachos!" Si le obligan á sentarse á la mesa, pues hay chagras calzados y tocados, no sabe el infeliz qué hacer de la cara y las manos: come con el cuchillo, hiere el pan con la cuchara, se limpia los labios con el poncho. Cuando este humilde personaje deja *la chagra*, no su fémina sino su mansión rústica, y empieza á sacar los piés de las alforjas, es personaje terrible: chagra con botas, precillas, cachucha y galones, *abrenuncio*. El chagra-soldado, chagra-Jefe combina mal las piezas de su vestido: pantalón blanco, chaleco de grana, levita verde, sombrero de copa alta ó chistera, y hasta guantes de hilo se pone el macabeo. Verle á caballo, un rey de Prusia, sino que pide un *piti* de aguardiente, cuando se le aridece la canal maestra, y dice que *güelta* ha de venir á tomar *trago*. *Güelta*, en lengua viva de chagra, es otra vez; á donde viene á dar por *vuelta*; esto es que ha de volver á ocurrir tal cosa. *Trago* es simple figura de retórica, ó la parte por el todo. El chagra habla también figuradamente, y sin saberlo, como Monsieur Jourdain, comete hipérbatons, sinédoques, onomatopeyas de las buenas. Si el *sabanero* de Bogotá y el *guajiro* de Cuba son como éste, hermanos son, y deben convocarse á un congreso continental en Atenas, para darles términos fijos al *piti*, el *jau* y otras alimañas *ejusdem furfuris*, que hoy andan perdidos en comunidades de gente de capa parda.

El chagra llega á ser coronel, Dios misericordioso. Al que le dice "Mi coronel", es capaz de darle un ojo de la cara, aún cuando sea tuerto. El *guajiro* será hombre de este fuste? habrá guajiros coroneles? Un gran señor libertino es terrible cosa, dice un moralista; un chagra gran señor, con cacofonía y todo, es la cosa más graciosa que puede nadie imaginarse. Da convites, y en vez de jamón pone *cúi*, animalejo doméstico de América, de que los indios gustan por extremo. Humboldt, que habla con tanto encomio de la *oca* y el *melloco*, no tiene por ahí un capítulo del *cúi?* Si

Humboldt no se desdeña de hacer mención, y aún tratar de propósito estas quisicosas peculiares del Nuevo Mundo, habremos, nosotros, pobrecitos medias cucharas, de rehuir su contacto, picando en cultos y grandilocuentes? Compra vino el chagra; mas la chicha no falta de su mesa; y el café, que él llama *cuafecito*, no es bueno sino lo hierve con una punta de agua de Colonia. La loza blanca no ha penetrado aún en el palacio del chagra: allí se ven platos de mariposas azules y escudillas moradas como para frailes. Si el chagra baila, ríen los prados; eso es salir el sol á media noche, espectáculo brillante. ¡Y miren si son pocas las pernadas que da á modo de danza sutil! En resumidas cuentas, venga el chagra—galán, el chagra—diplomático, ántes que el chagra—militar porque éste, aun cuando se halle él mismo en amena conversación con amigos y señoritas, de repente se acuerda de que es soldado, y "Juego mochachos!"

Chagra no es barbarismo, como ya lo están presumiendo ciertos linguistas rigorosos; tiene su raiz, es señor de etimología y de devengar quinientos maravedises de lengua castellana, sin más que poner de las orejas en la calle á esa intrusa y salteadora, y reivindicar para la digna *c* el puesto del cual ha sido arrojada fraudulentamente. La *chacra* del diccionario es todo un solar para el *chagra* americano. Ahora que ciertos académicos de la Península, y nombradamente nuestro buen don Eugenio Hartzembusch, están mirando con tanto favor la parte razonable de nuestro lenguaje indo-español, allá va el *chagra*, por si acaso tienen á bien darle carta de naturaleza. Quitadle el *chagra* al Ecuador, y le habreis quitado la flor de su idioma: sin el nombre el sujeto vendría á quedar en contingencia; y una vez desaparecido tan curioso personaje, la nata de la población del Nuevo Mundo se ha perdido.

Dando de mano á este punto cuasi literario, volvamos á nuestra amable política. Viejos del lazareto de Urbina y *Jefes* flamantes, chagra-soldados, hicieron las elecciones á "Juego mochachos!" Qué mucho que la convención de Ignacio de la Cuchilla haya sido una junta de dioses, no de los romanos, más ántes de los de Africa, esos monitos

pelados, negros y ridículos, esos leones de piedra informes; esos animales extravagantes de que están llenos los templos de los hotentotes y los cafres? Ignacio Veintemilla va á decir que hubo libertad de sufragio, puesto que yo mismo fuí electo para la Convención; pero trabuca sus recuerdos: electo fuí, verdad, á *juego mochachos*. Cuando pálido de cólera, trémulo de miedo, despechado y balbuciente oyó mi nombre, no dijo: "Yo había dado órden de que el más insignificante de los ecuatorianos fuese electo por la más insignificante de las provincias?" Debe ser la más pundonorosa y valiente, cuando á fuero de atrevida pudo elegir al que desde entónces tenía proscrito en su ánimo ese excremento de García Moreno. Eligióle haciendo caso omiso de gobernadores, comandantes de armas, comisarios y sicarios, haciéndoles temblar la barba, como dicen, y metiéndolos en pretina. O fué más bien que no hubo allí apóstoles de la libertad que anduviesen predicando su doctrina con las culatas de los fusiles.

Reparad, señores, os ruego repareis en esa nefanda agresión á la república, cuando dice el réprobo de las naciones que había dado órden de que yo fuese electo. La mentira no es la que me saca de quicio; la ignorancia desmochada de aguda, esto es lo que me irrita. Dar órden de elegir, ¿es por ventura haber elección?

Si la órden fué cumplida, de su peso se cae que el sufragio popular fué desviado y frustrado. Dió órden de que yo fuese electo...... y, según las trazas que se había dado, era para él cosa inconcusa que yo no lo sería en ninguna parte. Cuando se le fué la albarda á la barriga, él había dado la órden. Hé aquí los fundamentos sobre los cuales levanta su vanidad, llamándose el Bismarck de Sur-América. Bismarck será pícaro á lo grande, pícaro á lo César Borjia y Maquiavelo: inteligencia superior, sabiduría profunda, don de acierto y don de gentes, estos son los materiales de que se componen Cavoures, Metterniches y Bismares: fuera de ellos, no hay sinó ridiculez y apocamiento. Diplomacia es la más peliaguda de las ciencias.

No puedo ménos que hacer una salvedad cuando doy en las galeras con esa canalla delincuente que se llamó

Convención de Ambato. Hubo en ella tres ó cuatro hombres que pudieran haber pertenecido á una junta grave y majestuosa, y un anciano con cuya presencia brillaría un colegio de senadores virtuosos. Don Pedro Carbo extremó su santidad hasta el punto de sufrir esa danza macábrica, y aún tomar parte en ella; y esto es lo que admiro en él sobre toda ponderación. Hubiera yo visto esa cara de caballo que se asomaba por ahí á intimidar y amenazar á los legisladores, sin echarle el agraz en el ojo? Hubiera llevado en paciencia ver ese fauno asqueroso, durmiendo y roncando en el sitial del presidente, un palmo de boca abierta, á donde acudían las moscas de los alrededores? hubiera sufrido el alzamiento de esa manga de urdemales contra la honra nacional y la vergüenza pública? Bien apurada la cosa, podemos decir que hubo en la comunidad de fetiches nueve hombres de conciencia, sino acendrada, no tampoco asendereada; y fueron los que le negaron su voto para presidente de la República á Ignacio Fraudador de los Ardides. Un clérigo pasó tan adelante en el desparpajo, que, encastillado en su mitra, le dijo cara á cara: "Ignacio, te he negado mi voto, porque te juzgo inepto para el mando; y porque has de hacer lo necesario para que te suban á la guillotina". A la guillotina? cepos quedos, ilustrísimo señor: la profesía está cojeando del pié derecho, y envuelve lesión enorme para la cuerda. Rectifique vuestra ilustrísima su vaticinio de este modo: "Y porque has de hacer lo necesario para que te lleven á la horca," y véalo allí fortificado con la sanción de la República. Pues montas que hemos de ir á cubrir de estiércol la cuchilla que tuvo la honra de echar abajo las cabezas de Luis décimosexto y María Antonia, Reyes Cristianísimos!

Nuestros augustos padres, fundadores de la república, hubieran jamás pensado que así habíamos de bastardear nosotros que apénas somos ahora para distinguir la libertad de la anarquía, la democracia de la demagogia, el adelanto moral de esta preposteración maldita con las cuales vamos trote trote camino de Cafarnaun, poniendo cada uno nuestras fuerzas en el desquiciamiento de las ideas y el desordenamiento de las cosas? El Congreso de Angostura y el de

Cúcuta fueron concilios de padres venerables, sacerdotes de la libertad y la civilización, que hubieran estado como en su puesto en el Senado entre Fabricios y Escipiones. La Convención de Ocaña fué compuesta de lo más selecto de Colombia: el Congreso de 1830 resplandeció por la sabiduría y el amor á las instituciones por las cuales tanta sangre había sido derramada en los campos de batalla. En esas juntas intachables cada representante de la Nación cifraba su conato en ser útil á la patria, cuándo con una idea luminosa, cuándo con un princípio de moral convertido en cánon de la democracia. Todos esos congresos fueron formados de los hombres más eminentes de Venezuela, Nueva Granada y Ecuador, si por el patriotismo, si por el saber, si por el corazón y el alma grande que constituyen grandes ciudadanos. De guerreros, de hacendistas, de juristas, lo mejor: hombres al fin que, estando como estaban más cerca del orígen de la república, sabían más que nosotros que ella no puede levantarse ni quedar sustentada sino sobre la sabiduría y las virtudes, cimiento de toda cosa buena y verdadera. Varón exelso, amigo del procomun, patriota sin mancilla, lepra en estos tiempos en que el crimen y la ignorancia dan la ley en la república. La taberna, ahí está; de ella se sacan legisladores. El cuartel, semillero de diputados. La aldea, la hacienda, Atica donde hierven oradores y hombres cívicos. No será mucho si afirmamos que nuestros congresos y convenciones tienen miembros que no saben entenderse con la pluma ni averiguarse con el libro. El presidente actual del Ecuador no llega sino á firmar, y no es encarecimiento, sino verdad probada: poco es que sus legisladores no sepan ni leer: para discurrir, discutir los altos principios de la asociación civil y del gobierno; para dar leyes y providencias sábias, basta conque el diputado haga las cosas á ojo de buen cubero: en su abecería es un gerifalte para pesar hollin, medir aceite; en su cuartel se pierde de vista para esto de echar un trago y dar de azotes á quienquiera; en su páramo es un brujo para el rodeo, y que le tosan en el correr venados. La mayor parte de los *legisladores* salen de la recámara, son esos parásitos que se llaman palaciegos, rufianes de quienes huyen las virtudes, porque son ellos ministros de prostitución y desórden. El bajo servicial, el ruin adulador, el correveidile del que tiene

las armas en la mano, ésos son los diputados. Nariños, Pombos, Tórrez; Zeas, Yánes, Bellos; Olmedos, Merinos, Rocafuertes, enemigos del gobierno, rojos para los conservadores, godos para los liberales: la suerte de la Nación está en las garras de estos Otamendis, blancos ó negros, cuya pluma es la lanza homicida, cuya elocuencia el *suplossio pedis* y esos *tacos* furibundos con que hace temblar provincias y ciudades. Simón Bolívar, á Santa Marta; Antonio José Sucre, á Berruecos: lo que han menester los pedazos de nuestra gran República son facinerosos como Ignacio Veintemilla. Los presidentes de Nueva Granada y Venezuela no se aíren; el venablo no es á ellos: como hombres de bien, bien merece cada uno su patria. El Ecuador, realmente, ha sido la parte desgraciada de Colombia.

Panamá, Marzo de 1880.

1801

Legajo №

CATILINARIAS

POR

JUAN MONTALVO.

SEGUNDA.

(TERCERA EDICIÓN.)

GUAYAQUIL

IMPRENTA DE "EL TIEMPO."

1894.

055

CATILINARIAS

POR

JUAN MONTALVO.



SEGUNDA.



(TERCERA EDICIÓN.)

GUAYAQUIL

IMPRENTA DE "EL TIEMPO."

1894.

F
3735
.M76
1894
V.2

7 30664-013

SEGUNDA.

TANTO MONTA.

Mote de la empresa de Don Fernando el Católico.



na tiranía fundada con engaño, sostenida por el crímen, yacente en una insondable profundidad de vicios y tinieblas; podrá prevalecer por algunos años sobre la fuerza de los pueblos. Las más de las veces, la culpa se la tienen ellos mismos: como todas las cosas, la tiranía principia, madura y perece; y como todas las enfermedades y los males, al principio opone escasa resistencia, por cuanto áun no se ha dado el vuelo con que romperá después por leyes y costumbres. La tiranía es como el amor, comienza burla burlando, toma cuerpo si hay quien la sufra, y habremos de echar mano á las armas para contrarrestar al fin sus infernales exigencias A la primera de las suyas, alce la frente el pueblo, hiera el suelo con el pié, échele un grito, y de seguro se ahorra azás de tribulaciones y desgracias Avino que un hombre de fuerte voluntad mandase azotar un anciano condecorado con el título de prócer de la independencia: hízole azotar, y voló á esconderse, miéntras veía como la tomaban grandes y pequeños. Un clérigo andaba por esas calles gritando: pueblo vil, no

lapidas á ese monstruo? Un coronel se fué para el escondite, y le dijo á el azotador: salga vuexcelencia; el pueblo aguanta todo. Su excelencia salió, y fué García Moreno. Ignacio de Veintemilla ha salido también: si los ecuatorianos le dejan seguir adelante, serán el pueblo de Capadocia, ese pueblo infame que no aceptó la libertad cuando se la ofrecieron.

Principio quieren las cosas, dice Juan de Mallara. Comer y rascar, todo es principiar, responde el Comendador Griego. Los refranes son advertencias preñadas en sabiduría: el vulgo es el príncipe de los filósofos, que arropado con su manto de mil colores, está pasando y repasando en vaiven perpétuo del Pórtico al Liceo, del Liceo á la Academia. Súfranle los primeros desmanes á ese candidato del patíbulo, y por entre los cascos echará uñas el animalito de Dios. Le sufrieron, las echó, y tan largas, que es prodigio: el molino está picado: ahora ha de comer, se ha de rascar hasta que le rasquen á él con el machete. La maldad de un gobernante puede consistir en su propia naturaleza; del ejercicio de ella, los que padecen en silencio son culpables. Ignacio Veintemilla (¡ Oh triste fuerza de la necesidad! proferir este nombre es humillación impuesta por los deberes á la patria; es vergüenza que deja ardiendo el alma: ¿ qué es, quién es este desconocido que se llama Ignacio Veintemilla ?) Ignacio Veintemilla principió engañando, hizo luego algunos ensayos groseros de despotismo: le salieron bien, pasó adelante. La codicia es en él ímpetu irracional, los bienes ajenos carne, y los devora como tigre. A boca llena y de mil amores llamaba yo tirano á García Moreno: hay en este adjetivo uno como título: la grandeza de la especie humana, en sombra vaga, comparece entre las maldades y los crímenes del hombre fuerte y desgraciado á quien el mundo da esa denominación. Julio César fué tirano, en cuanto se alzó con la libertad de Roma; pero qué hombre ? inteligencia, sabiduría, valor, todas las prendas y virtudes que endiosan al varón excelso. En Sila había de zorro y de león, de cómico y de rey, de persona mortal y de dios. Napoleón fué también tirano, y en su vasta capacidad intelectual giraba el universo, rendidas las naciones al poder de su brazo. Tirano sin prendas morales, sin virtudes ni prestigio de ningún género, no se compadece con la opinión que el

filósofo suele tener de esos hombres raros que se vuelven temibles por la fuerza, y llenan los ámbitos del mundo con el trueno de su nombre. El individuo vulgar á quien saca de la nada la fortuna, y le pone sobre el trono ó bajo el solio, por más que derrame sangre, si la derrama con bajeza y cobardía, no será tirano; será malhechor, simple y llanamente.

Hablando de nosotros, achicándonos, descendiendo á la órbita como un arito donde giran nuestros hombres y nuestras cosas, podemos decir que don Gabriel García Moreno fué tirano: inteligencia, audacia, ímpetu: sus acciones atroces fueron siempre consumadas con admirable franqueza: adoraba al verdugo, pero aborrecía al asesino: su altar era el cadalso, y rendía culto público á sus dioses, que estaban allí danzando, para embeleso de su alto sacerdote. Ambicioso, muy ambicioso, de mando, poder, predominio; inverecundo salteador de las rentas públicas, codicioso ruin que se apodera de todo sin mirar en nada, no. Si García Moreno robó, lo que se llama robar, mia fé, señor fiscal, ó vos, Justicia Mayor de la República, que lo fizo con habilidad é manera. Un periódico notable de los conservadores lo acusó de tener en un banco de Inglaterra un millón y medio de pesos.* El tiempo, testigo fidedigno, aún no depone contra ese terrible difunto: allá veremos si sus malas mañas fueron á tanto: en todo caso, su consumada prudencia para sinrazones y desaguisados al Erario, queda en limpio.

Ignacio Veintemilla no ha sido ni será jamás tirano: la mengua de su cerebro es tal, que no va gran trecho de él á un bruto. Su corazón no bate; se revuelca en un montón de cieno. Sus pasiones son las bajas, las insanas; sus ímpetus, los de la materia corrompida, é impulsada por el demonio. El primero soberbia, el segundo avaricia, el tercero lujuria, el cuarto ira, el quinto gula, el sexto envidia, el sétimo pereza; ésta es la caparazón de esa carne que se llama Ignacio Veintemilla.

Soberbio. Si un animal pudiera rebelarse contra el Al-

---

* «La América», de Bogotá.

tísimo, él se rebelara, y fuera á servir de rufian á Lucifer. "Yo y Pio IX," "yo y Napoleón," éste es su modo de hablar. Entre los volátiles el guacamayo, el loro, se acomodan á la pronunciación humana: si hubiera cuadrúpedos que gozasen del mismo privilegio, los ecuatorianos vivirían persuadidos de que su dueño le crió á ése enseñándole á decir: "Yo y Pio nono," "yo y Napoleón." Un célebre bailarin del siglo pasado solía decir de buena fé: No hay sino tres grandes hombres en Europa; yo, el rey de Prusia y Voltaire. Pero ese farsante sabía siquiera bailar, tenía su oficio, y en él era perfecto: el rey de las ranas, la viga con estómago y banda presidencial que se llama Ignacio Veintemilla, sabe bailar? Zapatetas en el aire, de medio arriba vestido, y de medio abajo desnudo, puede ser que las haga, cuando amores de la República le escamonden quitándole su vestimento para pedirle cuenta y razón de traiciones y fechorías. Entre tanto puede seguir diciendo "yo y el presidente de los Estados Unidos."

El segundo avaricia. Dicen que esta es pasión de los viejos, pasión ciega, arrugada, achacosa: excrecencia de la edad, sedimento de la vida, sarro ignoble que cría en las paredes de esa vasija rota y sucia que se llama vejez. Y este sarro pasa á el alma, se aferra sobre ella y le sirve de lepra. Ignacio Veintemilla no es viejo todavía; pero ni amor ni ambición en sus cincuenta y siete años de cochino: todo en él es codicia; codicia tan propasada, tan madura, que es avaricia, y él, su augusta persona, el vaso cubierto por el sarro de las almas puercas. Amor...., nadie le conoce un amor; no es para abrigarlo en su pecho, ni para infundirlo en suaves corazones. Orlando por Angélica, don Quijote por Dulcinea pierden el juicio: y don Gaiferos por Melisendra.

Tres años anduvo triste
Por los montes y los valles,
Trayendo los piés descalzos,
Las uñas chorreando sangre.

Qué juicios ha perdido Ignacio *de* Veintemilla? qué ca-

MONTALVO, Juan.- Catilinarias por ... Segunda. GUAYAQUIL, Imprenta de "El Tiempo", 1894. En 4°, rústica, cubierta editorial, 1 h., 23 páginas.

labazadas se ha dado contra agudas peñas? qué árboles ha arrancado de cuajo? qué ríos ha desportillado? qué piés ha traído descalzos, ni qué uñas le han chorreado sangre, para ser digno émulo de esos famosos enamorados? La parte invisible del amor, la parte espiritual, no es suya; él se queda á los tres enemigos del alma, mundo, demonio y carne, y busca su ralea en las casas de prostitución. El amor purifica, el amor santifica: amor encendido, amor fulgurante; amor profundo, alto; amor que abraza el universo, abrasando lo que toca; éste amor hace Abelardos, Leandros y Macías, esto es filósofos, héroes y mártires, y de él no son capaces esos hombres rudos que no están en los secretos divinos de la naturaleza. Cuanto á la ambición, pesia mí si la ha de experimentar ánimo tan bajo y corazón tan plebeyo como los de ese hijo de la codicia. Ambición es afecto de los más elevados, vicio sublime de hombres raros, que no puede concurrir sino en compañía de virtudes grandes. La pasión, la noble pasión de guerreros y conquistadores; pasión de Alejandro Magno, pasión de Pirro, de Julio César y Napoleón, ¿puede caber en pecho sin luz, pecho de vulgo, donde se apagaría al punto que allí tocase la chispa de locura y furor santo que está inflamando de contínuo á los varones eminentes? Sed de sangre y de dinero, vanidad insensata, estos son los móviles con que muchas veces la fortuna saca de la nada á los más ruines, y los dispara hácia la cumbre de la asociación civil, como quien hace fisga de los hombres de mérito.

El tercero lujuria. Este vicio nos tiene clavados á la tierra; á causa de él no son ángeles los individuos agraciados por el criador con la inteligencia soberana que los eleva al cielo en esos ímpetus de pensamiento con los cuales rompen la oscuridad y ven allá el reflejo de la luz infinita. Alejandro decía que en dos cosas conocía no ser dios, en el sueño y en los empujes de los sentidos. Ignacio Veintemilla conoce que es sér humano en esas mismas cosas. Sér humano digo, por decoro de lenguaje; esas dos cosas suben de punto en este Alejandro de escoria, que le sacan de los términos comunes, y dan con él en la jurisdicción de la irracionalidad. El sueño, suyo es; no hay sol ni luz para ese desdichado: aurora, mañana, medio día, todo se lo duerme. Si se despierta y levanta á las dos de la tarde, es para dar

rienda floja á los otros abusos de la vida, para lo único que necesita claridad, pues su timbre es ofender con ellos á los que le rodean. Da bailes con mujeres públicas, y se le ha visto al infame introducir rameras á su alcoba, rompiendo por la concurrencia de la sala. Pudor, santo pudor, divinidad tímida y vergonzosa, tú no te asomas por los umbrales de esas casas desnudas de virtudes, porque recibirías mil heridas por los oidos, por los ojos. El valiente, el héroe tienen pudor: esta afección amable no está reñida con los ímpetus del valor, ni es atropellada por esas grandes obras que se llaman proezas. Soldados hay capaces de dejarse morir, por no exponer el cuerpo herido á las miradas de las hermanas de la caridad, con ser que estas mujeres, cuando siguen los ejércitos al campo de batalla, lo van dejando todo en el templo de la misericordia, juventud, hermosura, atractivos, malicia, todo. Pudor, santo pudor, tú nos libras del fuego de Sodoma, sirviéndonos de escudo contra las iras del cielo. Huye, huye de la casa del malvado, pero no salgas ni un instante de la del hombre de bien. Tras el hombre de bien está casi siempre la mujer honesta; y el hombre de bien y la mujer honesta son los fiadores que responden de la salvación del género humano.

El cuarto ira. La serpiente no se hincha y enciende como ese basilisco. Un día un oficial se había tardado cinco minutos más de lo que debiera: presentóse el joven, ceñida la espada, á darle cuenta de su comisión: verle, saltar sobre él, hartarle de bofetones, fué todo uno. La ira, en forma de llama infernal, volaba de sus ojos; en forma de veneno fluía de sus labios. Y se titulaba Jefe Supremo el miserable: Jefe Supremo que se va á las manos y da de coces á un subalterno que no puede defenderse! Viéndole están allí, en Quito: eso no es gente; es arsénico amasado por las furias á imágen de Calígula. Hay ponzoña en ese corazón para dar torrentes á esa boca: agravios, denuestos, calumnias feroces, amenazas crueles, todo sale empapado en un mar de cólera sanguinaria. ¡Qué natural tan enrevesado y perverso! Me llama ladrón, asesino, delincuente en mil maneras, porque, bajo el ala de la Providencia, he podido escapar del calabozo, los grillos, el hambre, la muerte en el aspecto que aterra al más impávido. Siguiéndome está con el puñal: pero yo estoy vestido de un vapor impe-

netrable, vapor divino, que se llama ángel de la guarda. A un tirano antiguo *se le había escapado* una víctima, con haberse dado muerte por su propia mano: yo, huyendo al destierro, *me he escapado* también; y el destierro es el más triste de las penas. Luego su ánimo era quitarme la vida en el martirio? Nadie lo duda. Dios me salvó sacándome de la mano á medio día por entre sus enemigos y los míos. Su fin tendrá. ¡Y qué arrebatos los de ese dragón plebeyo! Con que yo no tengo el derecho de la defensa personal? no me competía el salvar la vida propia? Cólera no es muchas veces sino tontera carbonizada al fuego del infierno: pasión injusta, ciega. Los hombres de corazón mal formado nunca experimentan esos empujes de santa ira que los dispara contra las iniquidades del mundo: ellos no sienten sino la fuerza de Satanás que se desenvuelve en su pecho y engendra allí esos monstruos que salen afuera con nombre de asesinatos, envenenamientos, proscripciones: antes de nacer á la luz se llamaban odios, celos, venganzas: sentimientos del ánimo convertidos en hechos; coronación del mal, gloria del crimen.

El quinto gula. Los atletas ó gladiadores comían cada uno como diez personas de las comunes: la carne mataba en ellos el espíritu, y así eran unos como irracionales que tenían adentro muerta el alma. La materia no medra sino á costa de la parte invisible del hombre, esa chispa celestial que ilumina el cuerpo humano, cuando éste sabe respetar sus propios fueros. Sabiduría virtud son abstinentes: los gimnosofistas, esos filósofos indios cuya vida en el mundo partía términos con la inmortalidad, se mantenían de puros vegetales, y algunas gotas de miel, tenue como el rocío. La inteligencia come poco; la virtud, ménos: los solitarios de la Tebaida estaban esperanzados en los socorros de los espíritus celestiales. Epicuro fué el corruptor de la antigüedad, y Sardanápalo está allí como el patrón eterno de los infames para quienes no hay sino comer, beber y estarse hasta el cuello en la concupiscencia. Yo conozco á Sardanápalo: su pescuezo es cerviguillo de toro padre: sus ojos sanguíneos miran como los del berraco: su vientre enorme está acreditando allí un remolino perpétuo de viandas y licores incendiarios. Su comida dura cuatro horas: aborrece lo blando, lo suave: carne, y mucha; carne de buey, carne de

borrego, carne de puerco. Mezclad prudentemente, dice un autor, las viandas con los vegetales. Sardanápalo detesta los vegetales: si supiera qué y quién es Pitágoras, mandara darle garrote en efigie. Las sopas son de cobardes, las frutas de poetas, los dulces de mujeres: hombres comen carne; carne valientes, carne varones de pro y fama. Es perro, es tigre? Oh Dios, y cómo engulle, y cómo devora piezas grandes el gladiador! Ignacio Veintemilla da soga al que paladea un bocadito delicado, tiene por flojos á los que gustan de la leche, se ríe su risa de caballo cuando ve á uno saborear un albérchigo de entrañas encendidas: carne el primer plato, carne el segundo, carne el tercero; diez, veinte, treinta carnes. Se llenó? se hartó? Vomita en el puesto, desocupa la andarga, y sigue comiendo para beber, y sigue bebiendo para comer. Morgante Maggiore se comía de una sentada un elefante, sin sobrar sino las patas; Ignacio Veintemilla se lo come con patas y todo. "Vamos á *la muquición*," dice; y verle *muquir*, es admirarle sin envidia, es perder el apetito. *

En casa del fondista Bonnefoi, en París, pedí una vez albaricoques: las frutas, y principalmente las redondas, esos pomitos de color de oro, que parecen del jardín de las Hespérides, me deleitan. Como aún no había plenitud de frutas, cada pieza importaba dos francos, ó cuatro reales.

Oh dicha, tomar esa pella suavísima en los tres dedos de cada mano, y abrir por la comisura esa esfera rubicunda, en cuyas entrañas están cuajados los delirios y las concupiscencias del dios de los placeres inocentes! Ignacio Veintemilla me estaba tratando de bruto con los ojos. Hombre, dijo al cabo de su admiración, usted nunca ha de ser nada; y pidió estofado de liebre por postres. Había comido res, carnero, gallina, pato, pavo, conejo; raya, salmón, corbina; hostiones, ostras, cangrejo, y de postres pide liebre; hay animal estrafalario? Desde el tiempo de Horacio los ajos han sido comida del verdugo; cuando este santo varón no ayuna ni está de vijilia, come liebre. Esa carne gruesa, negra, pesada, me parece que no sufre digestión sino en el estómago de ese que vive de carne humana. Los españoles, y

---

* *Muquición, muquir*, germania: comida, comer. Términos de la cofradía de Monipodio.

principalmente las españolas, saben lo que son postres: sorbetes para Musas; suspiros leves, que saborean ninfas impalpables; suplicaciones doradas, regalo de almas que se salvan. Los franceses no gustan de los dulces, pero tienen postres con que quebrantaran peñas en el Olimpo, si las diosas adolecieran de hambre ni golosina. El dulce de ellos es el queso, ó más bien los quesos de mil linajes con que sus manteles prevalecen sobre todos los del mundo. Un *brie* delicado *le hace honor*, como suele decir la galicana, al paladar de una hermosa de quince abriles; un *chantilly* aristocrático inebria á un emperador; un *rochefort* violento hace voluptuosos estragos en el gaznate de los hombres de fierro que se agradan de esa pólvora comestible. Lord Byron, á fuero de inglés de casta pura, *pur sang*, como dicen sus vecinos, comía por postres un tallo de cebolla fuerte, mal que les pese á las lindas hispano-americanas, para quienes los panales del Hibla no son harto suaves y aromáticos. Cogerían, morderían, mascarían ellas un tronco de cebolla cruda en vez de sus azucarados *chamburitos*? Lord Byron, con ser como era, sueño de las bellas por ese su talento, su varonil gentileza y las poéticas extravagancias de su vida, hubiera estada en un tris de no hallar quien le quisiera en Lima, Quito ó Bogotá. No de otro modo á una joven poetisa admiradora apasionada de Lamartine se le subió el santo al cielo, y ella cayó en un abismo de desengaño y desamor, cuando le vió á mi don Alfonso el día que fué á conocerle, sacar del bolsillo un pañuelo colorado de cuadros azules, bueno por la extensión para colcha de novios de aldea. Gran Dios! exclamó la poetisa, en tanto que el poeta, viejo ya, eso sí, sonaba armoniosamente; gran Dios! con que este había sido Lamartine? Desde que tuve noticia del acaecido, mis pañuelos son el ampo de la nieve, y no mayores que un lababo: por esta parte seguro está que me vaya mal con las dulces nuestras enemigas. Otro sí, no como cebolla, ni en presencia de ellas ni á mis solas. Ignacio Veintemilla pide liebre cuando ha de pedir grajea: si le fuera posible, tomara café de carne de puerco, y se echara á los dientes una cuarta de morcilla negra á modo de puro habano. Los ajos, por no desmentirle á Horacio, siempre han sido de su gusto.

El sexto envidia. Nelson no tenía idea del miedo: cuando en su presencia nombraban este ruin afecto, no le era dable saber cuál fuese su naturaleza. Hay asimismo séres agraciados por Dios con una mirada especial, que no tienen nociones de la envidia; saben lo que es, pero no la experimentan por su parte, con ser como es achaque de que adolecen cual más cual ménos, todos los mortales. La envidia es una blasfemia: envidia es cólera muda, venganza de dos lenguas que muerde al objeto de ella y al Hacedor, dueño en verdad de los favores que irritan á los perversos. Dones de la naturaleza, virtudes eminentes, méritos coronados, son puñal que bebe sangre en el corazón del envidioso. Inteligencia descollante es injuria para él; consideración del mundo, injusticia que no puede sufrir. Virtudes ajenas son vicios á su fosca vista; verdad es hipocresía austeridad soberbia, valor avilantez: desdichado el hombre de altas prendas entre la canalla del género humano que ni ve con luz del cielo, ni juzga á juicio de buen varón, ni funda sus fallos en el convencimiento y la conciencia. Envidia es serpiente que está de día y de noche tentando á los hombres con la fruta de perdición: Cómela! cómela! La come un desdichado, y mata á su semejante. Envidia, Caín armado de un hueso, tú no mueres jamás.

Por una correlación que se pierde en las tinieblas del pecado, las pasiones criminales y soeces cultivan estrecho maridaje: podemos afirmar de primera entrada que donde se halla una de estas culebras, allí esta el nido. Soberbia é ira comen en un mismo plato, lascivia y gula duermen en una misma cama. El soberbio, avaro, libidinoso, caja de ira, glotón, será extraño á la hermana de esas Estinfálidas, la peor de todas, la envidia? Aun los hombres superiores suelen estar sujetos á ese mortal gravámen de la naturaleza humana. Luís XIV, rey poderoso, adornado con mil prendas, experimentaba profundas corazonadas de envidia. Alarga la mano á todos, como todos confiesen su inferioridad: guerreros, hombres de Estado, poetas, escritores, artistas, todos son sus protegidos, puesto que ninguno blasone de echarle el pié adelante, ni en su profesión respectiva. Y con todo, cuando pone en olvido la soberbia, da muestras de humildad que le vuelven más y más grande. Señor Boileau, le dijo un día á este famoso crítico, cuál es el primer

escritor de nuestra época? Moliére, señor, contestó el maestro. No lo pensaba yo así; pero vos sois el juez, y de hoy para adelante abrazo vuestra opinión.

Ignacio Veintemilla, más rey y más inteligente que ese monarca, no la abraza. Censura á Bolívar, moteja á Rocafuerte, le da una cantaleta á Olmedo. La ignorancia, la ignorancia suprema, es bestia apocalíptica: el safio estampa su nombre, sin tener conocimiento ni de los caractéres; no sabe más, y hace sanquintines en los hombres de entender y de saber. Que se haya burlado de mí, cogiéndome puntos en "El Regenerador," riéndose de *mis disparates*, estaría hasta puesto en razón; pero afirma que si él hubiera estado en Junín *la cosa hubiera sido de otro modo*; que Sucre triunfó en Ayacucho por casualidad, no porque hubiese dado la batalla conforme á las reglas del arte; que Napoleón I perdió la corona por falta de diplomacia, y otras de éstas.

Un testigo presencial me ha contado que en Madrid, en una mesa redonda, se puso á departir con suma delicadeza en esto que llamamos buenas letras. Habló, y así engullía tasajos de más de libra, como echaba por la boca lechigadas de sabandijas. No sé por donde, fué á dar con el poeta Zorrilla, á quien no ha leído, puesto que no sabe ni deletrear. Las torpezas que dijo, sólo las pueden creer los que le oyeron. Un cuasi anciano que se hallaba á la mesa estaba oyendo á su vez en curioso silencio y viéndole la cara al razonador. El buen viejo se levanta, se va, sin decir palabra. Uno de los concurrentes le sigue, le alcanza, y, con el sombrero en la mano: Señor Zorrilla, no haga usted caso de las necedades de ese hombre, ni juzgue por él de todos los americanos. Es loco? pregunta el viejo. No; no es sino tonto. Pero de capirote, agrega el aficionado á las Musas, y se va con ánimo secreto de ponerle en un entre mes al *señor Mariscal de Veintemilla*, como andaba titulándose el conde de Gallaruza. Desde entónces su alátere ó compañero de viajes no era dueño de sentarse á la mesa sin esta imprecación, poniéndole las manos: Ignacio, *pas de bétises!*

El séptimo pereza.

Ni Dios ama el reposo; de improviso
Sobre las alas de los vientos vuela,
O de las tempestades en el carro
Atronando los cielos se pasea.

El movimiento es propiedad del espíritu: la inteligencia vive en agitación perpétua. Tierra, luna, cuerpos sin vida, giran sobre sí mismos raudamente y se beben los espacios, volando por sus órbitas en locura sublime. Los ríos corren, lentos unos, contoneándose por medio de sus selvas; furibundos otros y veloces entre las rocas que los echan al abismo quebrantados en ruidosas olas. Los vientos silvan y pasan por sobre nuestras cabezas; los bosques mugen en sus profundidades; y las nubes, holgazanas que parecen estar disfrutando de la blanda pereza á medio día, se mueven, hélas allí, se encrespan, se hinchan, y enlobreguecidas con la cólera, se dan batalla unas á otras, salta el rayo, y el trueno, en invasión aterrante, llena la bóveda celeste.

Ahora el hombre? el hombre todo es actividad, todo movimiento: su corazón palpita: la sístole y la diástole, este vaiven armonioso, aunque precipitado, es fundamento de la vida: la sangre corre por las venas; los humores permanecen frescos, á causa de su circulación perpétua: todo es movimiento en nuestra parte física. La moral, oh, la moral es la más vertible, más inquieta del género humano: inteligencia que no se mueve, se seca, se pierde, como yerba sin lluvias: corazón que no se agita se corrompe. Sabiduría, cosa que tan reposada parece, es efecto de los torbellinos del pensamiento, pues las ideas van brotando del choque de la duda con la verdad, dura labor que fortifica á los que se andan á buscarla por los abismos de lo desconocido, y regalan al mundo con los conocimientos humanos.

Pereza es negación de las facultades del hombre: el perezoso es nefando delincuente; mata en sí mismo las de su alma, y, deicida sin remordimientos, se deja estar dormido á las obras que nos recomiendan á nuestro Criador. No moverse, no trabajar, no cumplir con nuestros deberes ni con una santa ley de la naturaleza; comer, beber, dormir sin término, esto es ser perezoso: no despertar ni erguirse sino pa-

ra el pecado, esto es ser perverso. Ignacio Veintemilla cultiva la pereza con actividad y sabiduría; es jardinero que cosecha las manzanas de ceniza de las riberas del Asfaltino. Ese hombre imperfecto, ese monte de carne echado en la cama, derramándosele el cogote á uno y otro lado por fuera del colchón, es el Mar Muerto que parece estar durmiendo eternamente, sin advertencia á la maldición del Señor que pesa sobre él. Su sangre medio cuajada, negrusca, lenta, es el betún cuyos vapores quitan la vida á las aves que pasan sobre el lago del Desierto. Los ojos chiquitos, los carrillos enormes, la boca siempre húmeda con esa baba que le está corriendo por las esquinas: respiración fortísima, anhélito que semeja el resuello de un animal montés; piernas gruesas, canillas lanudas, adornadas de trecho en trecho con lacras ó costurones inmundos; barriga descomunal, que se levanta en curva delincuente, á modo de preñez adúltera; manazas de gañan, cerradas áun en sueños, como quienes estuvieran apretando el hurto consumado con amor y felicidad; la uña, cuadrada en su base, ancha como la de Monipodio, pero crecida en punta simbólica, á modo de empresa sobre la cual pudiera campear este mote sublime: *Rompe y rasga, coge y guarda.* Este es Ignacio Veintemilla, padre é hijo de la pereza, por obra de un misterio cuyo esclarecimiento quedará hecho cuando la ecuación entre los siete pecados capitales y las siete virtudes que los contrarian quede resuelta.

Oh flaqueza del hombre! este mar muerto de estampa semi-humana presume de garzón florido, las da de majo, y se anda por ahí á conquista de corazones y caza de supremos placeres. Para hacer ver que *desprecia* cargos y donaires de la imprenta, hace leer las obras de esta sábia encantadora, rodeándole sus Entropios: callando estuvo una ocasión miéntras oía una verrina de las mejores: cuando el lector hubo llegado á un pasaje donde se le llamaba "cara de caballo," saltó y dijo: Eso no! seré ladrón, glotón, traidor, ignorante, asesino, todo; pero figura sí tengo. Figura de caballo, dijo una dama, soltando la carcajada, cuando oyó referir esta graciosa anécdota, ó *anidiucta*, como le he oído decir á él doscientas veces.

Dije que Ignacio Veintemilla no era ni sería jamás tira-

no; tiranía es ciencia sujeta á principios difíciles, y tiene modos que requieren hábil tanteo. Dar el propio nombre á varones eminentes, como Julio César en lo antiguo, Bonaparte en lo moderno; como Gabriel García Moreno, Tomás Cipriano de Mosquera entre nosotros; dar el propio nombre que á un pobre esguízaro á quien entroniza la fortuna, por hacer befa de un pueblo sin méritos, no sería justicia mera mista. Monteverde, Antoñanzas, Veintemilla no son tiranos; son malhechores, ni más ni ménos que Rochaguinarda, que se están ahí en su encrucijada, hasta cuando la santa Hermandad les echa mano. Roque Guinart es presidente, rey del Ampurdan y Sierramorena: da leyes, que se aplican; decretos, que se llevan á cabo; órdenes, que se cumplen á la letra. Un Vampa, un Trucaforte son verdaderos *Jefes Supremos* con facultades extraordinarias. Qué va de estos magistrados á un Melgarejo, un Veintemilla? Si el robo á mano armada es el objeto de la ambición de aquellos aires, el robo á mano armada es igualmente el objeto de estotros vagamundos. Si el puñal es el medio en ésos, el puñal es el medio en éstos: crímenes y vicios, lo mismo en unos y otros; con esta diferencia, que Roque Guinart es valiente, atrevido, generoso; que Roque Guinart conoce la justicia distributiva, y la pone en práctica; que Roque Guinart acomete á pecho descubierto, vence, y del botin le deja al viandante humana, caballerosamente lo necesario para el camino. Ignacio Veintemilla no se contenta con la bolsa; le quita la camisa á la República, la deja en cueros, y allá se lo haya con su desnudez la pobre tonta: ¿por qué no se defiende? El que se deja robar, pudiendo tomarse á brazos y dar en tierra con el salteador, es vil que no tiene derecho á la queja. La República para con Ignacio Veintemilla y José María Urbina, es lo que España para con Roque Guinart y su banda: persígalos, montéelos, derruéquelos, cójalos, ahórquelos: la santa Hermandad tiene el deber de colgar á los ladrones en dondequiera que les echa mano al coleto. Los ojos para las gallinazas, la asadura para los perros, hé aquí tu merecido, Ignacio *de* Veintemilla.

Un viejo llamado José María Urbina, el mismo quizá

que acaba de ser nombrado, mandó suplicarme un día le hiciese el favor de ir á su casa. Los años tienen facultades que los hombres de buena crianza no ponen en duda. Fuí, el viejo estaba en cama: habiendo bebido aguardiente seis horas consecutivas, sus ojos eran ascuas: su aliento vaporoso hubiera puesto en huida á las Musas; y Apolo no estuviera holgándose á la almohada de ese inmundo anciano: en cuyo orinal rebosante nadaban á la sazon puntas de cigarros, cual monitores de guerra en el mar Bermejo. La mareta sorda rugía ya en mi pecho: yo soy capaz de hacer una muerte en el hombre impulcro y soez, que ora por ignorancia, ora por bajeza y depravación, pierde el respeto á las buenas costumbres con actos y hábitos indignos. La causa primera del acre desprecio que yo he sentido siempre por Ignacio Veintemilla fué el haberle visto una vez tirarse desnudo de la cama, y ponerse á hacer aguas en presencia de gente, con desenfado de verdadero animal. Después he visto que el asno, el macho no tienen más vergüenza ni mayores contemplaciones por los circunstantes. Cerrar con él á moquetes, hubiera sido acto primo muy ocasionado, según es el tracio de huesudo y corpulento; desafiarle por ese motivo, cosa ridícula, y hasta sin razón, pues el infelizote no lo hacía por agraviar á nadie sino así, como propiedad de su naturaleza. No volver á su pocilga, y mirarlos como á perros, esta es la providencia que uno toma respecto de esa canalla afortunada á quien ni grados militares, ni títulos pomposos, ni alta posición pueden quitar la grasa de su ruín orígen.

"Juan," me dijo el vejarro consabido, el capitán de fragata, la fragata aquella de las puntas; "Juan, es preciso que lo arreglemos todo: quiero estar acorde con usted. Veintemilla necesita la cooperación de los buenos liberales." "Mi cooperación un traidor que, hecho apenas el pronunciamiento liberal, corre á ponerlo en manos de los jesuitas? contesté subiéndomele á las barbas; un cobarde que va á solicitar amparo y certificados favorables de los obispos, porque imagina que sin ellos nadie puede salir bien? Ud. mismo, Ud. me ha referido poco ha los términos que oyó de sus labios: "General, no tenga Ud. cuidado, los jesuitas están conmigo." Y solicita Ud. mi cooperación para embustero inepto como ése, que no sabe lo que hace?" "Eso

es así, replicó el viejo mansamente; á amí, á mí me dijo lo de los jesuitas; me lo dijo." "Mi cooperación un infame cuyo primer acto administrativo es defraudar á la República en más de cincuenta mil pesos?" "De qué modo?" preguntó el viejo. "Haciendo traer de Nueva York mil fusiles de pacotilla, dije, por ciento veinte mil pesos. La ineptitud, hubiera quizá tolerado yo en ese pícaro; su prurito por las cosas ilícitas, no! Yo no soy de la liga, ni mi revolución ha sido ésta. Hoy mismo sale á luz un escrito mío, cuyo fin es poner á un lado á ese perverso." "Eso no puede ser", gritó el vejezuelo esforzándose, pálido y trémulo ahora: Veintemilla está limpio como una patena." "Limpio como Ud.," dije para mí, y salí todo inflamado. Al día siguiente iba yo navegando por el Océano Pacífico al más honroso de mis destierros.

Probidad es en el hombre lo que honestidad en la mujer. Si otros lo han dicho ya, vaya su voto en mi favor, y quede reforzado el principio con la opinión de muchos; principio que no es sino mandamiento de la ley de Dios cubierto con la vestidura de la sociedad humana. *Non furtum facies*, rezan las tablas de la ley, no robarás. El que roba quebranta, pues, un mandamiento é incurre en la cólera divina. El Legislador no dice: no robarás á tu padre ni á tu madre; no robarás á tu hermano; no robarás á tu prójimo: dice: No robarás, esto es, no robarás á nadie, ni á tu padre, ni á tu madre, ni á tu prójimo, ni al Estado. Robar á la nación es robar á todos: el que la roba es dos, cuatro, diez veces ladrón: roba al que ara y siembra; roba al que empina el hacha ó acomete al ayunque; roba al que se une al trabajo común con el alma puesta en su pincel; roba al agricultor, el artesano, el artista; roba al padre de familia; roba al profesor; roba al grande, roba al chico. Todos son contribuyentes del Estado; el que roba al Estado, á todos roba, y todos deben perseguir por derecho propio y por derecho público. Conque el sudor de la frente del pueblo es para los apetitos y las gulas de un hombre, un mal hombre, que está cultivando la soberbia y engordando la codicia? Si no puede haber Estado sin contribuciones generales, las contribuciones desviadas de su objeto son fraudes

que el magistrado prevaricador comete en contra de los ciudadanos cuyo fuero surte por ley tácita: los ciudadanos, tráiganle al banco de la República, y, si no por bien, por mal, tómenle cuenta del robo, y de la traición, y de la sangre, y de la infamia convertida por él en princesa de exenciones.

Los hombres de corazón bien formado y juicio recto suelen poner la monta en granjear buena opinión entre sus semejantes; los que por sus méritos suben á gobernación de pueblos, no son ellos sino descienden de su alto lugar abrumados con las bendiciones de los cuya felicidad labraron, cuando pudieron ser carga para todos, si abusan de su poder. Los hijos de la fortuna, broza del género humano, que se levantan en alas del crimen, al soplo de esa deidad mal intencionada, no tienen cuenta sino con su provecho, ni les duele el concepto lastimoso que están beneficiando en los demás con sus abusos y sus latrocinios. El que no ama á Dios sobre ninguna cosa; que jura su santo nombre en vano; que ni santifica las fiestas, ni honra padre y madre; que mata, y levanta falso testimonio por costumbre, ¿ tendrá cuenta con no robar? El malvado de nacimiento y aprendizaje aplica á su vida por la inversa los mandamientos de la ley; él dice: No amar á Dios sobre todas las cosas; jurar su santo nombre en vano, siempre que conviene; no molestarse en santificar las fiestas, ni con las rodillas, ni con el pensamiento; no honrar padre y madre; matar, levantar falso testimonio, robar, robar, robar! robar siempre, robar cuanto se pueda. Réprobo, estos son tus mandamientos, y los cumples. Ignacio Veintemilla, tú eres el réprobo: tú eres el que no ama á Dios; tú el que jura su santo nombre en vano; tú el que no santifica las fiestas con culto interno; tú el que no honra padre y madre, puesto que los deshonras con crímines y vicios; tú el que mata con lengua y con puñal; tú el que miente, levanta falso testimonio; tú el que roba, roba, roba! Maldito eres por todo esto, maldito; y por todo has de estar pálido, temblando en presencia del Juez, cuando él te levante de tu propia ceniza con una voz, y te diga: veamos tu vida. Tu vida llena de excrecencias maléficas, negruras, abismos, no le ha de parecer á él, y con la mano, con el dedo te ha de señalar la muerte, y has de

ir rodando por la eternidad, echando aullidos lúgubres en medio de las tinieblas que te envuelven y arrebatan sin que sepas á dónde. Tú eres el que mata, tú el que has matado; tú eres el que roba, tú el que has robado. Veamos los documentos, en prosa vil; la prosa vil para los documentos.

Como avíos de gobierno entraron á la ciudad de Ambato sucesivamente doscientas cincuenta acémilas cargadas de licores fuertes: gastos de conducción, arrieraje, todo se pagó allí por el Tesoro. El infame artículo mismo había sido comprado con las rentas fiscales. La embriaguez de esa horda de eunucos que se bebieron doce mil botellas de coñac en cuatro días, en cuanto *daban leyes*, no es asunto de este lugar; mas áun el robo al Erario, y la impudencia del pícaro que las introduce como elemento público de civilización y progreso. Coñac para la Convención, coñac oficial; en este concepto, era gravamen honroso de los ciudadanos la embriaguez y los maleficios del Jefe Supremo, el General en Jefe y sus legisladores. Yo digo que esa fué simplemente una defraudación crecida á la hacienda nacional, un robo del que roba para beber. No hay en el mundo ley que vote gordas cantidades para el aguardiente del Jefe Supremo y el General en Jefe.

Doce mil pesos es sueldo razonable en republiquillas cuyos gobernantes han de ser modestos y considerados: doce mil han tenido todos los presidentes en la nuestra, desde su fundación, y á ninguno le había ocurrido pedir el duplo, Ignacio Veintemilla se asignó el duplo, esto es, veinte y cuatro mil pesos, amen de mil percances, adehalas, alcabalas, pisos, castillerías, montazgos y tributos: erró poco de pedir chapin de la reina. No sabemos para lo que serán los veinticuatro mil ojos de buey, pues coge aparte para comer, para beber, para vestirse; aparte para sus criados, sus cocineros, sus echacuervos; aparte para sus caballos; sus caballos, si señores, sus caballos tienen sueldo aparte. Su sobrina, sueldo de general; su sobrino, idiota á quien dan de comer en pilón de piedra maíz molido, sueldo de capitán. Las tres arpías que tanto le han ayudado en su obra de opresión, corrupción y dilapidación, ¿no tiene cada una sueldo de coronel? No sería cosa extraña esta ridiculez en pueblo tan apocado y envilecido que sufre en paciencia las extravagancias injuriosas de ese Cayo Calígula á la

rústica. Entre tanto las escuelas van cayendo, porque los maestros se van á buscar la vida; las aulas no se cierran por puro pundonor de los catedráticos; la universidad está amenazada de muerte, por falta de la subvención indispensable. Ecuatorianos, oh, ecuatorianos, este es vuestro dictador; guayaquileños, oh, guayaquileños, esta es vuestra obra.

Y estas son flores de cantueso para con los robos grandes; rapiñas y garrafiñas que no confieren título de ladrón al que las lleva adelante: Ignacio Veintemilla no es sino ratero todavía: para ser ladrón es preciso que desgarre el territorio nacional, y tome para sí diez mil leguas de opulentos bosques; es preciso que se vuelva monopolizador y dueño de los mares de quina del oriente; es preciso que de la noche á la mañana le veamos señor de países, amo de tribus, almirante del mundo descubierto y conquistado por su profunda sabiduría y por su fuerte brazo.

Las diez mil leguas no son para mí, dice el mohatrero; son para mi sobrino. El sueldo de sus caballos tampoco es para él, y él lo toma. Diez mil leguas de territorio al idiota del pilón, ¿para qué? ¿sabe él por ventura de achaques de cascarillas? y ¿á qué título, pregunto yo, agraciar á un muchacho imbécil con una dádiva, grande para un rey? Ciertamente, ser hijo de uno á quien García Moreno echó de su lado con desaire, por manos puercas, es hoja de servicios que estaba requiriendo media nación por recompensa.

Ignacio Veintemilla no es todavía ladrón de marca mayor; no es sino de media marca: para ser de marca mayor, y ladrón inteligente, perspicaz, ladrón diplomático, es necesario que sustraiga de los archivos nacionales una contrata perfecta y sancionada, y ríe riendo, baba babeando, la subrogue por otra apócrifa, para robar cerca, ó quizá más de un millón de pesos. Cuando la barata del ferrocarril haya llegado á conocimiento del pueblo, si este le sufre aún, oh, ya no merecerá, no digo el sacrificio, pero ni una molestia de los hombres de bien y buenos ciudadanos.

Acaba el Tribunal de Cuentas de resolver un punto litigioso en favor de Ignacio Veintemilla y de su cómplice en otro robo. Llamado el comisario de guerra de la campaña de los Molinos á rendirlas, fué alcanzado en primer juicio en

una considerable suma. Ignacio Veintemilla hizo venir á su casa á jueces y revisores, y á fuerza de aguardiente, el punto quedó resuelto: en segundo juicio, el comisario es quien alcanza á la Nación en veintiun mil pesos. Preguntado este individuo de dónde los puso en su mendicidad, ha declarado que el señor Capitán General de sus ejércitos los suplió de su propio peculio. Veintemilla, para colmo de iniquidad y desvergüenza, pide los intereses: el Tribunal manda pagarlos junto con el capital. Hé aquí treinta y dos ó treinta y tres mil pesos arrancados al erario á la luz del mundo. Pantalón más inverecundo que este infame, no hay en la tierra: limosna, tablaje, estafa, su modo de vivir, hasta cuando saltó sobre la República y le arrancó los ojos. El fugitivo de la calle del Arenal de Madrid con dos mil duros robados; el escondido en la aldea de San Juan de Luz de los Pirineos; el pícaro tras quien van requisitorias á París, tuvo más de veinte mil pesos para echar por su cuenta en la caja de comisaría de guerra? Señor rico, señor opulento, ¿y por qué se tiró desde lejos de rodillas ante García Moreno, rogando por el sueldito de criado con que se presentaba en la mesa de juego? ¿y por qué pedía fiado á todo el mundo? ¿y por qué recibía dádivas humillantes? Vino embarcado por favor, y tuvo para poner de primera instancia en la campaña veintiun mil pesos de su propio peculio. Don pereciendo hace cada día á la Nación gracias imperiales: de la nueva Aduana de Guayaquil dijo en cartas á todas las provincias, que ese edificio no le costaría nada á la República; que él iba á levantarlo á costa suya, echando ahí de *su peculio* la bicoca de trescientos mil pesos.

Consta á los guayaquileños que el Tesoro contenía cosa de trescientos mil pesos cuando se verificó la revolución de Setiembre: saben además que á los pocos días Ignacio Veintemilla hizo un crecido empréstito: no se les ignora, por otra parte, que si Urbina llevó cincuenta mil pesos, su *Jefe* pudo haber llevado otro tanto. De cualquier modo sobraban en las cajas de Guayaquil algunos cientos de miles de pesos: ¿qué necesidad tuvo, pues, el Capitán General de echar mano por su *bolsa privada?* Los amigos de este gran señor no dirán á lo menos que *está limpio como una patena*: este robo es manifiesto, como todos los otros; sino que aquí hay más osadía y falta de vergüenza. Tan desprovisto de

lo necesario andaba el discípulo de García Moreno, que para hacer su viaje de Comandante General, enviado por Borrero, sus tristes hermanas se vieron en el caso de hacer un préstamo, dando por hipoteca su pegujalito de San Antonio. Este es el caudal que llevó Veintemilla á Guayaquil, mientras le crecían las uñas y principiaban sus derechos al sueldo. Si quereis pruebas de la falta de probidad de este hombre raro, esta es una, y de mucho vigor. Por escritura pública consta, pues, que Veintemilla no tuvo que comer hasta las vísperas del favor que hizo á la República poniendo de su peculio en la caja de comisaría la respetable suma de veintiun mil pesos.

¡ En qué contrato ilícito, en qué farándula fiscal no tiene parte ese ruin *presidente !* Él es el alma de *las cascarillas*; él es el corazón de la plaza de toros; él es la mano, con uñas y todo, en la obra de la Aduana susodicha; él tiene su presa, oh infamia de la patria, él tiene su presa en contrabandos que debe impedir y castigar, ¿ Qué sed infernal de dinero es ésta ? ¿ qué codicia convertida en satiriasis de riquezas ? ¿qué desenfreno al cual no pudo llegar en la mitología el dios del robo ? Consumidas las doce mil botellas de coñac por él y el presidente de la Convención, el excelentísimo señor Jefe Supremo, Capitán General de sus ejércitos, puso venta de limetas vacías, lo que se llama *cascos*. Á cuatro por medio real, las tres arpías convertidas en buhoneras, las realizaron en dos semanas bajo la inspección del otra vez excelentísimo Capitán General de sus ejércitos. Aquí deja de ser ladrón de marca mayor Ignacio Veintemilla, y se convierte en gitano que hace su agosto con los clavos y botones que pesca en la basura. Ecuatorianos, oh, ecuatorianos, éste es vuestro presidente; guayaquileños, oh, guayaquileños, ésta es vuestra obra.

Estaba un día poniendo como nuevo al gerente del banco de Quito, respecto de lesiones que imaginaba haber recibido en su codicia. Grosero, montaraz, un yangües no se echa así con guías y todo, sin ahorrarse con su padre. El gerente, hombre de sangre en el ojo, tuvo cólera, y encendido en llamas de pundonor, respondió: " Vuexcelencia sabe que no cobramos ni un centavo por los treinta mil

soles que tiene puestos en depósito, y así no alcanzo *cómo....*" El gerente dió en las mataduras, sacando á la luz del día el Aranjuez de las uñas de su majestad. Esa cara de vaqueta, quién lo creyera, cobró semblante de vergüenza, ó fué más bien que la prontitud no le dió tiempo de acordarse que él no la conocía. Ah, dijo, esos treinta mil soles están ahí para.... para.... para obras pías. A la vuelta de dos meses, las obras pías fueron á dar á su atarazana, pues cargó con los treinta mil soles en uno de sus viajes á Guayaquil, y junto con otros tantos de la aduana de esta ciudad, hizo la undécima remesa á Europa. No pudo tanto el peligro con los jóvenes liberales que no pusiesen el grito en el cielo por este hurto impúblico y notorio, citando al director del Banco. El excelentísimo señor Capitán General de sus ejércitos no acertó á decir palabra: Banco y banqueros, ahí estaban; quedóse, pues, con esa bofetada de la imprenta.

Mucho fas el dinero et mucho es de amar;
Al torpe face bueno et home de prestar;
Face correr al cojo et al mudo fablar.....

Esta ocasión, el dinero le hizo callar *al mudo* del Arcipreste.

En yendo de fraudes, rapiñas, estafas, hurtos, abusos de confianza, robos manifiestos del excelentísimo señor Capitán General de sus ejércitos, hay tela de que cortar; mas yo no presumo de nimio, y allí se queda la mina desflorada apenas, para que quien le desee y pueda ahonde y siga el beneficio. Corto he sido por mi parte; pero, amigo, lo que no va en lágrimas va en suspiros; dispensa la cortedad, y recibe á buena cuenta el escaso adelantado de lo mucho que en ley de justicia se te debe. Las hulleras de Chester no se agotan en día y medio; las hazañas de Monipodio no las apura un solo historiador, áun cuando éste se llame Cervantes Saavedra. Día vendrá en que tu nombre llene por lo

menos los ámbitos de Sud-América, y en que Europa nos abrume con la severa interrogación: ¿ Estos son vuestros presidentes ?

Azotes, sangre, robo, no son nada; aunque en verdad horrible cosa el espectáculo donde crímenes y vicios están bailando sobre buenas costumbres y virtudes derribadas en tierra. Pero los malhechores, una vez en la horca, no perjudican; su imperio es un hecho, y nada más. Puede una casa ser robada por una gavilla de bribones; sus habitantes no quedan por eso corrompidos. El genio para la oscuridad, esa luz envenenada que beneficia las tinieblas, esa es la mala; tiranía que corrompe á los hombres y pudre hasta las raíces que los estrechan con la eternidad, esa es la espantosa. Los criminales ineptos no se extienden por debajo de la sociedad humana y la abrazan en todas direcciones. Si cabe consuelo en pueblo que tiene sobre sí á un Ignacio Veintemilla, consuélense los ecuatorianos con recordar que, muerto el perro, muerta la rabia: como haya entre ellos un troglodita que no quiera ser su rey, no están perdidos. Donde no hay quien lo contrarreste, el ímpetu de los malvados tiene fuerza de destrucción; el demonio sopla sobre ellos, y los vuelve terremotos y huracanes. En su órbita, nada los resiste: Carrera en Guatemala, Melgarejo en Bolivia, la araña en su tela, el insecto debajo de su yerbecita, el infusorio en su gota de agua, Ignacio Veintemilla en el Ecuador, hacen temblar el mundo. Ignacio Veintemilla en el Ecuador es la araña en su red: allí los tiene crucificados á moscas y mosquitos, secos unos con el hollín de la cocina; pataleando otros, rindiendo el espíritu en manos de algún feo escarabajo. Los viles, los cobardes no lo rinden en manos del Altísimo: para los esclavos no hay cielo: esclavitud es antirazón que vuelve animales á los hombres.

802

Legajo №

CATILINARIAS

POR

JUAN MONTALVO.

TERCERA.

(TERCERA EDICION.)

56

GUAYAQUIL
IMPRENTA DE "EL TIEMPO."

1894.

CATILINARIAS

POR

JUAN MONTALVO.



TERCERA.



(TERCERA EDICIÓN.)

GUAYAQUIL

IMPRENTA DE "EL TIEMPO."

1894.

F
2735
.M76
1794

V.3

7306.4-015

TERCERA.

TANTO MONTA.

Mote de la empresa de Don Fernando el Católico.



or miserable que un pueblo sea, nunca le faltan mártires ni redentores; y si la virtud de éstos no puede tanto con la misericordia divina que el Juez Supremo revoque los decretos de su justicia, es siempre un testimonio en favor del género humano, la excepción que ella hace del hombre justo. Lot huye de Sodoma por orden del Todopoderoso; luego no es el hombre el condenado á las llamas destructoras, sino los hombres corrompidos, cuya perversión está clamando por su ruina. Las cataratas del cielo se han abierto, las nubes se han derretido, los mares se han tragado los montes, levantándose hasta las estrellas: hombres, animales, cosas, nada existe: la cólera de Dios reina sobre el mundo vacío en horroroso silencio. Mas ved allí esa nave que toma tierra lentamente sobre la cumbre de la montaña que empieza á despejarse: es la especie humana salvada de la destrucción del mundo. Así los trogloditas se salvaron por la voluntad de Dios y la virtud de un hombre; así los pueblos se redimen y libertan por la virtud de tal cual hijo suyo no inficionado por la servidumbre

ni la infamia general. Harmodio y Aristogiton son dos hermosos muchachos que salen de su fuente, como Eros y Anteros, se abrazan con la maga que los evoca, y se vuelven al seno de su abismo luminoso. Esa maga es la libertad; y sabe, como Jámblico, los conjuros que arrancan de la nada á los Genios propicios de las naciones.

Levantáronse un día unos adolescentes, se estregaron los ojos, y vieron: una aurora viva, hermosa se les entró por ellos, y les iluminó las entrañas. Sintieron con esa luz grandeza en el corazón, fuerza en el brazo, se fueron para el tirano de su patria, y le mataron. El gigante no había sido sino araña: le pisaron, le aplastaron: moviendo feamente doce patas, reventó, y no echó sangre, ni la podía echar; no la tenía. Todo en él era tripas, de las cuales no pudo desprenderse alma ninguna. El alma, según la doctrina de la Academia, reside en el corazón; donde no hay corazón, no hay alma; ¿ hay día donde no hay sol? Muerto el tirano, libre debió quedar el pueblo, y no quedó: el tirano le había quitado el amor á la libertad, no del pecho solamente, sino también de la memoria. Murió el tirano, y ese pueblo no supo qué cosa fuese libertad. Asombrado, aturdido, dió voces que nada significaban. Salió por ahí un perro, y le ahuyentó á ladridos; vino por otro lado un asno, y le enseñó los dientes. Si las virtudes habían sido convertidas en escoria, ¿ qué importaba que el diablo hubiese cargado con su alquimista? Espionaje, traición, delación, obras meritorias para ése; rectitud, firmeza, patriotismo, delitos eran, crímenes digo, que castigaba con prisión perpetua, destierro de por vida, patíbulo ó azotes. Huído Rosas, Buenos Aires quedó libre; muerto Carrera, libre Guatemala: éstos habían sido tiranos de hecho, y nada más. Cómo de hecho? Cuanto á Rosas, concedido; pero Carrera, el indio Carrera, ¿no tuvo por alma la Compañía de Jesús? Si ésta sabe de *hechos*, los *principios* son su ciencia. Barrios aún no ha extirpado las raíces desotro despotismo, tan memorable como el suyo; y con haberse dado tanto vuelo que ha caído al lado opuesto, luchando está con los remanentes de Carrera. Sea de esto lo que fuere, la tiranía de ese cuyo nombre no hemos proferido, fué sistema, ciencia profunda, como la sabiduría del enemigo malo, en cuyos dominios arden los cirios de la noche eterna que alum-

bran á los réprobos de las naciones por los espacios helados de la servidumbre. Qué mucho que ese pueblo, muerto su tirano, hubiese todavía sufrido sus instituciones, sus costumbres políticas y sociales?

Tienen las regiones del Norte ciertos habitantes cuya vida nos parece horrible castigo de la Providencia. Viven en grutas ó cuevas de nieve, envueltos y revueltos con sus animales. El aire que respiran en esos subterraneos es viciado, pestilente: se pleitean carnes podridas con los osos y los lobos: su luz es moribunda, su sol un cadáver: desmaya éste y se hunde á los cuatro meses de vida; casi todo el año está muerto para ellos. Sacad de su bodega á un kamchadal, traedle á la zona de la claridad verdadera, regadle con nuestro aire puro y salutífero, nutridle de buenos alimentos, y á poco morirá: sus miasmas emponzoñados, el fetor de su pocilga, su oscuridad, su pescado corrompido le hacen falta. No de otro modo los pueblos de largo tiempo esclavos vienen á connaturalizarse con las inmundicias de la servidumbre, y les falta pecho para el aire fuerte de la libertad. Los rayos del sol no limpian el fierro orinecido; la luz perece en los cuerpos opacos. "Costumbre es segunda naturaleza," dice un filósofo: lo que viene á ser natural á fuerza de costumbre, difícil es de corregir: nada más sólido que el vicio. Siete años de lucha con la liga infernal de dos terribles potestades,—el claustro y el cuartel; siete años de fatigar á la imprenta con los preceptos de la razón y las exigencias de la libertad; siete años de dar voces á mis compatriotas sobre que se despierten y levanten, ¿no me han servido sino, una vez conseguido el objeto, para verme proscrito nuevamente, después de cuatro días de patria y casa? García Moreno, á la eternidad; Antonio Borrero, al polvo y á la nada: arriba los zánganos! arriba los ineptos! arriba los cobardes que nada han hecho por el bien de la República! Proscrito, cosa rara; rara y en honra mía que lejos de pesadumbre me sirve de consuelo; en poco está que no me cause orgullo. En el Ecuador no ha habido revolución hasta ahora: el espíritu de García Moreno, vuela, vuela sobre él, le hace sombra; sombra maléfica, profunda, bajo la cual no puede ni debe vivir un hombre libre. Yo soy *advenedizo* en mi patria, me lo han dicho. Los bonaerenses que le acosaron veinte años á Rosas, hasta dar con el monstruo

en tierra, fueron advenedizos en sus hogares cuando volvieron á ellos. Los cubanos que andan fuera de Cuba serán advenedizos cuando la madre patria les abra las puertas de su adorada isla. Sí, ecuatorianos, el arminio es advenedizo entre los cerdos: si se da que pise el lodo, muere de asco y humillación. En ese vasto sepulcro de García Moreno, sepulcro abierto donde imperan sus gusanos, fuí advenedizo por cuatro días: ya no lo soy. Mi pan es el hambre, mi vino la sed: como y bebo, y si no engordo el triste cuerpo, nutro la buena fama, sin que me afeen injusticias, ni me enfermen vilezas. Polacos, advenedizos, dejad que Mouravieff haga en Polonia lo que quiera: ¿qué derecho teneis á romper las cadenas que os aherrojan?

La pretensa revolución de Guayaquil no ha sido revolución: un lego en lugar de un fraile, nada más: un malhechor en lugar de un tirano, un payo en lugar de un hombre de rara inteligencia y vastos conocimientos mal aprovechados. Cuando á modo de cargo de conciencia me dicen, los que hablan sin discurrir: Mejor hubiera sido que ustedes dejaran á García Moreno que poner á este ladrón; yo me voy de todas y contesto: ¿Hemos combatido por ventura al tirano en pro del malhechor? ¿soy yo quien ha arrancado del cieno á este bodoque infame? Deber mío era írmele encima al primero, resulte lo que resultare: no es á culpa mía si el pueblo deja pasar la ocasión y no sabe lo que hace. La muerte de García Moreno fué todo un acontecimiento; de su sangre debió de haber brotado la libertad, y á su sepulcro debieron haber ido fracasadas sus cadenas. Muere, y *el pueblo libre, el pueblo rey*, Guayas heroico, se contenta con pasearse por sus calles en pelotones inmensos dando voces sin sentido. ¿No fue ese el caso de la revolución? ¿por qué no la proclamó? El cuerpo del tirano estaba bajo tierra; su alma, intacta sobre su trono. El escritor, el agitador, el patriota, el hombre de la idea había hecho su deber; el pueblo no hizo el suyo. Qué había que hacer....sobre el cadáver del tirano el pueblo no halló apóstol ni amigo sino fueron los ministros del tirano, ó cosa peor. En pueblo como éste, ¿qué importaría que *hubiese un hombre?* No hay un hombre, están diciendo á cada paso, por ofenderme; pues yo digo que no hay pueblo en esa comarca: Bolívar, Sucre, nada hubieran podido en país semejante Mazzini es

uno, Orsini otro. La pluma convence, conmueve, exalta: yo convencí, conmoví, exalté á los jóvenes, y el 6 de Agosto fué. "La Dictadura Perpetua," la sentencia de García Moreno. Andrade, Moncayo, Cornejo, encerrados con luz artificial á medio día, leian, leian, y renovaban mil veces su juramento de matar al tirano y libertar su patria; leian y urdían la conjuración, y hacían prosélitos, y el puñal de la salud andaba en treinta brazos, y entraron en la conspiración jefes de cuartel, y ésta fue vasta y grande, y cayó el tirano, cayó.

No hay un hombre.... ¿He de ir yo á despanzurrar personalmente al hechor? Un león, un tigre; aquí está mi triste vida; pero un perro....Y por quién! se trata del pueblo romano? de una víctima ilustre? de un pueblo grande, pueblo noble? Empresas contra el actual malvado, dos, y buenas; tres y muy buenas; perdidas todas, la una por la conmiseración, la otra por la traición, la última por cobardía. En el patíbulo estaba ya Ignacio Veintemilla: á ese Eloy Alfaro á quien ha quitado más de media vida en el tormento, á ese le debe dos veces la vida. El de la conmiseración, él fué; de la traición él fué la víctima; el de la cobardía, yo me lo sé. ¡Y qué plan desbaratado por un valiente que á última hora *no se mete en nada* y disuade á los demás! Si así me destejen lo tejido, ¿qué había de hacer yo, aun cuando fuese un Washington de prudencia, un Páez de valentía? Uno que hallándose preso, con enormes grillos, en una caverna oscura, comienza por seducir á los centinelas de vista, subyuga con su ascendiente á los oficiales, pone de su parte á los jefes y combina una terrible revolución en medio de las cadenas con sus propios vigilantes y opresores ése, me parece, es también *un hombre!* Mas la traición, dueña de almas viles, no podía estar ausente de militares sin pundonor ni patriotismo, y la hazaña del preso fué desbaratada al instante mismo de convertirse en hecho grande. Eloy Alfaro pasó del cuartel al *Infiernillo*, para ejemplo de fortaleza y valor. Con que, zánganos, liebres que murmurais, que censurais, que difamais, ¿nos dormimos en las pajas? ¿no hay un hombre? Bien visto lo tengo, mientras esta pluma no se me vuelva espada, cosa que no he de poder con los ecuatorianos: razón sin bayoneta es sinrazón para ellos. "Dadnos cuatro tribunos como Juan

Montalvo, y os respondemos de la libertad del Ecuador," acaba de de decir un ardiente escritor de un pueblo libre.* Con rubor y timidez hago este recuerdo, tan solo por defenderme de ese inicuo *no hay un hombre* con que ineptos y cobardes quieren asemejarse á ellos. Si hubiera un hombre, ¿qué hiciera éste? Los grandes hombres mismos nada han podido ellos solos en ningún tiempo: cooperación, unión, impulso general necesitan para sus obras magnas. El hombre de la idea podrá llegar á ser heroe y libertador, si le sigue un golpe de gente apasionada: en no hallando quien le crea, quien lo apoye, quien reciba la fuerza de su espíritu, ese hombre será la voz en el desierto, ó el loco que andaba de día y de noche por las murallas de Jerusalén gritando: Jerusalén se pierde! Jerusalén se pierde! nadie le creía, á nadie conmovía: Jerusalén se perdió: el loco había sido profeta. Bolívar fué libertador, porque tuvo con quien nos libertase: él solo ¿qué hubiera hecho, aun cuando hubiera ido á matar con su mano al rey de España? Las proezas de Garibaldi no son las de un individuo; son las de una persona moral compuesta de millares de personas: ¿imaginais acaso que este paladín entra en la Sicilia y la toma á furor de espada con mil voluntarios? No: al ver levantado el pendón de la libertad, los italianos en grandes acogidas de patriotas corren á limpiarse, con esa santa sombra, de la mancha de esclavitud que los ha envilecido tantos años. Cuando hay uno en el Ecuador que se atreve á levantar ese pendón, los ecuatorianos *no se meten en nada*; ¡y no hay un hombre! ¡qué hombre ha de haber entre *tamenes*** que no le pueden sufrir? Abrid los ojos, ciegos, mirad y convenceos: donde no hay pueblo no puede haber *un hombre*.

Me suelen asimismo preguntar algunos almas de cántaro: ¿Por qué dejaron ustedes que este animal se elevase en Guayaquil? La contestación, miradla, si gustais.

Sucedió que ciertos sabios se hallasen una vez reunidos para elegir Jefe Supremo. A falta de león, claro está que debía serlo el elefante, y aun cuando fuese el tigre. Pero

* Jorge Isaacs.
** El que quiera saber el valor de este vocablo, puede consultar la historia de la conquista de Nueva España por don Antonio Solis.

el zorro los había la noche anterior ensuciado á todos y perturbado los sentidos con esa su ambrosía que echa, sabe el diablo por qué parte. No contento con rociarlos, dióles á beber el elíxir de sus entrañas, con lo cual les encalabrinó el alma y les apestó el corazón. ¡Viva el jumento! gritaron en un arranque de frenesí divino; y el jumento fué Jefe Supremo. ¡Dios de bondad! el hijo de la cebada quiso ser también Capitán General, como tributo de veneración á los tiempos coloniales; y lo fué. Quiso ser Cabo Capitán; y lo fué. Napoleón el grande ¿no era para sus soldados *el cabito*? *Le petit caporal*, en lenguaje de cariño militar, significaba emperador de Francia, dueño de Europa. Quiso ser agradable nuez moscada, como el Sofí de Persia; y lo fué. Quiso ser espada de Bernardo, carabina de Ambrosio; y lo fué. Quiso ser alcaide de los donceles, cardenal de Acuapendente; y lo fué. Quiso ser conde del verde sauco, príncipe de Cavalcanti; y lo fué. Quiso ser barón de Montugtusa, marqués de los Burdeles; y lo fué. Quiso ser caballero del Milagro, gran maestro de Calatrava; y lo fué. Quiso ser Federico Barbarroja, don Jaime el Conquistador; y lo fué. Quiso ser café con leche, azúcar de Saturno; y lo fué. Fernando Mondego, convertido en duque de la noche á la mañana, no paró hasta no verse con dictados que fueran envidia del Gran Turco: Matador, Robador, Mentidor, gracias á un monito que por ahí le iba poniendo entre renglones cuantos títulos le iba él dictando á la sordina, sin conocimiento de la Junta: *meeting* digamos, para no quedarnos atrás de los que hoy hablan lengua castellana con propiedad y cultura. El bueno del asno había oido que en otro tiempo las ranas pidieron rey al padre de los dioses, y que éste les echó á su estanque una viga: si una viga ha sido rey, dijo para sí, ¿por qué no he de ser yo Jefe Supremo? Y lo primero que hizo fue llegarse de puntillas á un noble bruto que estaba por ahí durmiendo, y darle una coz por la espalda. Con esto, dijo, los monto á todos, y que me pongan aliagas debajo del rabo.

El autor de esta fábula debe de ser Esopo: esperando estoy que el más feo de los griegos me diga si fué su heroe quien montó en sus electores, ó estos le echaron la albarda encima y le enviaron al molino. Aristóteles, padre de la retórica, sostiene que el apólogo es una de las figuras más

hermosas, y la más adecuada para convencer. No vayan mis compatriotas á tomar al pié de la letra el cuento del pollino; no es sino una figura, y quizá mal cometida. Por lo que hace al rey de las ranas, sabido es que vino á ser su estercolero. Como es regular que los ecuatorianos no quieran ser menos grandes hombres que esos ilustres reptiles, si no se han subido ya, de presumir es que no tarden en subirse sobre su Capitán General, Jefe Supremo y preste Ignacio de las indias y las negras.

Nunca deja de ser cargo fundado contra los hombres de viso de la República, el ver á los más ruines en la cumbre de los honores, y el más perverso é infame en el remate del poder y la soberbia. La forma de gobierno que llama al trono al heredero del monarca, no da asidero á los reproches del patriota y el filósofo; pero en ese cuya esencia es la elección, siempre serán para menos los que levantan sobre todos el más bajo, y están sufriendo después las tropelías envilecedoras de la ignorancia y la barbarie. Sin embargo, la dictadura de este Maximino que llaman Ignacio Veintemilla tiene su explicación, cuanto á su origen. Habiendo los liberales determinado la revolución contra don Antonio Borrero, locura hubiera sido en ellos pensar en salir con su empeño sin la cooperación de parte del ejército. Don Antonio, como obstáculo para los dichos liberales, le había entregado puerta y llaves de la República al sicario más empedernido de García Moreno: por mucho que la opinión de los ecuatorianos estuviese bien dispuesta para el cambio, el apoyo militar fué, por desgracia, indispensable. La revolución, hecha la tenía la imprenta: las armas, no estaban en manos de los patriotas. Veintemilla, como instrumento, simple instrumento, no era malo: dos mil veteranos con bala en boca tenía á sus órdenes este marmitón del difunto consabido, y había declarado que si no era él Jefe Supremo, sostendría á Borrero. Guayaquil, ni por audaz, ni por valiente, hubiera podido nada con las manos vacías, y así tuvo por bien contar con el ahora mortal enemigo de los liberales. Triste necesidad fué, no imprudencia reprensible. El mal no estuvo en esto, sino en que los revolucionarios pasaron por todo, se sometieron asnalmente al despotismo de un echacantos que al despotismo acompañaba las malas intenciones. Pueblo que hace revolución, la ha de

llevar á cima conforme á sus propósitos y necesidades: verificarla, y agachar la cerviz ante el mismo de quien debiera servirse para sus fines, es demérito que trae consigo ineptitud y vergüenza. El pueblo casi siempre es burla de los que le guían: si estos son hombres sin fé ni amor, sin pundonor ni patriotismo, el pobre pueblo es el que se expone, el que vierte su sangre, el que triunfa; ellos los que maman la cabra, haciendo migas con traidores y farsantes.

He dicho que los revolucionarios sufrieron desde el principio los abusos tiránicos de su Jefe Supremo, y no he dicho nada: no le sufrieron solamente el despotismo; le animaron, le impulsaron por esa vía. No digo á hombre de suyo malo y soberbio, á uno bueno y modesto le hubieran corrompido esas condescendencias, esas humildades, esas tolerancias con que la viga creció en merecimientos á sus propios ojos. El pueblo, lo que es el pueblo, esa multitud compuesta de la parte laboriosa y útil de la sociedad humana, menos sometido y vil que sus cabecillas, quiso dar la ley en su revolución; los corifeos se opusieron, se lo impidieron. Cuando el rey de las ranas dijo: No quiero ni suplente, menos colega, ¿no dió harto á conocer sus fines? y con todo, cuando el pueblo quiso indicar, proclamar Ministro general, *los sesudos*, los esclavos blancos fueron óbice á tan saludable providencia. "Él es el dueño; él hará lo que quiera," me dijo en mi casa un hominicaco liberal. Vi que no las había con un varón, sino con un eunuco infame, y ahorré palabras. Repudiado por *su dueño*, despechado, el ruin ha dado en borracho, y hasta en loco. El gobierno temporal de la Providencia, doctrina del conde José de Maistre, está palpable en ocasiones. Pueblo donde ésos son los principales, esos que dicen *él es el dueño*, no es mucho sufra las voces con que le están asordando las demás Repúblicas: Esclavo! esclavo!

Veintemilla es obra exclusiva de los guayaquileños; los patriotas, los liberales, los dignos, los orgullosos, los valientes, los libres guayaquileños. Ellos tejieron, á ellos les incumbe destejer; de otro modo, cumplirse ha el término de la promesa, y prostituirse han al sátiro á quien han ofrecido su virtud. Á Penélope no la salva su fuerza, pero le sobra industria para ser fiel á su marido. Guayaquileños, pueblo

de valientes, si habeis perdido el valor, manifestad por lo menos que no os falta apercibimiento para vuestros deberes y vuestras honras futuras. Abrid lo tejido, deshaced lo hecho, y ved aquí la corona de la virtud con nombre de libertad y patriotismo.

Vegetaba en el Perú un hombre en quien tenían puestos los ojos quince años había los patriotas y liberales del Ecuador. Sus intentonas de libertad, sus expediciones contra el tirano, aunque desgraciadas por su culpa, le habían grangeado la benevolencia de los que no le estaban viendo de cerca. Este liberal añejo, cabeza de partido, ninguna parte tuvo en la revolución de los liberales del Guayas; ántes la improbó, de miedo, con increible acerbidad. Hecha la revolución, túvola por buena y se vino á coger su parte. Una noche gran gentío en el malecón de Guayaquil: Urbina, el viejo Urbina, se halla á bordo de un buque, va á saltar: con éste, la revolución no será desviada, ni la beneficiarán de su particular ganancia bellacos de la órden de García Moreno, como Ignacio Veintemilla. "José María!" los viejos: "Mi general!" los militares: "General!" sus amigos, todos se le van con los brazos abiertos. El pueblo necesita siempre un hombre en quien fincar sus esperanzas: cuando no lo tiene, entalla una quimera, dispone un simulacro, y adora al dios que le hace falta. Pueden los viejos ser recuerdos; esperanzas, no las busqueis sino en los jóvenes: las canas, y eso canas ilustres, son cuando más estímulo de la sangre nueva: en volcanes apagados no pueden los operarios forjar las armas de la patria: el fuego del Etna habemos menester para sacar espadas de buen temple. El tiempo pasado no nos puede brindar con la esperanza; gaje del porvenir es ésta. Esperad en el hombre mozo, en el adolescente, en el niño, que estos van mirando hácia adelante: los viejos ven para atras, y atras están muerte y olvido. Un gran viejo, de antecedentes gloriosos, puede ser un monumento; una gran esperanza, huíd de ir á buscarla al borde del sepulcro.

El anciano recien llegado, en medio de tumultuosa muchedumbre, se dirige para su casa: allí, en ese recinto estrecho, está encerrado un mundo, el mundo del corazón:

mujer, hijas, hijos, santo grupo de la familia con sus dioses y sus ceremonias apasionadas, esperan al marido largo tiempo ausente, al padre, al sacerdote del altar doméstico. Colgadas en las barandillas de la escalera, los brazos hácia la puerta, sus lágrimas están bendiciendo esas gradas, ese zaguan por donde ya va á entrar, á subir el hombre en quien está fincada su vida en ese instante. María, Rosita, de felicidad son ésas que se os desprenden de las pestañas y ruedan en largo hilo por el seno. Vuestro padre, héle allí: ya llega, ya entra.... Cómo! el tropel sigue adelante: pasó, se alejó, silencio todo. El hombre descastado, el viejo ruin, dejó allí muriéndose al amor, y tuvo por más natural y santo ir primero á echarse de rodillas y besarle los piés al figurón sin alma que se estaba ya llamando Jefe Supremo. Para volver más notoria su irreverencia á Dios y la naturaleza, tuvo á dicha ir á pasar por su calle, por su casa, recibiendo con este fierro, la marca de un amo tan pobre de méritos y virtudes como él mismo. Ahora ya no se puede perder ni confundir entre vacadas ajenas: este buey seco, pelado, garrapatoso, que se mueve y tambalea, es de Veintemilla, del mudo Veintemilla, dicen todos; y le cogen, y le entregan á su dueño, cuando sale de su majada. Dinero, mucho dinero, á trueque de oscuridad é infamia, este es el actual Urbina. Poco sabe de derecho este furriel apolillado, pero dijo: *doy para que des, hago para que hagas.* Dió honra, fama; cogió y está cogiendo mazos de billetes de banco, talegos de moneda que se los bebe en forma de aguardiente.

No se me ignora la divisa de los antiguos caballeros, *mi Dios, mi rey y mi dama;* pero el cristianismo mejor averiguado ha hecho una transposición, y nosotros decimos con más acierto: "Mi Dios, mi patria, mi familia," siendo así que no tenemos rey. Si rey entra por patria, habremos de decir: Mi Dios, mi patria y mi esposa. ¿Pero cómo ni cuándo ha de simbolizar la patria un malvado que no hace sino cubrirla de ignominia y arrancarle dolorosas lágrimas? Sin estos pegotes corruptores que arrodrigonan al opresor, quizá no hubiera tiranos: la soberbia vive de adulación; la adulación hincha á la vanidad, y aduladores y vanidosos caen sobre las naciones desgraciadas á modo de ceniza, y la queman, y la yerman. Los ciudadanos de chapa, los hombres de trascendencia, en todo caso han de ser contrarresto

de gobernantes abusivos. Pero si lejos de ser apoderados naturales de la República, se vuelven fautores de su enemigo y ministros de sus crímenes, ¿cómo no han de llover desdichas y vergüenzas sobre un pueblo? Me han dicho que Urbina, siendo presidente, gustaba por extremo de zalamerías y cucamonas de cortesanos: hombres graves, decorosos, no eran suyos: para cortarle el ombligo convenía mostrarse indigno de un prohombre. Nadie tenga la osadía de alabaros cara á cara, dice un gran autor; no le sufrais, reprimidle, agrego yo, pequeñuelo. La adulación corrompe, desvía: la calumnia, vestida de alabanza, suele asomarse por los labios del palaciego, el gobernante sordo á los enemigos públicos que se llaman aduladores, ese está libre de mil males. La adulación no se contenta con alabar; su parte principal es indisponer al poderoso con ciudadanos quizá buenos. Encomios pagados son méritos de hombres sin virtudes: los varones de pro no han menester sino el silencio respetuoso de los dignos, la callada buena fé de los sinceros.

La diplomacia de Urbina es la adulación; si agregamos la mentira, planta expontánea en sus labios, el fraude y el engaño, bien así en las públicas como en las privadas relaciones de la vida, hemos dicho todo lo que sabe. Adulación, y tan extremada, y tan empalagosa, que le dá semblante de retrechera sin talento. Hombre que peina canas, militar antiguo, ex-presidente, adula, si su alma es baja, pero con aire y modo, y no así como una pelforra. Un poeta indigno de las Musas había dicho que Antígono era un dios. Miente, respondió el tirano; mi criado sabe que no hay nada de eso. Urbina, á pesar de los secretos de la recámara, que él los sabe muy bien, quiere que Ignacio Veintemilla sea un dios; un dios, pues valiera más llamarle Caco ó Mercurio, que Godofre de Bouillon ó Carlomagno, como le ha llamado mil veces en sus borracheras. El que cae en los brazos de ese viejo, tenga paciencia; media hora ha transcurrido, y aún no le afloja. Si el dicho Sileno le ha menester para algo, peor; le besa desde la frente hasta la ijada, pasando por el estómago. Le besa los ojos una y mil veces; le besa la nariz por dentro y fuera; se da maña en besarle la nariz por dentro haciendo los labios pico de cigüeña. Le besa la boca: si el sentenciado á ese suplicio infamante no

la cierra bien, le ha de hacer irrupciones asquerosas de lengua hasta el galillo. Le besa la quijada, la nuez: la mejilla ya la besó; esa es cosa suya. Le abre el chaleco, le besa la barriga: le vuelve, le besa tras la oreja. Si no hallara resistencia, oh, ¿hasta dónde no llevara esos labios de Judas con los cuales le está vendiendo á uno por todo el cuerpo y cubriéndose de baba tabacosa? Dios sabe si Veintemilla se ha ido al baño cada vez que su mala estrella le ha puesto en brazos de su Mentor: ¿qué ha de ir cuando él mismo está cubierto por dentro y fuera del pringue de los vicios? En la Escritura, justicia y misericordia se encuentran y se besan; en la desescritura, Urbina y Veintemilla, esto es, la corrupción y el crimen, la embriaguez y la imbecilidad, se encuentran y se besan, y de esta cópula indecente nacen deshonra y males públicos. Sin Urbina, sin su traición á la patria y al partido liberal; sin su falange de leprosos antiguos, Veintemilla, Ignacio Veintemilla, cargado de una fanega de cebada, estuviera yendo al molino cada día. ¿Qué pudo este infeliz por sí mismo? Veintemilla, como ejecutor de crímenes y traiciones, ha caído en mal caso y merecido la horca; Urbina, como impulsor y causa, está llorando por la cuerda. El uno es cuerpo, el otro alma de ese feo demonio que se está comiendo á bocados honra, bienestar y buena fama de un pueblo. Ideas, propósitos elevados, amor al género humano, impulsos de grandeza, anhelos de gloria, nada: lujuria de dinero, hambre de vanos títulos, sandez, falsía, desvergüenza, he aquí los medios y los fines de esos revolucionarios sin revolución, católicos sin bautismo. Como saben que los principios liberales son cosas grandes que se están dando vuelo por el mundo, se han llamado liberales, ellos: en las galeras hay también partidos: Urbina y Veintemilla, liberales de galeras: liberales de aire libre, liberales de idea y corazón, no: liberales á lo Thiers, á lo Gladstone, no. Asesinen Arzobispos, metan fuego á los edificios públicos, acarreen á sus casas los tesoros de la Iglesia y del Estado, en buena hora: esos no son liberales ni conservadores; son delincuentes á quienes, hasta hoy día de la fecha, y van nueve años, están fusilando en Francia. "General, no tenga usted cuidado; los jesuitas están conmigo." Con que los jesuitas están con él.... ¿y el arzobispo envenenado? ¿y los obispos desterrados? ¿y los cléri-

gos encadenados? ¿y los católicos asesinados? ¿y los canónigos saqueados? ¿y el concordato pisoteado? Dirán Urbina y Veintemilla que estas niñerías y las otras que constan en su *memorial de agravios comunes*, como son redomazos, clavazón de sambenitos, untos de miera en la casa, lejos de desmentirlos, son pruebas de su liga *rodiniana*. Y concluyentes: si nada de eso hubiera sucedido en la República, de su peso se cae que los jesuitas no estuvieran con ellos. No ha quedado un liberal en el Ecuador; no hay sombra de imprenta, ni tribuna, ni sociedades, ni libertad, ni verdad, ni religión pura, ni conciencia, ni Cristo que lo fundó; claro se está que ellos están con los jesuitas: y se llaman todavía liberales! Violencia y crueldad, terror infunden: la impostura es baja de suyo, y no inspira sino desprecio.

. . . .

Sería yo temerario si afirmase absolutamente que los ecuatorianos son esclavos de nacimiento y por amor. García Moreno hecho pedazos, cayendo de su palacio á la plaza á puntapiés, dando zapatetas en el aire, según que lo había profetizado un humilde Isaías, viene aquí, y depone en favor de sus víctimas perpetuas. Borrero es asimismo testigo favorable, el pobrecito: diga si fué bajo el solio, ó en su fuga, donde le pasaron una mañana las botas llenas de. . . . agua, y él tuvo que ponérselas, llevándolo todo en amor de Dios. Ignacio Veintemilla, la soga al cuello, ¿la arrancará, y desvanecerá la buena opinión que Sud-América principiaba á concebir del Ecuador? Veintemilla sin talento, sin poder, sin habilidad; Veintemilla, ignorante como un indio, cabezudo como un vizcaino, pesado como un galápago, presuntuoso como un Quijote, incapaz de esa tiranía grande que inmortaliza *en el aire* á los bribones de gran talla, ¿estaría ahí para echar el sello á la desgracia de un pueblo, al ruin concepto en que los otros lo han tenido tantos años? La dictadura de García Moreno fué perpetua hasta el día del Machete; la de Veintemilla será más corta: las ranas han visto ya que se le pueden subir encima, y hacer de su rey su estercolero. Te enojas, el amigo? Xo que te estriego, burra de mi suegro.

Desengáñense los ambiciosos sin mérito: en los rincones más oscuros las luces obran ya más de lo que les con-

viene á los oposicionistas de la civilización; en los pueblos más hechos á la servidumbre los agentes de la libertad se abren paso, y van alumbrando con su antorcha cien leguas en contorno. Tres números de "El Regenerador," apoyado por los jóvenes liberales de Quito y Guayaquil, bastaron para quitarle al presidente más popular que habíamos visto en tierra de ladrones *sus veinte y nueve mil votos*. La revolución, hecha la tenía la imprenta, esto es, la razón, el derecho de los pueblos, cosas que se vuelven efectivas en la libertad práctica y sensata, en el progreso cuyos fundamentos son virtudes. "Ya es tiempo, me escribieron los jóvenes del Guayas; venga usted, vuele usted" Fuí, y el pueblo me dió un susto. El aura popular en forma de huracán es simoun en cuyo seno viene sonando una música aterrante. La modestia pierde el color y el habla en presencia de ese monstruo hermoso que le abre cien brazos y la saluda con mil voces. Uno á quien hasta hoy no le han cabido sino persecuciones y amarguras, debía darse por resarcido de sus padecimientos, por agradecido de sus afanes, cuando, honrosamente conturbado, estaba viendo un pueblo todo al pié de sus balcones, oyendo unir su nombre á las santas palabras de patria y libertad. Ante la glorificación ardiente de miles de personas bien intencionadas ¿qué importan majaderías de tontos, sandeces de borrachos, malas obras de ingratos, desvergüenzas de atrevidos, calumnias de perversos?

El diablo estaba haciendo en ese instante en una cochiquera un tiranuelo de lodo. En embrión lo tenía ya entre los dedos, y este feto del infierno tembló dentro de la oscuridad al oir las voces de la luz. Envidia, celos, aprensiones ruines, temores agudos pasaron por sobre él abrasándole cual llamas infernales. A poco el feto había nacido en un cuartel, fué bautizado por Patillas el canónigo, y llamándose Capitán General de sus ejércitos, salió campeando al mundo. Mas qué campear.... campea y áun se pavonea por las calles de Quito, al centro de una muchedumbre de sicarios. Hombres, mujeres; viejos, niños; hidalgos, plebeyos, todos son sus enemigos, de todos se cautela: soldados, lanza en ristre; oficiales, la espada desenvainada. Así campea, así se pavonea, así se gallardea ese mezquino. "No me saques sin razón ni me envaines sin honor," es la divisa

de la espada noble, espada valerosa que sale de las fraguas de Toledo: esos oficiales que, sin guerra, la llevan desenvainada por la ciudad, ¿la sacan con razón? ¿la envainan con honor? Un hombre del pueblo, un pobre hombre, está sentado sobre el umbral de una tienda, cabizbajo con algún pensamiento, meditabundo con alguna cavilación, triste con algún dolor: su Excelencia el Presidente de la República, valeroso caballero, se le va encima, le echa á tierra la cabeza esto es el sombrero, le harta de injurias. El hombre no le ha visto, no se ha puesto de pié, no le ha saludado. Herido en el cuerpo y en la honra, el triste mira á una y otra parte, ve un palo, se ase con él, salta, descarga, repite el golpe desaforadamente: su Excelencia el Presidente de la República, con tres gentiles garrotazos en el pescuezo, tambalea, en tanto que sus heroicos edecanes pican de soleta. Pero no es un 6 de agosto: vuelven los valientes, dan en el suelo con el descomedido, pisan sobre él, le matan.... No le mataron: apaleado y lastimado, lleváronle al hospicio, *por loco*. Loco, y azotes cada día; loco, y juicio criminal de orden del Presidente. Si éste no es loco, él, es el ente más bajo y despreciable de la tierra. Como ha visto ya que si le saludan los quiteños es con el palo, no se va sobre ellos con el bastón: los hace presos, los manda al cuartel, les pone gorra á los que no gritan: ¡Viva el rey!

Cuenta un sicario de Juan Manuel Rosas que este gaucho extravagante, cuando no mandaba á sus pretorianos hacer irrupciones en las casas de Buenos Aires y cortar cabezas á discreción, les daba órdenes tan patrióticas, como la de armarse de grandes tijeras y difundirse por la ciudad: levita que parecía, tras tras! quedaba de chaqueta en quítame allá esas pajas. En cuanto al frac lo que llamamos casaca, don Juan Manuel la aborrecía de muerte: desdichado del argentino que saliera de frac y guante blanco! no las faldas solamente, pero también el pescuezo hubiera perdido. Á la puerta está Ignacio Veintemilla de salir contra la levita: la guerra contra el sombrero, ya es á todo trance. No quiera vuestra mala ventura, quirites del Pichincha, que, vencidos sombrero y casaca, vaya por los pantalones, y aún por los calzones, el Gran Pompeyo de José María Botellas. Mas como dicen que muchas veces el que va por lana vuelve trasquilado, puede ser que cuando menos piense salga el

Mudo del combate en cueros. En este concepto, mi deber es fomentar la santa guerra á los paños mayores y menores.

Vivir para tormento de nuestros semejantes, y aterrado uno mismo, es negra fortuna de los que nacieron para el infierno. La historia no existe para los ignorantes; para los que no leen, nada ha sucedido en el mundo. Si Ignacio Veintemilla supiera que los tiranos, si no acaban á manos de sus víctimas, acaban á las de sus propios esbirros, no se propasara de ese modo en sus desafueros. Mas él no tiene para qué saber la suerte de los tiranos, si éstos representan el último acto de su comedia en el patíbulo, si en una plaza ó una calle; basta con que no olvide que para insignes malhechores, cuerda. Qué vida la de ese tonto! en su casa, un batallón entero invertido en centinelas: centinelas en la puerta mayor; centinelas en el zaguan; centinelas en la escalera; centinelas en la sala; centinelas en la cama: no se pone centinelas en la boca, porque quiere tener libertad de tragadero. Y este sér aborrecido, éste que no puede dar un paso sin mirar por su vida, al tiempo que está siguiendo con el puñal en lo oscuro á los buenos ciudadanos; este reo de todos los delitos, tiene, no sólo por lugar de seguridad, sino también de delicias á Guayaquil; la libre, la valiente, la orgullosa Guayaquil. Guayaquileños, este malvado, ó no hace caso de vosotros, ú os tiene por sus cómplices: lo primero es humillante, lo segundo denigrante. En guayaquil andaba solo García Moreno de día y de noche, dormía á pierna suelta sin ensueños ni pesadillas: en Quito vivía aterrado: su velar era cautelarse, su dormir atormentarse. Viendo patriotas, jóvenes armados del puñal de la salud, vengadores y jueces por todas partes, saltaba de su lecho, corría por dondequiera dando gritos, pidiendo socorro en sueños. El sonambulismo de la sangre es la más terrible pesadilla. Al fin murió el tirano, murió; no á poder de libres y valientes guayaquileños, sino esclavos y cobardes *serranos*. Los guayaquileños, cuando saludaron el 6 de agosto con tan grandes procesiones, tuvieron por bueno el hecho, lo prohijaron; pero ellos no habían sido para la empresa. Vamos á ver, hijos del Guayas, los serranos cobardes os libraron y libertaron de Gabriel García Moreno; libertaos vosotros mismos, libertadnos y libradnos á todos

de Ignacio Veintemilla. El uno valiente, audaz, temible; el otro, pálido en la menor ocasión, cuitado, despreciable. Y así y todo, éste no piensa sino en Guayaquil: en sus terrores, sus amarguras, sus palos, Guayaquil: en los desprecios que devora, en sus cuitas, sus pesadillas, Guayaquil: en sus peligros, sus ansias, sus caidas, Guayaquil: Guayaquil es su consuelo, Guayaquil su salvación: consuelo y salvación del traidor á la patria, el robador de la hacienda pública, el perseguidor del partido liberal, el bárbaro para quien no hay más Dios ni ley que el vicio, ni más devoción que el crimen: Guayaquil. Guayaquil! Guayaquil, cuna de la libertad; Guayaquil, tierra de hombres fuertes; Guayaquil, madre de hijos libres, Guayaquil, Guayaquil.... Rocafuerte, Olmedo, no reconozcais á esa madre envilecida, echadle al rostro las estátuas con que quiere engañaros. Esa, esa que erige estátuas á un viviente infame, no tiene derecho para levantarlas á difuntos esclarecidos: semejante trastrueque del órden de las cosas pudiera indignar á la Fama y la Gloria, y hacer temblar de ira á estas divinidades. Guayaquileños, estátua á Vicente Rocafuerte, Genio de las luces, campeón de la libertad, honra del Guayas; estátua á Rocafuerte en la Capua de Ignacio Veintemilla? Levantadla, sí, levantadla, pero no antes de haber dado en tierra con el Sísifo que fuera infamia de Gomorra. Le apreciais, le amais; él lo dice: hasta cuándo sereis merecedores de agravio semejante?

Había en una comarca del Nuevo Mundo una joven llamada Écua, hermosa por extremo, y dueña de grandes riquezas. Huérfana de padre y madre, un deudo suyo muy cercano la tomó bajo su amparo, con tanta más solicitud cuanto que, en muriendo, su padre se la había dado por hija. Inocencia, sobrada; experiencia, ninguna; no era ella para cosas grandes, ni hubiera ido derecho, si nadie la llevara por la mano. Acodicióse un hombre á ella; no tanto á su hermosura cuanto á sus haberes, siendo como era codicioso de suyo y gran amigo de adquirirlas sin el sudor de su frente. Llegóse un día al tutor y curador de la joven casadera, y pidió su mano. El señor Dual, que así se llamaba el padre adoptivo, tuvo por bueno el matrimonio. Consultando con la niña, ésta dijo que no. Insistió él, ella repitió su no con entereza. Madruñero será mucho, dijo

Dual: por los tiempos que alcanzamos, los novios no están al escoger; cásate. Hombre bueno, pero aturdido, el señor Dual, medio de grado, medio por fuerza, la casó, y se estuvo á esperar que su pupila viniese á él á verter lágrimas de felicidad y agradecimiento. No fue así; antes la bella Écua empezó á quebrar de salud y color: su genial alegría se convirtió en tristeza, su amable verbosidad en silencio de muerte. Ella, tan dada al arreo de su persona, dejó ver un increíble desafeite: la cabellera en abandono, el vestido descompuesto, las manos, las blancas manos, perdidas debajo de negra roña. A las preguntas de su tutor, sus contestaciones eran lágrimas. Dual, profundamente afligido, trató de descubrir el secreto de esos dolores, esa como muerte en vida que estaba presenciando. Vicios, no hubiera sido mucho; halló crímenes en Madruñero, y aún cosas nefandas. El caudal de su esposa, bebido, jugado, disipado; su honra lastimada con injurias y calumnias de su propio consorte; su cuerpo lleno de cardenales, de los golpes que recibía sin quejarse. La ictericia, campeando en ese rostro antes divino, estaba dando fé de sus padecimientos y amarguras. Del escándalo, no había estado libre la pobre Écua: en las orgías, las baraundas, las camorras públicas, ella era el hito de la perversidad de ese hombre, y la que cargaba con la vergüenza. El señor Dual quiso presentarse pidiendo el divorcio por causa de sevicia; pero cuando Écua, deshecha en llanto, abierto el corazón ante su padre, le hubo descubierto las causas ocultas, alocado el cuerdo, enfurecido el manso, se fue para el monstruo y le mató. Su hija, atajada de razones, ahogada por el pudor ofendido, le había confesado que ese hombre infame no gustaba de la naturaleza; que muchas veces, en siendo bella aún, había querido, borracho, ponerla en manos ajenas; y por último que había matado los dos niños provenientes de esa unión deslayada y funesta, con decir que no eran suyos sino fruto de adulterios. Enmudecida por el terror, dominada por el influjo misterioso de ese demonio, la pobre mujer no había dicho nada; Dios lo estaba viendo todo, y eso era suficiente. Su tutor la esclavizó, él la libertó: la justicia de los hombres, dijo éste levantando los ojos al cielo, sea lo que fuere; perdóneme Dios, y estoy en salvo.

Guayaquileños, ya os estáis reconociendo en el tutor

imprudente : la bella Écua es vuestra patria : Madruñero, el horrible Madruñero, es Ignacio Veintemilla. Dual, pundonoroso y valiente, libertó á su pupila ; vosotros tímidos ó inhumanos, la estáis viendo espirar en las garras del monstruo.

En cualquier situación de la guerra, las diligencias de paz son títulos de amor para quienes las hacen. En medio del fuego, entre el humo del campo de batalla, la bandera blanca asoma, y todos valientes y cobardes, la miran con respeto. Los feciales de los romanos, los caduceadores de los antiguos mejicanos, los emisarios que hoy mismo se envían mutuamente los partidos, las naciones, son personas sagradas que alcanzan miramientos de bárbaros y civilizados, lejos de infundir enojo ni desconfianza. En el país del Ecuador se han visto muchas cosas extraordinarias : que se sorprenda dormido á un ciudadano, se le prenda como á delincuente, se le expatríe sin espera ni provisión de lo necesario, porque ha hecho proposiciones de paz á los belijerantes, y esto en los términos más decorosos y adecuados para el caso, ni entre enfermos de la cabeza hubiera sido posible que se viese. Los atenienses lapidaron á un hombre llamado Sircilo, porque había propuesto la paz con el rey de Persia ; mas fijaos, si gustáis, en que esa guerra era la conquista de la civilización por la barbarie, y en que los griegos trataban de salvar á Palas y Minerva. Europa echó poco há coronas de flores á un poeta, porque propuso á las naciones restablecer la paz en el Oriente, y ahorrar al mundo sangre turca y moscovita. En América se le echa mano al que habla de paz é insinúa los medios de llegar á un avenimiento en guerra civil, entre hijos de una misma madre. Qué dirían de Mac Mahon los franceses, si éste hubiera enviado á Cayena á Víctor Hugo, haciéndole llamar engañosamente á media noche al Elíseo ? Extravagancias son éstas que, referidas en pueblos civilizados del Viejo Mundo, cobran visos de imposturas. Hubo entre mis amigos mismos quienes improbasen mi modo de proceder, y se engañaron tristemente, viéndolo están. Lo que hacemos con buena intención y valor, en servicio de la patria y honra de nuestros semejantes, no son *imprudencias* sino aciertos, aun

cuando el puñal del asesino empiece á buscarnos las espaldas. Pongo en duda el tino y la eficacia de los que reprueban los pasos largos y resueltos, porque envuelven algún peligro para el que los da, aun cuando con ellos propenda al bien de todos. Ignacio Madruñero vive todavía, y tiene por suya la Nación: si en vez de llevar á mal el corte que yo propuse, hubieran ambas partes acogido mis indicaciones, vivos y útiles estarían actualmente las más de mil víctimas de esa guerra, y un hombre bueno y de luces al frente de la República. Pero no: todo fue hartarme de injurias don Antonio, censurar mi política los liberales, y el Mudo echarme el guante. Allí no podían sino triunfar los dos malvados: Urbina y Veintemilla triunfaron, y hoy son asesinos y verdugos de los que les dieron triunfando. Quién lo pensó mejor? quién procedió mejor? Yo, con mi guerra desde el primer día á Ignacio Madruñero, con mi temprana proscripción. quedo libre del cargo que con tanta injusticia y tanta malicia me hacen bobos y hombres de mala fé; cargo de haber elevado á Veintemilla. Poner el hombro por mi parte á despeñar á Borrero fue lo que hice; pero no había contado con la traición y la prostitución del viejo Urbina. Levantar á Veintemilla.... No le conocía yo por ventura? no sabía que la parte concupiscible de García Moreno estaba dentro de él, fuera de la espiritual?

En épocas anteriores me había andado rallando este zambombo porque le presentase de candidato para la presidencia de la República en *El Cosmopolita*. Esa carota de animal, trono hoy día de soberbia, cobraba semblante humilde, como quien estuviera en el tribunal de la penitencia: bajos los ojos, sumisa la palabra, esclavo el porte, en poco estaba que no vertiese lágrimas. Quiere usted ser presidente? le dije un día, cansado de su molino; concertemos una revolución, póngase usted al frente de ella como caudillo militar, derrueque á García Moreno, y siga por allí á donde le lleve la fortuna. Revolución, eso no! contestó con firmeza, como uno que realmente aborreciese las revoluciones. Pues cómo piensa usted, repliqué indignado, que he de ir á arruinarme en el concepto público, proponiendo semejante candidatura? Es que usted sería mi sucesor, dijo. Canalla.... presidente por favor de él, contra el sentir de la Nación, ¿no habría sido yo el más despreciable de los morta-

les ? Cuando hubiera tenido que haberlas con un hombre, no fue revolucionario: García Moreno le hacía temblar hasta con la mirada; cuando las hubo con una infeliz beata que le había puesto en las manos las llaves de su pecho, fue revolucionario, y se alzó con *la honra* de la vieja doncella. Echar del pie del confesor al pobre don Antonio, ni grado ni gracias: dar al través con todo un don Gabriel García Moreno, hubiera sido proeza de mármoles y bronce. Y aun así, ¿ qué sería hoy de este marchante, fuerte en el crimen, sin el empeño, el prestigio, el brazo de los liberales del Guayas ? Pobres guayaquileños, qué obra la suya! En combatir y triunfar, bien hicieron; no es esto lo que me pesa; pero sí admiro y me duele grandemente, ver cómo sufren todavía al traidor, al malhechor, á la elefancía del alma convertida en presidente, empeñada en inficionarlo todo, en hacer supurar la sociedad humana. Engañados fueron; castiguen al embaucador, reivindiquen su fama de pueblo libre y valeroso.

Tres barbiponientes hubo que me siguieron por mi carrera de hombre sin miedo. Cuando los vicios invaden el pecho de los jóvenes en edad temprana, todo está perdido para un pueblo; pero donde hay un muchacho que alza la cabeza y exclama: Tirano, yo no soy de los tuyos! la esperanza palpita en el seno de ese pueblo. Los viejos vulgares no son para acciones eminentes; los hombres comunes pronto empiezan á volverse *sesudos* y no servir para maldita la cosa; los jóvenes son la fuerza, los niños el sueño feliz de la República. Con que no estuve solo en ese caos de servidumbre, bajezas é ineptitudes, efevos generosos ? Seguid, no al maestro, sino al amigo: rectitud, pundonor, audacia, santa audacia; patriotismo, amor apasionado á la libertad, éstas son mis lecciones. La prudencia de la cobardía es vicio que apoca y envilece: el egoísmo es callado, el alma ruin cautelosa: ¿ cuándo levanta la voz hombre vendido y comprado ? ¿ cuándo alza los ojos en presencia de su dueño ? Ese, ese hombre vendido y comprado, sabe, como *los sesudos* lo que *no conviene*: sabe que no conviene hacer reparos; sabe que no conviene pedir derechos; sabe que no conviene resistir, porque el azote quebranta peñas. Mas entre hombres, amigos, oh amigos, entre hombres, conviene que á fuerza de vileza y apocamiento de todos no se vuelva so-

berbio el humilde, valiente el cobarde, audaz el tímido, grande el pequeño, dictador el carlancón. Este Ignacio Veintemilla, vosotros le habéis hecho, guayaquileños. Pudisteis haber hecho de él un agente, simple agente de vuestras ideas, é hicisteis un amo: soberbio por vuestra humildad, fuerte por vuestra flaqueza, déspota por renuncia voluntaria de vuestras facultades morales y sociales, ahora habéis llegado á temerle, oh vergüenza, si es que no le amáis, como él afirma. Un torrente de sangre útil perdido en un campo infausto; un arzobispo envenenado; un hombre ilustre caído bajo el puñal nocturno; las arcas nacionales trasegadas á las cuevas de dos salteadores; la instrucción pública á punto de ruina; las buenas costumbres espantadas; la honra patria herida; la barbarie triunfante en ese bruto que con bastón de presidente se anda por las calles rompiendo la cabeza al que no le saluda: hé aquí la revolución de este Ignacio Veintemilla que vive ciegamente confiado en el amor y el apoyo de los guayaquileños.

No le saludan.... y quién le ha de saludar, si el que infunde no es terror sino desprecio? Dadme un presidente adornado de virtudes cívicas y privadas, y veréis si no le saludan sus adversarios mismos. Cuando una persona ve desde lejos á Ignacio Madruñero, un discurso lógico se va desenvolviendo silenciosamente en su memoria como se le va acercando: Ese trajo á los colombianos, dice; es traidor á su patria, es cobarde que no puede afrontarse con el enemigo; es hombre sin pundonor ni vergüenza; es canalla: no le saludo. Este, sigue diciendo, mandó asesinar de noche á un ecuatoriano en quien las luces concurrían con la fuerza del ánimo; es asesino, sus manos están chorreando sangre: no le saludo. Este hace suya la hacienda común; sin cautela ni rubor se lleva á su casa el Tesoro; es ladrón atrevido y tonto que roba á ojos vistas: no le saludo. Este es de malos antecedentes, está á pregón por estafador en otras naciones; es pícaro consumado: no le saludo. Este deprime cuando puede las luces y las virtudes, hace guerra á las escuelas, los colegios, las universidades, quitándoles rentas y subvenciones, llevándose al cuartel á los rectores; es ignorante, bárbaro: no le saludo. Este pierde el respeto á la asociación universal, socava las buenas costumbres con las suyas bajas y perversas; es inmoral, corrompido: no le sa-

ludo. Este hombre de mala gracia me mueve al odio; cuando no le aborrezco, le desprecio: no le saludo. Y no le saluda, pues no le puede temer; y se expone á un ultraje de contado, á recibir sus manazas en la cara, ó va al cuartel á echarse encima la bayeta del enemigo público.

Ahora mirad por ese lado: allí vienen dos hombres: el uno es el presidente de la República, el otro su ministro. Ni lanzas, ni bayonetas, ni espadas desenvainadas en torno suyo: las virtudes son su fuerza, el amor de sus conciudadanos su seguridad. Honradez, indiferencia por su sueldo; de la hacienda pública, vigilante guardián. Los bienes ajenos son para él como si no existieran. De éste hubiera podido decir el príncipe de los historiadores: *pecuniæ alienæ non cupidus, suæ prodigus,* * *publicæ avarus.* Apasionado por la instrucción general, se anda de colegio en colegio, de escuela en escuela, reparando en todo con exquisita providencia. En el palacio, la dignidad del primer magistrado; en su casa, las buenas costumbres. Se levanta con el sol, tiempo le falta para las mil y mil ocupaciones que gravitan sobre el hombre que tiene á su cargo leyes y gobernación de un pueblo. Al comer, una hora escasa; al beber, ni un minuto: elevación y resplandor en ese ilustre esclavo de sus deberes. Si ocurren discusiones internacionales, trátalas á lo grande; es instruído y sagaz; si conflictos interiores, da un corte en dos con admirable pulso y energía. A éste no hay quien no le salude. La inteligencia le saluda, el saber le saluda, el mérito de cualquier especie le saluda. "La hipocresía es el homenaje que el vicio rinde á la virtud," dice por ahí un filósofo: el vicio disfrazado de virtud, el vicio mismo, le rinde homenaje, le saluda. Grandes, chicos; buenos, malos; hombres, mujeres, todos le saludan; y al díscolo que desprecia la virtud, al protervo que no le saluda, no le da de palos con su mano; sigue adelante sin mirarle, afligido en silencio de ver que tiene un conciudadano con quien nada han podido sus buenas obras.

Ignacio Madruñero se pasa de torpe y da en loco: su última barraganía en las calles de Quito ha sido tomar del pescuezo á un joven de familia principal, darle contra el sue-

---

* Tácito dice *parcus,* hablando del emperador Galba.

D

lo, estropearlo malamente, y mandarlo al peor de sus cuarteles, porque no le saludó. * Y por qué no le saludó? porque le tiene por hombre de bien? por que admira sus virtudes? porque su ejemplo lo tiene santamente conmovido? Respeto, amor á palos; hé aquí, ecuatorianos, en qué extremo de miseria habeis caído. Digo habeis, por que á mí no me inficiona vuestra servidumbre, vuestro infame sufrimiento. Cuando no os miro con lástima, arrebatos de odio son los míos. Quisiera líbertaros por la razón ó la fuerza, y deciros: Pueblo sin ventura, aquí está vuestra libertad. Me la aceptareis? No lo creo.

Una noche, paseando con luna por los alrededores de una ciudad del Ecuador, di con un indio ebrio que, ciego de cólera, estaba matando á su mujer. No contento con los puños, se apartó de prisa, cogió una piedra enorme, y se vino para la víctima derribada en el suelo. Verlo yo, dar un salto, echar á mis piés al furioso, pisarle en el pescuezo, todo fué uno. La india se levanta, se viene á mí, sacándose de la boca con los dedos un mundo de tierra de que el irracional le había henchido; y cuando puede hablar, suelta la tarabilla y me atesta de desvergüenzas: Mestizo ladrón! ¿qué te va ni qué te viene en que mi marido me mate? Hace bien de pegarme; para eso es mi marido. *Shúa, manapinga, huairu-apamusca*, andáte de aquí: quiero que me pegue, que me mate mi marido. ‡

Oyéndolos estoy á mis apreciables compatriotas: Mestizo ladrón! siquier zambo; *Shúa, manapinga, huairu-apamusca*, ni más ni menos que para la india. Será mejor dejar que su marido la mate á esta hembra estrafalaria también; pues todos ellos juntos alcanzan á componer á lo más una hembra; pero bien casada, eso sí.

---

* Este jóven, casi niño, se llama Ricardo Paredes. Estuvo en el cuartel del batallón «Convención».

‡ *Shúa, manapinga, huairu-apamusca;* quichua. *Shúa,* ladrón: *manapinga,* sinverguenza: *huairu-apamusca* advenedizo, entrometido. Literalmente, traido por el viento, llovido.

NOTA COMO FILOLOGICA.

Un distinguido escritor cubano, uno de esos que las cortan en el aire en esto del hablar pulido, como hubiera dicho Cervantes, me ha hecho notar que el vocablo *prescindencia* es inusitado en España, y que en Cuba nunca lo ha oído. Tarde, por desgracia, recibo esta lección: ese horrible *prescindencia*, que ahora me parece un escarabajo, está campeando en la primera Catilinaria, junto con los monstruos muchos y muy feos, de los cuales debe de haber un hervidero en ese cuadernito. He sabido más aún, esto es, que don Eugenio Hartzenbusch escribió á Buenos Aires á don Vicente Quesada, improbando el uso de la palabra *prescindencia*, y haciéndole ver que ella no pertenece al caudal de la lengua castellana. Tan común es ese término en las repúblicas del Sur, en Colombia principalmente, que todo un Rufino José Cuervo, todo un Miguel Antonio Caro, se han de ver tirar de la capa por nuestro viejo pedagogo, el buen don Juan Eugenio. En verdad no se me acuerda haber hallado en libro español de los buenos tiempos á ese aventurero que hasta ahora ha estado pasando por príncipe en América. Aquí te cojo y aquí te mato: el amigo *prescinden-*

cia, por hábil que sea, no volverá á hacer sus milagros conmigo. En rancia y elegante lengua española ¿no llaman *caballero del milagro* al bellaco que entre galos y galiparlistas anda haciendo de las suyas con el nombre de *caballero de industria?* El talion es la justicia ensangrentada: al propio tiempo que mi amigo el señor Merchan me cogía con las manos en la masa, me ponía un *ojo*, ojo abierto, ojo fatídico, á mi *caballero del milagro*. Si los hombres no cambiaran luces, nada supieran; y yo *no tengo vergüenza de confesar que ignoro lo que no sé.* Cuando Marco Tulio Cicerón no la tenía, y buscaba lecciones hasta en las calles de Roma, ¿la habíamos de tener pobrecitos como nosotros? Si de influir sale influencia, de delinquir delincuencia, ¿por qué de prescindir no ha de salir prescindencia? he dicho. Porque no hay libertad absoluta de formación de palabras; porque la analogía no es fundamento suficiente para los neologismos; porque el uso de las corporaciones autorizadas, como la Academia Española, y el de los grandes autores, es indispensable para la introducción de voces nuevas; por esto y por lo demás, el falso español *prescindencia* queda desenmascarado, y lo ponemos de las orejas en la calle.

Verdad es que los castellanos censuran en nosotros dislates ó abusos en que ellos mismos caen á cada paso: hablando de la grande lucha con la cual ganamos servidumbre como la del Ecuador, anarquía como la de Colombia, despotismo como el de Guatemala; libertad en todo caso; hablando de esa grandiosa epopeya, decimos "la guerra de la independencia." Los españoles cultos reprenden en nosotros este vocablo, nos indican para este caso el *emancipación*, y ellos mismos conocen su gran lucha con el águila napoleónica con el nombre de *guerra de la independencia*, esa guerra hasta la navaja, según la sublime expresión de Palafox en las murallas de Zaragoza. La *independencia* está canonizada por el uso general; y tan difícil será que nos quiten la esencia de la cosa como la palabra. Mas la *prescindencia*, *el formato*, *el panfleto*, *el empeloto* y otros avechuchos ridículos que anidan en tierra colombiana, opondrán, nos parece, escasas fuerzas: los amigos del bien público quemaremos estas langostas, y aventaremos sus cenizas por el aire.

803 Legajo №

CATILINARIAS

POR

JUAN MONTALVO.

CUARTA.



(TERCERA EDICION.)

57

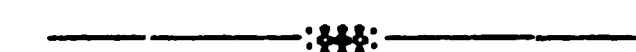
GUAYAQUIL
IMPRENTA DE "EL TIEMPO."

1894.

CATILINARIAS

POR

JUAN MONTALVO.



CUARTA.



(TERCERA EDICIÓN.)

GUAYAQUIL

IMPRENTA DE "EL TIEMPO."

1894.

F
3735
.M76
1894
V.4

730664.013

CUARTA.

TANTO MONTA.

Mote de la empresa de Don Fernando el Católico.



De Antinoo dicen que su muerte fue tan gloriosa como su vida había sido infame. El que vive mal procure á lo menos morir bien, para que los hombres, si le dedican un recuerdo, digan: Murió como bueno. El pusilámine que disputa de valor al dar el salto inmortal, ese paso largo y último con el cual salimos del mundo y nos metemos en el abismo de las cosas eternas; el flaco de espíritu que rebosa en firmeza cuando las ha con los Genios invisibles de la tumba; el malvado en cuyo rostro pálido está campeando la gloria envuelta en blancas llamas de contrición y perdón; ésos, muriendo así, es como si hubieran vivido noble, santamente. Muerte de filósofo ilumina hacia atrás y baña de verdad el campo de mentiras; muerte de santo endereza lo torcido, aclara lo oscuro y borra las huellas con que el perverso va señalando su vida reprobada. Ese acto de no tener por cometidos los pecados, por no ejercitados los vicios cuando un triste vuelve los ojos al cielo y llora sus culpas, es uno de los misterios más hermosos con que la religión vuelve amable á la Divinidad. Verdaderamente,

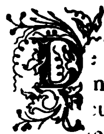
F
3735
.M76
1894
V.4

730664-013

CUARTA.

TANTO MONTA.

Mote de la empresa de Don Fernando el Católico.

e Antinoo dicen que su muerte fue tan gloriosa como su vida había sido infame. El que vive mal procure á lo menos morir bien, para que los hombres, si le dedican un recuerdo, digan: Murió como bueno. El pusilámine que disputa de valor al dar el salto inmortal, ese paso largo y último con el cual salimos del mundo y nos metemos en el abismo de las cosas eternas; el flaco de espíritu que rebosa en firmeza cuando las ha con los Genios invisibles de la tumba; el malvado en cuyo rostro pálido está campeando la gloria envuelta en blancas llamas de contrición y perdón; éstos, muriendo así, es como si hubieran vivido noble, santamente. Muerte de filósofo ilumina hacia atrás y baña de verdad el campo de mentiras; muerte de santo endereza lo torcido, aclara lo oscuro y borra las huellas con que el perverso va señalando su vida reprobada. Ese acto de no tener por cometidos los pecados, por no ejercitados los vicios cuando un triste vuelve los ojos al cielo y llora sus culpas, es uno de los misterios más hermosos con que la religión vuelve amable á la Divinidad. Verdaderamente,

F
3735
.M76
1894
V.4

730664-013

CUARTA.

TANTO MONTA.

Mote de la empresa de Don Fernando el Católico.



De Antinoo dicen que su muerte fue tan gloriosa como su vida había sido infame. El que vive mal procure á lo menos morir bien, para que los hombres, si le dedican un recuerdo, digan: Murió como bueno. El pusilámine que disputa de valor al dar el salto inmortal, ese paso largo y último con el cual salimos del mundo y nos metemos en el abismo de las cosas eternas; el flaco de espíritu que rebosa en firmeza cuando las ha con los Genios invisibles de la tumba; el malvado en cuyo rostro pálido está campeando la gloria envuelta en blancas llamas de contrición y perdón; ésos, muriendo así, es como si hubieran vivido noble, santamente. Muerte de filósofo ilumina hacia atrás y baña de verdad el campo de mentiras; muerte de santo endereza lo torcido, aclara lo oscuro y borra las huellas con que el perverso va señalando su vida reprobada. Ese acto de no tener por cometidos los pecados, por no ejercitados los vicios cuando un triste vuelve los ojos al cielo y llora sus culpas, es uno de los misterios más hermosos con que la religión vuelve amable á la Divinidad. Verdaderamente,

F
3735
.M76
1894
V.4

730664-013

CUARTA.

TANTO MONTA.

Mote de la empresa de Don Fernando el Católico.

e Antinoo dicen que su muerte fue tan gloriosa como su vida había sido infame. El que vive mal procure á lo menos morir bien, para que los hombres, si le dedican un recuerdo, digan: Murió como bueno. El pusilámine que disputa de valor al dar el salto inmortal, ese paso largo y último con el cual salimos del mundo y nos metemos en el abismo de las cosas eternas; el flaco de espíritu que rebosa en firmeza cuando las ha con los Genios invisibles de la tumba; el malvado en cuyo rostro pálido está campeando la gloria envuelta en blancas llamas de contrición y perdón; éstos, muriendo así, es como si hubieran vivido noble, santamente. Muerte de filósofo ilumina hacia atrás y baña de verdad el campo de mentiras; muerte de santo endereza lo torcido, aclara lo oscuro y borra las huellas con que el perverso va señalando su vida reprobada. Ese acto de no tener por cometidos los pecados, por no ejercitados los vicios cuando un triste vuelve los ojos al cielo y llora sus culpas, es uno de los misterios más hermosos con que la religión vuelve amable á la Divinidad. Verdaderamente,

la virtud de los pecadores, las hazañas de los cobardes, la nobleza de los infames, traen consigo un prestigio recóndito que nos llena de admiración. Un malo que se vuelve hombre angélico; un avariento que hereda con sus tesoros á las casas de misericordia y los planteles de educación; un mal patriota que, llegado el caso, se sacrifica por la patria; un ruin que de súbito se siente inflamado por el fuego celestial, y no sucumbe sino después de grandes hechos; un libertino que deja un ejemplar grandioso de magnanimidad y alteza de alma, éstos son héroes que, por lo extraordinario, cautivan la imaginación más que filósofos, valientes y bienaventurados que lo son sin esfuerzos, casi por naturaleza.

Vivir mal y morir mal es lógica del infierno, á cuyas sutilezas no pueden responder los que, sin voluntad para las virtudes, se ven faltos de sabiduría, esa sabiduría con la cual le llevan cuesta abajo á Satanás los que estudian en la escuela de la moral y del temor de Dios. El vulgo vive y muere insignificante: la suerte del vulgo, en la otra vida, debe de ser conforme con la presente: si se salva, su gloria es moderadilla,-luz pálida, música regular, sensaciones superficiales. La eternidad del vulgo no pasa de cien años; ni es preciso que vivan más en la otra los que ni contribuyen á la glorificación del Todopoderoso, ni causan envidia à los Coros y las Dominaciones. Aun pudiera no morir el vulgo, y nada le importara á la tumba: muere por desocupar el lugar, por hacer campo á las oleadas que van viniendo con la marea de los siglos. Demos que se condena; el vulgo no pierde mucho: los diablos le miran con desprecio, sin honrarle con los calderos donde están hirviendo las almas de los malvados de gran porte, ni con las tenazas dedicadas á las carnes de los réprobos gigantescos. El vulgo no se condena sino para barrer patios y corredores, y para ir con la basura tras la casa. Los hombres altamente distinguidos nacen y mueren para cosas grandes: si buenos, para bien del género humano; si malos, para espanto del mundo y gloria del abismo.

Vivir bien y morir bien, aun en el circuito de la modestia, es el destino más apetecible: vivir mal y morir mal, ne-

gro destino: ahora, vivir bien y morir mal, ¿no es el colmo de la desgracia? Hay un anciano en cuyas manos estuvo poco há la suerte de un pueblo: uniéndose á los patriotas, los libres, los amigos del saber, pudo haber labrado la suerte de un millón de sus semejantes. Esto, él lo estaba palpando; y á sabiendas, por odio á la ilustración, la libertad y el patriotismo, hizo ligas con ignorantes, esclavizadores y traidores, y ha infamado y destruído ese pueblo. José María Urbina, sin esos empujes ciegos que por la espalda le suele dar la fortuna al género humano, nunca hubiera salido del vulgo: por sus facultades personales, ó más bien, por sus méritos, oscuro hubiera vivido, como nació, oscuro hubiera muerto. Por sus méritos, digo, porque en pueblos sabios y virtuosos, ó donde sabiduría y virtud no son escarnecidas, no preponderan sino los individuos de altas prendas; en cuanto á facultades personales, pueden muy bien ser malas éstas, y servirles á los hombres aviesos para levantarse y sacar la cabeza por sobre el mar del vulgo. Talento, nadie le ha negado nunca á Urbina: bien así como una ramera tiene buena cara, así Urbina ha tenido talento. Yo vi una vez en un campo de ruinas una flor bellísima en medio de mil plantas insanas ó inservibles: ortiga, nabo, eneldo; y unas ramitas delgadas que iban y venían ridículas, tambaleando á impulso de flaco vientecillo. Sucio estaba todo al rededor: boñiga de res, trapos asquerosos tirados por ahí, huesos de animales. La corneja, volando de un extremo á otro, daba funestos gritos que inundaban de tristeza ese paraje. Y la flor, grande, erguida, roja, estaba descollando majestuosa en medio de tantas lástimas. Eso que vi en las ruinas de Itálica, esa es la imagen de Urbina: su talento descuella solitario entre las mil porquerías de su corazón y su alma; todo repugna y da asco en esa personalidad siniestra. Iba yo á tomar la flor del anfiteatro romano; pero una aprensión misteriosa me contuvo: temí que el Genio de las ruinas me castigase la irreverencia, envenenándome con las exhalaciones de ella. El talento de Urbina ha sido también flor venenosa. Ha sido, digo, porque ya no existe: libertinaje, embriaguez, prostitución de mil maneras y en mil formas, la marchitaron tiempo há, la echaron al suelo. Inteligencia es planta delicada; la rosa no brilla ni huele más; pero asimismo perece fácilmente. No dije ya, con la auto-

ridad de un sabio, que una gota de simiente humana equivalía á una onza de sangre? Sin castidad, la inteligencia va cuesta abajo con increíble rapidez. Los sultanes de Constantinopla, los magnates del Oriente, van dejando en sus serrallos los dones de la naturaleza, y á fuerza de felicidad tangible, el que se sienta sobre el trono viene á ser idiota sobre quien la muerte está alargando el brazo. El gran pintor Rafael, el gran poeta Byron, hombres-palomas, alma de Apolo y sangre de Venus, hicieron bien en morirse en sus floridos años: si llegan á los cincuenta, hubieran sido ruinas de ellos mismos, incapaces de comprender ni sus propias obras. Rafael, como la mariposa, muere en brazos de su amada: la bella Fornarina tiene la culpa de esa pérdida de las artes; Byron, fragua de sí mismo, muere quemado por sus pasiones. Pero estos muchachos impetuosos dejan obras maestras, nombre claro, y se presentan á la memoria del mundo como dioses ahogados en un océano de inteligencia homicida.

El abono del talento es la instrucción: el ignorante no sabe si la tiene, ni cómo ha de conservar ese árbol sublime. La naturaleza le dio talento á Urbina, engañada por éste; y no pudiéndolo recoger, se vengó con esparcir en su pecho semillas de todos los vicios. Ella sabía muy bien que á un libertino le sería imposible sustentarlo, y le echó lujuria á manos llenas; que un borracho lo perdería dentro de poco, y le cargó de embriaguez que se desenvolviera con el tiempo. Para que fuese más despreciable ese estafador de uno de sus mayores dones, puso en su constitución el órgano de la mentira, el fraude, el engaño; el órgano de la codicia, el órgano del robo, el órgano de la traición. No le hubiera convenido más á ese *hombre de talento* ser tonto con menos desventajas y agravios de la madre naturaleza? El talento sólo para maldades le ha servido, sólo para ruines cosas; para engatusar á los que le han creído; para hacer traición á los que han puesto en él su confianza; para granjear nombradía de farandulero hábil, de tramposo diplomático. En bien de sus semejantes, de su patria, nada; por la justicia, la equidad, nada; para el progreso, la civilización, nada; todo para él, para sus apetitos, sus incontinencias, sus gulas y sus vanidades. La flor de la inteligencia ha caído; los trapos asquerosos, la boñiga, los huesos, allí están en ese

campo de ruinas, en esa alma que es anfiteatro abandonado donde pecados y crímenes tienen sus bacanales con las culebras y las lagartijas de esos matorrales. Si este pobre viejo tuviera educación y escuela de moral, quizá los paralelos de los varones ilustres de Plutarco, las obras de Séneca y Montaigne hubieran conseguido modificar sus malas propensiones y hacer de él un hombre útil, un buen hijo de la patria. Mas si aprendió á leer y escribir ahora sesenta años, cárguele Judas si en su larga vida sabe lo que es libro: nunca, nunca ha leído una página, ni de obras pertenecientes á su profesión, menos á la filosofía, la política, la moral. Ignorante á quien favorece la fortuna es enemigo mortal de la sociedad humana. Su casa de presidente, gracias á Dios, no la conocí; su casa de desterrado, la conocí en Lima. Volviendo los ojos á un lado y á otro, me estaba yo preguntando á mí mismo; ¿dónde están los libros? ¿dónde los papeles de este buen viejo? He oído que las letras son alivio de pesadumbres, consuelo de aflicciones; ¿cómo se alivia y consuela Urbina? Don Angel Saavedra compuso "El Moro Expósito" en su asilo de la isla de Malta; don Diego Clemencín su "Comentario al Ingenioso Hidalgo" en el destierro: quisiera yo ver "El Moro Expósito," el "Comentario".destotro desgraciado. El moro de Urbina, ó más bien la mora, allí estaba sobre la mesa; era una botella de aguardiente casi vacía: el comentario, al lado; era un jarrito de hojalata en que el nuevo Ovidio bebía las aguas del Leteo, esto es, el olvido de sus dolores. Pobre viejo, me infundió lástima, y mucha. Comunicando esta angustiosa sensación con más de un compatriota nuestro, todos me dijeron: "No sabe usted lo que es ese viejo infame."

A pesar de tan triste informe cuando le veía envuelto en su capa mugrienta, ronca roncando en su silla de fraile, mientras el viento le hacía mil burlas en un copetillo suelto de canas; á pesar de los informes de sus amigos, le volvía á tener lástima; y este afecto matador subió de punto un día que su hijo se asomó á la puerta y gritó: "Papá, la camisa!" "Hijo de mi alma, no la ha traído la lavandera," contestó el padre desventurado con lágrimas en la garganta. No tenían sino una de remuda para los dos. Y era humilde entonces, no ese archiduque de Austria que pone la pica en Flandes, si le hacen memoria del jarrito, y nos trata de malvados.

La camisa de Lima es hoy manto imperial con que se arropa majestuosamente la augusta familia. Cognac de á cinco duros la botella, Roederer, honor de la Champagne; Jerez de cincuenta años; Marcó Brouner y Lafite á destajo por esas salas y comedores.

Mucho fas el dinero et mucho es de amar;
Al torpe face bueno et home de prestar;
Face correr al cojo et al mudo fablar.

Poco sabía el Arcipreste de Hita: no solamente face correr al cojo y fablar al mudo, sino también rejuvenece al viejo, comunica gentileza al feo, da bríos y poder al agotado. José María Matusalén á fuerza de oro es jovencito, tiene dimes y diretes con las musas; las tres gracias le guiñan el ojo: ¡dichoso mancebo! Pero sabe el diablo qué brujas son esas con quienes Mefistófeles. disfrazado de General en Jefe, corre sus aventuras en entresuelos y trastiendas. Los israelitas, para prolongarle la vida al rey David, anciano de muchos cientos de años, le pusieron en su lecho á la niña Abigaíl, sin que ésta corriese el menor peligro: los judíos del Ecuador, si quieren conservar á su Caracalzón octogenario, á despecho del *delirium tremens*, no tengan miedo de abrigarle con las *mudistas* más bonitas. Lástima es que hombre tan útil, rey David como ése, se acabe de secar y consumir con las arpías á quienes harta de dinero. Rico, riquísimo, de la noche á la mañana el padre Urbina; y sin industria, y sin profesión, y sin oficio, y sin trabajos: milagro de las uñas que, metidas en las arcas nacionales, descubren la California cada día. No le mienten el jarrito de Lima al gran señor; ante todo quiere haber sido siempre grande, siempre opulento. ¿Y el pedir dos soles? ¿y el recibir una peseta? Ruin, la soberbia de hoy está en pugna con la humildad de ayer. Cuando engulles la carne envuelta en ingratitud; cuando apuras el vino torcido por la maldad, y nos ofendes, y nos insultas, y nos persigues á los que te hemos favorecido y servido, cual con el dinero, cual con la pluma, razón te sobra de temernos, pues á infame como tú vendido lo tenemos á la horca, por un real.

García Moreno tuvo por costumbre llamar ladrón á Urbina: yo me afronté con García Moreno y le di la desmentida muchas veces, exponiendo, como dicen, el pellejo. Urbina se hallaba ausente: los ausentes, sino son del todo desgraciados, tienen siempre un hombre generoso que vuelva por ellos. Urbina, además, es inepto, siempre lo ha sido, á pesar de su reconocida inteligencia. Inteligencia sin cultivo es ineptitud. Urbina nunca ha podido defenderse, por falta de luces, de valor. El talento de Urbina no fué oro sólido, ese metal precioso de que los artistas hábiles hacen preseas regias; latón fué, ó papel dorado. Talento para engañar á bobos, deslumbrar á ignorantes, insinuarse con meretrices y predominar sobre sus negros. Dicen que tuvo buena palabra en su buena época: según Quintiliano, no puede haber orador sin caudal de sabiduría: la elocuencia de Urbina fué, sin duda, la de esos arlequines que en las ferias de San Germán, orillas del Sena, desenvuelven discursos sublimes acerca del lápiz, las estampitas, el hilo y más bujerías que quieren vender convenciendo al populacho. Cuanto al arte oratoria del amor, ese torrente de alabanzas sinceras, pretensiones atrevidas, términos ardientes que de rodillas solemos echar sobre el objeto de nuestra pasión, Urbina ha sido consumado en él; yo tengo una muestra de la elocuencia de ese luminoso pecho, de ese don Juan del Nuevo Mundo. Comiendo una vez en Lima en casa de un amigo, sucedió que por festejarme, estuviesen campeando libremente en la mesa el famoso Elías, el delicado Cabello. La noche había cerrado, y todo era resplandor en esa amable morada: los buenos vinos son fosforecentes, dejan tras ellos larga estela que ilumina el porvenir, despertando en el corazón las esperanzas. Hé allí que de repente invade la sala un tropel de señoritas elegantes, amigas de la casa. Las limeñas son el diablo; sin ser hermosas, son el diablo, como las francesas: la sal se les derrama de la cabeza á los piés. Son lo que en América decimos buenas mozas, lo que llaman guapas en España. Bebieron sin ceremonia, bailaron sin hacerse de rogar. Hubo piano, frascones de esos que vienen del monte San Bernardo, por no decir *cartuja;* madera, jerez, anisetes de mil clases. Dicen que los cuervos de Africa acudieron á devorar los cadáveres del campo de Farsalia: es tal el olfato de estas aves, que huelen su

ralea de un mundo á otro: así de Africa pasaron en bandadas á Europa. Urbina, el viejo Urbina, olió también: héle allí, ya es de los nuestros: la espuma del champagne tiene humos qne vuelan á mucha distancia; y cuando ese cuello largo, cuello de cisne, da su tiro ruidoso echando el corcho al cielo raso. los *aficionados* son capaces de oirlo desde el Cuzco hasta Chorrillos. "Nunca viene este viejo ingrato, me dijo el dueño de casa llegándoseme al oido; ¿por qué habrá venido hoy?" Si entonces le hubiera yo juzgado como al presente, no habría hecho sino indicarle con el rabo del ojo la cantina.

Mas no era éste nuestro asunto, sino la elocuencia amatoria de Pepe Botellas. Sin descuidarse de beber, andaba el viejo muy pegado á una ojinegra de dos mil demonios; era el parasito de esa Clori limeña. Parasito digo, no parásito: en medio de la guerra, no es mala una lección de lengua castellana. Muchas cosas nuevas, suaves y seductoras le decía, sin duda, el galán septuagenario á la damisela: lo que todos alcanzábamos á ver era cómo de cuando en cuando le azotaba la mejilla con el guante; y lo que le decía sin cautela ni rubor era, *badulaque*. La concurrencia más decente y casta será corrompida por ese fanuo libidinoso: él se tiene creído que la vejez le autoriza á lo que la honestdad y la buena crianza les prohiben hasta á los jóvenes. *Badulaque*..........

Esta es la elocuencia amatoria, la buena palabra de Urbina. Y echando punto á tan ridículo incidente, volvamos al principal, que era llamarle ladrón García Moreno. No, aun no lo era: la inopia en que ha vivido en el destierro es prueba clara: ha pedido fiado á todo el mundo, ha recibido dádivas, ha mendigado: en no habiendo quien le dé, se ha muerto de hambre. Cuando fuí á Lima supe que en la fonda donde vivía y comía estaba debiendo cuatro meses de pensión. Para darle á *un terrorista* que fué á pedirle caridad, me emprestó á mí dos pesos. Un terrible enemigo de Urbina le hizo una vez notar á García Moreno que el hambre de *ese general* era honrosa; que acusarle de haber robado millones y de mendigar para vivir, implicaba. Y todo era Urbina para García Moreno al propio tiempo: hoy tenía un millón robado; mañana, ni medio real para comer: el asunto era llamarle ladrón millona-

rio y mendigo, según el humor del noble don Gabriel. Urbina no robó cuando fué Presidente; y se ha arrepentido de su probidad pasada, se ha arrepentido: hoy roba por hoy, por ayer y por mañana: roba con descaro, con torpeza, pues su cómplice, para robar sin miedo él mismo, deja robar á todos Yo pienso que si Urbina no robó ántes, no fué virtud: equivocación fué: tuvo por cierto que la República no saldría de sus manos, y juzgó innecesario enterrar tesoros. Quince años de destierro, léjos de labrar virtudes en él, han sembrado crímenes en el barbecho de los vicios. Ahora roba Urbina á ojos vistas, no tiene miedo ni vergüenza. Él no ha menester orden superior contra el Tesoro; pueblo á donde llega, á *buena cuenta de sus sueldos*, quinientos, mil pesos hoy día; mañana, otros quinientos otros mil pesos. Pasa á otro lugar, á buena cuenta: en Quito, á buena cuenta; en Ambato, á buena cuenta; en Guayaquil, á buena cuenta. Contribuciones de caballos, él tiene facultad de imponer contribuciones: caballos de estima, de gran valòr, veinte, treinta, á los amigos principalmente, á los pícaros liberales: la ley sagrada del asilo es hollada por los *cholos* con gorra, por los negros: el General en Jefe lo manda, abajo, guardián invisible de la casa, Genio mudo que custodias la propiedad, el pudor, los secretos de la familia: contra el General en Jefe no hay ley humana ni divina: granja, hacienda, mansión de recreo, todo queda abierto, invadido, saqueado. En qué irá el domingo á misa la pobre señora devota? Se le llevaron su yegua, le rompieron su montura. ¿En qué le paseará la calle el enamorado joven á su novia? Se le llevaron su castaño, ese bello animal de cerviz enarcada, ojo ardiente y cola primorosa. El General en Jefe necesita para su guardia cuanto caballo bueno hay en el pueblo, la patria no puede ir en bagajes por el camino.

Urbina, ah Urbina.... Las rentas de sales de Babahoyo suyas son; *los almacenes* de la aduana de Guayaquil, suyos: por medio de sus hijos, él es guarda-almacén, y todo se lo lleva á su casa, en todo comete fraudes en su provecho, arruinando á la Nación. Gastos de rey, viajes de recreo á Europa: dirá él también que de Paita trajo un gran peculio, como Veintemilla de los garitos y las tabernas de Paris? como Veintemilla del *Hotel de las Cuatro Naciones*, de Ma-

drid ? La contribución de guerra, esa enorme suma arrancada al rico y al pobre; ese pan de huérfanos, luto de viudas, todo fué fraternalmente repartida entre los dos pícaros, sin que el Estado hubiera sacado el menor provecho de esa ruda venganza. La caja de la Comisaría de guerra de Galte, Urbina se la llevó á su casa. A la villa de San Juan de Dios de Ambato llegó casi íntegra; ni dirán los jefes y oficiales de esa División que pudo haberse gastado más de mil pesos en los cuatro días que se murieron de hambre en dicha campaña. Urbina la llevó á su casa; no contento con esto, puso los talegos debajo de su cama. Probable es que el Comisario tenga recibo del Tesorero de Quito; ¿ de cuánto es el recibo ? ¿ de cuarenta y nueve mil ? ¿ de cincuenta y nueve mil ? El día de las cuentas y la justicia lo veremos.

Arrepentirse de la probidad pasada, vengarse de haber cumplido en otro tiempo con un deber, cosa es de hombre raro en los vicios, de corrupción mueva, descubierta bajo tierra en las ciudades malditas. Urbina se ha arrepentido de no haber robado con tiempo, se está vengando de sí mismo con torpeza. Y este es el secreto de su ingratitud, de su traición: sabía él que con Carbo, con Montalvo, con los liberales hombres de bien no podría disponer de los caudales públicos, y buscó, naturalmente, la liga de uno de su propia calaña. Este viejo infeliz que ha vivido por obra de los liberales durante quince años; que ha tenido quien le defienda á lo lejos, contradiciendo las horribles imputaciones del partido enemigo; que ha visto la flor de la República sacrificada por su causa; este viejo infeliz, no ha hallado más correspondencia en la sepultura de su pecho que aconsejar el destierro, los grillos, el asesinato de sus amigos. "Siénteles la mano á los infames liberales," le dijo á un *chagra-jefe* en cuyas manos iba dejando la más patriota de las provincias.

Le dieron pan los liberales, pan cuando tuvo hambre, agua cuando tuvo sed: infames. De dos capas que tenían le ofrecieron la una, se la pusieron en los hombros: infames. Le fueron á ver cuando estuvo enfermo, le asistieron humana, santamente, infames. Le consolaron en sus aflicciones, le aliviaron en sus tribulaciones: infames. Fieles fueron á su causa, le apoyaron en sus aventuras, mu-

rieron por él y por la patria: infames. Tomaron á pecho su defensa, se encararon con sus enemigos: infames. Piden libertad para todos, alivio para los pueblos: infames. Gritan contra los vicios, hacen la guerra á la embriaguez y el robo: infames. Trabajan por el progreso, se empeñan en la difusión de las luces· infames. Se niegan á entrar á la parte en lucros indignos, en latrocinios escandalosos: infames. Hacen uso de la imprenta, denuncian crímenes atroces del enemigo público: infames. Si nosotros somos infames, tú qué eres? ¿qué calificativo reservas para el más ingrato, ciego y corrompido de los mortales? El general que pide auxilio indebido á extrañas gentes; el proscrito que busca alianza y complicidad con sus enemigos de quince años, para oprimir, perseguir y destruir á sus amigos y benefactores; el militar que hace tiempo en el camino mientras pasa la batalla; el jefe que compra retiradas con los caudales de la Nación; el ciudadano para quien nada son leyes ni derechos comunes; el hombre que vive en beodez continua, sin hablar sino para mentir, ni dar un paso sino para hundirse más y más en el cieno, ese es el infame; y ese se llama José María Urbina.

Andando una vez por un huerto de mi padre, gané la heredad contigua por alargar el paseo. Debajo de un grupo de morales centenarios que hacía sombra como para un ejército, un anciano estaba echado sobre la hojarasca. Como sintió pasos cerca de él, alzó la cana cabeza: don Ignacio, dije, está durmiendo? Dormir? respondió el viejo, lo que hago es estar pudriéndome de cólera. Ven acá, Juanito: sabes el desaire que me hizo ayer el patituerto de Urbina? Qué desaire? Pues fuí á encontrarle con varios amigos, como lo habrás visto: saluda á todos, les da la mano, y á mí una mirada de perra parida, y pasa adelante. ¿Y por qué? Por que juzga que soy autor de la sublevación de la columna Tungurahua. Jefe Supremo......siguió diciendo el anciano; me viene á mi con eso, á mi que andaba á llevarle al anca de mi caballo á todas partes. Si hubieras visto esos pies......en cada dedo tenía cinco niguas.

[Cielos, qué digo! escritorzuelo audaz, escritorzuelo desaforado, niguas dice, niguas? sabes lo que son niguas? Humboldt, aquí vuelve Humboldt y me saca de estotro mal paso: Humboldt habla detenidamente de ese misterioso insectillo americano, insecto casi invisible, que metido entre uña y carne se convierte en perla, gruesa perla, perla de Golconda, buena para la corona de Su Majestad el rey don Ignacio *de* Veintemilla.)

Patituerto, volvió á decir el viejo, cuando se ponía zapatos eran los rotos que yo le daba, ó los que él pescaba en el basurero. Ya te figuras cómo andaría con una bota torcida en el un pie, en el otro un botín de mujer viejo, arrastrando. El pantalón, qué pantalón, hijo, qué pantalón! nunca hacía achicar los que le daban, y era cosa de ver cómo se lo ibe atacando á dos manos á cada paso. Don Ignacio, llévema á las fiestas de Picaihua; don Ignacio, lléveme á los toros de Quisapincha. Ven, patojo; monta, churriento. Ahí me tienes desembocando en la plaza de Quisapincha con mi maleta de trapos al anca de mi yegua. Para pan, medio real, para chicha, medio real: y ahora, Jefe Supremo, me niega la salutación.

Ha de ser por vengarse de los codazos que usted le ha de haber dado cuando le llevaba á la grupa, dije. Eso sí, respondió el vejezuelo, hirviéndole los ojos en sus órbitas; codazos á caballo, pisotones á pie, que era lo que más le dolía. Si la alfalfa no estaba pronta, las orejas; si no estaba él allí á las cinco de la tarde en punto para ensillarlo, pan de perro. Venganza, don Ignacio, venganza: tenga cuidado no le aviente luego al Napo. Es muy capaz, replicó el anciano: cuando se acuerda que ha comido las sobras de mi casa, que se ha vestido de mi ropa vieja, es muy capaz de mandarme al Napo, y aun más adentro.

Pepe Botellas se amostaza, bien lo veo. Si supiera que Pericles en Atenas, Furio Camile en Roma, salieron de la plebe, no llevara á mal estos recuerdos biográficos. Pues digamos que la cuna del Gran Taborlan rodó sobre alcatifas reales, ni que las niñeces de este insigne bárbaro fueron las de un príncipe! No señor; sepa don José que el Gran Taborlan, rey de los scitas, había sido pastor de puercos hasta joven maduro. Urbina no me ha de perdonar las niguas y los pisotones de su bienhechor, sino cuando yo le haga ver que Gregorio primero, Gregorio el Grande, Papa

y santo, fué triste hijo del pueblo, que era un dolor verle traspillado y amarillo, cubierto de andrajos dignos de un lazzaroni de Nápoles Nacer á los pies del trono, y ser monarca veinte años después por derecho propio, no envuelve méritos ni virtudes; salir de la nada, y á fuerza de talento, valor y tenacidad venir á ser todo, esta es grandeza, cuando su buena fortuna la debe uno á esfuerzos lícitos y plausibles, no á traiciones y picardías. Lejos estoy de echarle en cara á Urbina sus desventurados principios; al contrario, si merecimientos pudieran caber en uno como él, serían el haber salido del albañal y llegado á la Presidencia de la República. Mas qué demonio, si en su carrera le seguimos á este hombrecico, larga huella encontramos tras él de infidelidades y malas obras, de felonías y asaltos infames que le vuelven odioso á los ojos del hombre de bien. Y por nada quiere haber sido lazzaroni de Ambato: "Yo soy quiteño, le oí una vez; ahí está mi fé de bautismo en San Blas." ¡ Bendito sea Dios que ya no tengo conterráneo tan deshonroso como el feligrés de esa parroquia! Quiteños, allá va Urbina.... Cierran las puertas. Pobre grande hombre, no tiene pueblo; ni los *cholos* de San Blas lo quieren; lo niegan, lo repudian. El viejo Pichincha se ha enojado, ruge y amenaza, si le echan ese expósito á los pies. Niño fatídico algo hay de lamentable en su suerte no averiguada todavía; y como si la deshonra, el dolor y las lágrimas de un pueblo estuviesen recién engendrados por el demonio en ese débil pecho, por instinto de conservación y de vergüenza lo rechazan todos. A dónde irá el hijo de la piedra! Urbina no es de Ambato, no es de Quito; ni Píllaro lo reconoce: quiere ser de Londres? de París? de Viena? de Sanpetersburgo? Patria no le ha de faltar; en todo caso ahí está Peralbillo. (*)

Vivía en casa de mis señores padres una octogenaria, sin fuerzas ya para salir al Sol. Mi señora Rosita, le preguntaba yo, ¿ le ha escrito su hijo? Cuál ¿ el Presidente? no me ha escrito, respondía la anciana con tristeza. Mi Gabriel sí, viene á verme á cada rato; el Presidente no me es-

(*) *Lugar en España donde ahorcaban á los malhechores.*

cribe. ¿ Qué había de escribir Urbina ? El corazón de este hombre singular es un desierto de donde están ausentes amor, conmiseración, generosidad, : el egoismo es su mundo, el egoismo su vida. Si de la muerte de un protector suyo ha de resultar para él una botella de aguardiente, le deja morir, pudiendo salvarle. Estaba presenciando la agonía de Eloy Alfaro en el tormento, y no daba un paso en su favor ; los dio, probablemente, en contra. Y á Alfaro le debe muchas hambres remediadas, muchas desnudeces vestidas. Los sanguinarios consejos que le ha dado á su autómata respecto de mí, son otra prueba de la negrura de sus entrañas : en la acerba persecución de García Moreno y su partido á su nombre, su fama, no tuvo sino un defensor en su patria ; y ese fuí yo : razón le sobra para empeñarse en mandarme tras Vicente Piedrahita camino de la eternidad. Dije una vez que Urbina no había sido malo, esto es, que no había derramado sangre, no se había complacido en las lágrimas de sus semejantes. Efectivamente, Urbina no fusiló ni asesinó á nadie cuando la responsabilidad toda hubiera recaído sobre él : viendo estamos que eso no había sido bondad de corazón ni horror por la sangre humana. Un achispado hablador lleno de talento explicó una vez satisfactoriamente la humanidad de Urbina : "No mata, dijo, de miedo del difunto." Manuel Zaldumbide sabía lo que decía ; como edecán suyo, viéndole estaba temblar cuando doblaban por un desconocido, cuando pasaba una rata del un lado al otro del aposento, cuando una interjección militar resonaba por la calle. Dirá Urbina que los héroes más feroces de la independencia son célebres por su miedo á los difuntos. Pues yo vengo á presumir que Urbina tiene miedo á los muertos, por ser como los héroes de nuestra emancipación, esos llaneros terribles cuya lanza bebía rios de sangre goda, y no podían dormir solos en un cuarto. Si esta es la trastienda, nuestro Nabucodonosor está en lo justo : miedo de conquistadores, miedo de valientes. Pero el otro miedo no es de valientes ; el miedo del que va con un ejército en auxilio del amigo sitiado, y hace tiempo en el camino, y está esperando el término de la guerra para seguir adelante. Mientras la pobre tía de Cornelia agonizaba dentro de sus barricadas, espera, espera al General en Jefe que venía á sacarla de manos de los caldeos, el General en Je-

fe, en la villa de San Juan de Dios de Ambato, bebe, bebe y rebebe cinco días, hasta cuando llegaban noticias, del triunfo, para seguir adelante; de la derrota, para volverse atrás. Cuando á los católicos de don Antonio se los hubo llevado el diablo con reliquias y todo, el valiente general monta á caballo á las seis de la tarde, vuela al teatro de la guerra, suya es la victoria. Cinco ó seis días en circunstancias tan premiosas, que la tía Cornelia, con la Táctica de Federico segundo debajo del brazo, estaba metida en una cueva encomendándose, no al Dios de los ejércitos, sino al de los moribundos arrepentidos.

Los que no están bien hallados con el dominio absoluto de Ignacio Madruñero; los que en algo tienen honra y felicidad pública, han de darme gracias por los esfuerzos que hice con Urbina para impedir la dictadura de esotro hijo de Peralbillo. Desvanecidas sus sutilezas, pulverizadas sus argucias, tomado en el reducto de sus mentiras, no tuvo más arbitrio que decir: No puedo estar botando Presidentes cada día. Si usted los ha botado no más que por botarlos, está bien; mas si los ha echado al suelo en servicio de la República, ¿ qué razón sufre que se quede con el peor de todos? Que es tonto de capirote, usted mismo lo dice; que es ignorante hasta de las primeras letras, no lo niega; que sus antecedentes son indignos, lo sabe usted; que la Nación será víctima de la soberbia insensata de ese idiota, usted se inclina á confesarlo: con que si sus revoluciones han sido por la libertad y los principios, ahora, ahora es cuando todo hombre de bien y buen patriota tiene el deber de conspirar.

El hombre de talento, atajado de razones, no halló que decir sino: Ah Juan....qué Juan....este Juan....Tomemos un trago. No tomo! repliqué con ira. Derribamos ó no á este malvado! No puedo estar botando Presidentes cada día, replicó. ¿ Qué Presidentes ha botado usted? Boté á Flores; boté á Noboa; boté á García Moreno; he botado á Borrero: no puedo botar á Veintemilla.

A más de cuatro cáscaras de nuez de la calaña de Urbina he oído decir: "Cuando boté á Flores" Un vejete

apolillado, medio cojo y medio muerto, que no se llama nada, porque no tiene nombre, me ha dicho cien veces: "Yo, yo boté á Flores." Un negro del Chota venía por el camino con un haz de leña á la espalda: todo él era trapos: andaba por misericordia de Dios, pedía por los dolores de María Santísima. "Mi amito, dijo, mientras yo echaba mano á la faltriquera, cuando boté á ño Flore...." No hay perro que no haya botado á Flores, exclusivamente; no quieren que nadie les ayudara en tamaña empresa. Urbina dice, como el negro, "Boté á Flores;" ¿ y Roca ? ¿y Olmedo? ¿y Elizalde? ¿y Guayaquil? ¿y los grandes patriotas que contenía esa ciudad heroica, cuando era patriota y heroica ? ¿y los valientes de la Elvira? ¿y *las Capitanas* de Babahoyo, esas mujeres fieras, que han dejado nombradía de Juana de Arco, para vergüenza de los hombres de hoy ? Nadie hizo nada; Urbina *botó á Flores;* Urbina, el asistente y echacuervos de Flores, el pobre diablo, el subalterno de Manabí. Olmedo el nombre, Roca el corazón y el seso, Noboa la popularidad, Elizalde el brazo, estos fueron los agentes de esa grande obra. La traicioncilla de Urbina, si sirvió para algo, fue una pequeñez, una miseria.

"Boté á García Moreno". García Moreno le botó á él á patadas; en Jambelí, en Zapotillo, le molió En la hazaña del 6 de agosto ¿qué parte tuvo Urbina? ¿había él escrito *El Cosmopolita*, *La Dictadura perpétua*? ¿salió con los jóvenes á buscar al tirano en su palacio á medio día? ¿Rayo descargaba sus golpes á su nombre? ¿Cornejo se consultó con él? Andrade seguía sus instrucciones? supo siquiera que tal cosa iba á suceder? El *botó á García Moreno*, y vive empeñado en llamar *asesinos* á los valientes, por congraciarse con los devotos de ese infeliz difunto: Urbina, infame Urbina. Cuando pudo y debió haber dado al través con el tirano, quedó como cobarde, como ruin; sacrificó la flor de los jóvenes guayaquileños, por inepto y por borracho. En tanto que Pepe Marcos y su puñado de héroes se las tenían tiesas en el mar á García Moreno, él estaba de mantel largo, presidiendo á lo emperador su mesa cargada de licores, dando decretos y repartiendo la Nación entre los suyos. Cuando el enemigo se hubo echado al bolsillo la escuadrita, pudo haberlo esperado en tierra, y huyó, y corrió en cabeza, á pié y llegó carleando á tierra de Tumbes, y cayó exánime. Vol-

viendo en sí, sangrado, atendido con paternal providencia, vió que se hallaba en brazos de un amigo, un compañero de armas, á quien acababa de hacer atroz agravio. Doctor Auz, le había dicho en la mesa con increíble descomedimiento, ese puesto es del Ministro! y le obligó á levantarse al hombre á quien debía servicios y favores, por un pendolista á quien había hecho Ministro ese rato, por falta de gente. Auz, compasivo y generoso, le salvó la vida, le dió dinero, le mandó á Paita, sin aludir al insulto de poco há. Reconvenido después, contestó rascándose el cogote humildemente: "No sé cómo habrá sido eso, doctor Auz; no me acuerdo;" y con el dorso de la otra mano se enjugó una lágrima de...... cocodrilo. Rasgos hay en la vida de ese viejo, que le persuaden á uno de que la inexistencia de las llamas infernales sería una irregularidad en la creación.

"Boté á Borrero". Pobre don Antonio! su amigo leal, su firme apoyo, su comisionista, su administrador, su diácono, su ayudante de misa y olla, su Pólux, su lazarillo, sus andaderas, sus anteojos, Urbina, José María Urbina, *le ha botado!* Cuando los liberales del Guayas hubieron urdido su primera revolución, contaron con Urbina, *el enemigo mortal* de las leyes de García Moreno: el hombre de dos caras y ni un corazón, al embarcarse para Lima, le tomó aparte á Eloy Alfaro y le dijo: Entiéndete con Teresa *para todo*. Dejó tendido el lazo: cayeron en él los jóvenes: la denuncia salió de su casa, y todo fué desbaratado. Dejaría de llamarme Urbina, si mi padre entrara en una revolución contra Borrero, dijo una bella señorita. Borrero, que sabe los milagros de santa peseta, puesto que él es quien pide para las ánimas, le había dado cuatro mil pesos por de pronto al viejo troglodita. ¿Plata á mí? exclamó indignado el troglodita; yo sirvo á la República y al Gobierno de mis simpatías por patriotismo. Y renunció el estipendio de *sus servicios* en nota oficial enviada directamente á Quito, al propio tiempo que tomaban por él y para él en la tesorería de Guayaquil la dichosa cantidad. Hombre indigno! y torpe, y zurdo, ¿pues cómo quería salir bien con semejante engaño? Una vez puesto en Lima, me escribió á Quito pidiéndome con lágrimas en los ojos le defendiese del cargo de los cuatro mil pesos. No puedo negar que en ocasiones soy *tigre*: no me lo engullí al que fué con la carta, suplicándome *por*

su parte, por que hasta ahora está corriendo el canallazo. Por la derecha hace renuncia del salario, por la izquierda lo apaña; y quiere el libertador de pueblos que hombres de bien y pundonor le defiendan. *Calaverada infame*, llamó la revolución contra Borrero, cuando hubo fracasado; cuando salió bien, la llamó *santa*, y Carlomagno, y Cicerón y Pío quinto al calavera infame. Ahora díganme los descreídos, si ese viejo se nos escabulle y se nos va, ¿no es preciso que haya otra vez infierno? Si le podemos haber á la mano, no será necesario ese establecimiento; la horca lo puede suplir. Lo que queremos es que la impunidad constante de los malvados, y el martirio sin tregua de los buenos, los generosos, los creyentes, no nos hagan cavilar respecto de la Providencia.

Hubo en cierta época de la República un anciano que con puño débil asió el bastón del mando. Urbina el apoyo, Urbina la fuerza de ese Gobierno. Señor, le decían al anciano, Urbina no es acreedor á la confianza de Vuexcelencia; preciso es cautelarse de ese hombre tan falso como ambicioso. ¿Mi José María? respondía el ingenuo vejezuelo; ¿no saben ustedes que es mi hijo? Su hijo, por su parte, su José María, le estaba escribiendo de Guayaquil: Véngase papá; papacito, véngase! No se vaya, señor don Diego; Urbina lo amarra; el ejército es suyo: lazo es el que le tienden, señor. ¿Mi José María? ¿mi hijo? no lo crean. Y enseñaba las cartas donde su José María le llamaba *papá*, *papacito*. Metió la cabeza el pobre anciano, y salió por allí: *su hijo* no le dejó ni tomar tierra: pasó de largo el ex-presidente á expatriación tan dura como inícua. Si Urbina empezára á escribirme llamándome *papacito*, ya no me atrevería á salir del Gran Hotel, porque temiera que el puñal de mi José María, de mi Ignacio, me estuviera esperando en el vestíbulo. José María é Ignacio, hijos de don Antonio, después de haberlo sido de don Diego, le *papasean* cuatro meses antes al que han resuelto entregar á la estricnina ó al puñal nocturno. *Taita* le llamaba el mudo al Arzobispo de Quito; otras veces, para mayor terneza, le decía *mama*. Pobre sacerdote, gracias, probablemente, á su hijo, se bebió un cáliz lleneci-to de veneno. De Vicente Piedrahita dice también que *lo apreciaba*: no quiera el cielo que Veintemilla os aprecie en ningún tiempo, amigos míos. El gato aprecia con las uñas,

el perro con los dientes, el ignacio con el puñal. Los *papacitos* de Urbina y las *mamás* de Veintemilla están condenados á muerte desastrada. Conocidas son las cartas de este excelente hijo á su buena madre don Antonio en las cuales le decía mamá, mamita, y le ponía el ejemplo de la doncella cuyo patrimonio es la honra. Él, como Comandante General del Guayas, era la doncella: volverse contra don Antonio, sería quedar deshonrada. El Mudo ya no es doncella: Demócrito cuando le encuentre en la calle, no le ha de saludar: *salve, virgo!* sino *salve, mulier*. Yo quisiera ver la cara que pone don Antonio á estos recuerdos. Este buen hombre es la madre Celestina: él supo muy bien que sólo á fuerza de polvos y yerbas malas podía entregar la muchacha como virgen al embajador de Francia.

De estos comentarios resulta que Urbina no ha derribado sino á un presidente: él dice que *ha botado* cuatro en lengua tan vulgar como es falsa la ideología de sus acertos. Con traición inaudita sorprendió á un anciano á quien llamaba padre, le desterró, destruyó un Gobierno que él mismo había hecho porque surgiese de la guerra civil; prevaricó, se pasó al partido liberal, dándoles de coces á sus sectarios, enviándolos á las selvas del Oriente. "La historia lo dirá", me contestó á la última carta que le dirijí, haciéndole cargos que merece, horribles cargos. ¿Piensa éste que la historia sale del lupanar, ó que él la ha de hacer escribir con uno de sus capones, de sus negros? Las noticias que damos los escritores presentes son elementos de la historia: la de Urbina está contenida en las "Catilinarias". Pero no tema; ya él ha dejado de ser personaje de historia. Historia...... César Cantú le tiene entre manos; va á entrar en ella junto con Washington y Bolívar. Un delator ¿no deja de ser persona? un traidor ¿no ha caído en mal caso? ¿un pícaro de siete suelas ¿ no tiene por suyo el desprecio de las gentes? Urbina, José María Urbina, entrará en la historia......de Gil Blas de Santillana.

Si Urbina quiere anticipadamente un trozo de su historia, véalo aquí: Pidió al Gobierno del Perú un ejército organizado para invadir su patria: en guerra civil, llamó á los colombianos en su auxilio, y después les puso las manos para que se fuesen: esperó en el camino que la guerra concluyese, cuando la invasión de Quito por los consevadores

del norte: hé aquí puntos de historia, grande historia. "Censuran mi conducta en Zapotillo, me dijo en Lima, porque no saben lo que hay adentro de ese asunto: día llegará en que yo les dé un tapaboca al parlachín de Moncayo y más detractores míos, descubriéndoles el secreto". El secreto es que el General Castillo, que lo desarmó en los límites de la nación peruana, había ido enviado por Pezet á las órdenes de Urbina. Castillo debió pasar la línea, según el pacto, y apoyar á los invasores del Ecuador. Como no pasaba, el traidor tuvo miedo, y se volvió atrás, pudiendo haber hecho frente con los suyos á Pepe Veintemilla; y con horrible sorpresa de su parte, fué desarmado por el general peruano. Y me lo descubre, y me lo dice el torpe, á mí que aborrezco de muerte las invasiones con extranjeros, teniendo creído, como tengo, que todo pueblo debe ser artífice de su libertad y dueño de su suerte! De la tacha de cobarde quería lavarse con la de traidor. Hé aquí los efectos de la subversión de los principios y la moral adulterada. Ignorancia es fada enemiga que vuelve negro lo blanco y torna en cochinos á los hombres. Pezet no le había engañado á Urbina; pero García Moreno, que á las veces le hallaba el pelo al huevo, se dió sus trazas, y consiguió en Lima que el presidente del Perú se arrepintiese. Castillo, realmente, salió como auxiliar de Urbina: á medio camino recibió la orden de desarmarlo. En materia de traiciones, Urbina no le va en zaga á García Moreno: si éste se vino con Castilla, ése se vino con Castillo: los castillanos están corriendo á puto el postre las vegas de la patria.

El proceder de Urbina con los colombianos auxiliares ó invasores no puede ser más negro. Excusado es que yo repita aquí mis artículos de *El Regenador*: los colombianos, más sensatos, ilustrados y pundonorosos, á vueltas de algunos insultillos, se han unido para hacerme justicia; no hay quien no aplauda ahora la guerra que les hice como ecuatoriano: Veintemilla, Urbina y su capones todavía dicen que he sido un pícaro en no haber aprobado la intervención armada.

En pueblos de escasas luces y abundante mala fe; entre partidos y hombres aviesos, para quienes las virtudes no

tienen resplandor ni la honestidad pública atractivos; que ven las cosas por, el aspecto de su interés personal, sin buscarle el viso á la razón, tenemos que explicar las cosas más sencillas, distinguir lo más distinto, dar con el mazo en la cabeza de las verdades más notorias, para que puedan entrar en la de los menguados que no las ven, ó que las niegan teniéndolas á la vista. Urbina, verbigracia, no es el *inconsecuente*; lo soy yo. Yo que antes dije que no había robado, no había matado, y ahora digo que roba, y mata quizá, yo soy el inconsecuente. Cuando yo le defendía, en verdad no era aun ladrón; dadas están las pruebas: hoy roba; tengo que montearlo y cazarlo, como oficial de la sociedad humana, como soldado de la República: ¿dónde está mi inconsecuencia? El Juez que no juzga y condena al que ha de hacer un hurto de aquí á diez años, no falta á sus deberes; cuando lo juzga con el cuerpo del delito por delante, cumple con ellos, y no es tenido por *ligero* ni *voluble*. Si porque antes dije que no había robado, me empeñara hoy en negar sus robos manifiestos, ¿no parecería yo su cómplice? Hele también aplaudido el no haber derramado sangre humana: efectivamente, no la derramó en ninguna forma en sus buenos tiempos: hoy, Dios me perdone, estoy convencido de que tuvo conocimiento del proyecto de asesinato en la persona del malogrado Piedrahita; lo tuvo y quizá fué el inspirador de ese crimen. Su liga con Veintemilla es confidencial, sin reserva: ventajas presentes, temores de lo futuro, arbitrios y providencias, todo es mancomún. No entrando Urbina á la parte en esa compra y venta de sangre, su maniquí hubiera temido, se hubiera retraído. Hay además contra Urbina indicios tan claros, que son sospechas vehementes: uno de los asesinos ha sido siempre su criado de confianza, su ministro de obras secretas, ciego ejecutor de sus designios; en vísperas de la muerte desastrada de Piedrahita, los días anteriores, se le vió á ese malvado frecuentar la casa de su amo, hacer viajes continuos á Babahoyo, tener con él encierros y conferencias misteriosas. Urbina, no hay remedio, tiene su parte en ese crimen: guardó la sangre para sus últimos días este desgraciado, para refrescar la vejez con élla, rociándose el alma ennegrecida y marchita con los vicios. Cuando me acuerdo de la cara que ha echado Urbina con quinces años de desgracia depravada y perversa; de esos ojos comidos por los gusanos

del vicio; ese mirar soslayado; esa dentadura cubierta de toba pestilente; ese conjunto sesgo; esa nube siniestra que lo envuelve, no puedo dejar de achacarle en mi corazón mil acciones nefandas. ¡Pobre viejo! ¿cuánto bien le hubiera hecho la Providencia divina con alzarlo ahora treinta años? sus designios son inescrutables: pudo también la Providencia haber suspendido el fuego que cayó sobre Sodoma, y lo dejó caer: asimismo pudo haber suspendido la vida de este hombre—Sodoma, y le deja vivir, para que esté cayendo sobre un pueblo culpable, y consumiéndolo, y volviéndolo ceniza. Vive Urbina, porque fuego debe caer sobre Sodoma.

He sido también *inconsecuente* con don Antonio Borrero, esta madre Celestina que tanto sabe de filtros y bebedizos. En "El último de los tiranos" pedí la Convención que diese al traste con el despotismo legal del difunto García Moreno: después de esto propuse la candidatura de Borrero. Aceptadas por los guayaquileños mis indicaciones, tomaron ellas cuerpo y se convirtieron en cosas reales. La madre Celestina quiso ser García Moreno armado de la dictadura, y se vino de cara al suelo. ¿Cuál es el inconsecuente, esta bruja que había escrito ayer sus majaderías contra las leyes de García Moreno y hoy se aferra sobre ellos, ó yo que llevo adelante sin alteración ninguna ni política, mi sistema? Porque había propuesto su candidatura, ¿debí haberle apoyado á capa y espada, aun cuando el cleriganso *liberal* hiciese traición á los principios y ofendiese á las personas, rodeándose de los esbirros más infames de García Moreno? Pues yo para ser consecuente, le di el puntapié que le echó patas arriba. ¿Conque una palabra que diga uno en favor de un hombre le esclaviza para siempre á él? Y si el que fué de bien se vuelve delincuente; si el que fué leal viene á ser traidor; si el que teníamos por digno da en infame, para ser *consecuentes* ¿no hemos de perseguir delitos, afear mala conducta? Pues sepan cuántos son nacidos en esa tierra de murciélagos, que yo no soy consecuente sino con Dios, con la honra y con la patria, y que mis acciones están fundadas en la moral según mi leal saber y entender. Con los malvados no soy consecuente, porque no soy su cómplice. Con los infames no lo soy tampoco: desde el instante que caen en mal caso, no me tengan por amigo:

si los saludo es con la punta del pié. Antonio Borrero quería que yo fuera *consecuente* con él: ¿cuándo le había ofrecido apoyarle en su traición? ¿Cuándo le había prometido aplaudir su ingratitud? Perdonar á los sicarios de García Moreno, en buena hora: yo también lo hubiera hecho: entregarles nuevamente la República, en agradecimiento de que le habían llamado *rojo, bruto y asesino*, oh, esto ya no era posible llevar en paciencia. Si pensó que su candidatura fué afición á su triste persona, se engañó por la mitad de la barba. Pero es cierto que entonces no sabíamos que don Antonio era notario de la Curia, y campanero, y trotaconventos de las ánimas benditas. ¡Buen Presidente, gran Presidente, con su platito en la mano, pidiendo "para el santo entierro de Cristo!" Que estos judíos maten á Jesús cada año, no me saca de mis casillas; que pidan para enterrarlo, esto sí me causa tedio. Piden para enterrarlo, y no lo entierran; luego es estafa la suya. Cuando don Antonio, con su capa verde del tiempo de Carlos cuarto, su ceñidor de cuero y sus anteojos salvados del terremoto de Riobamba por milagro; cuando este don Antonio, digo, está gritando en la puerta de la iglesia: "¡Para el santo entierro de Cristo, vida nuestra!" sabe muy bien que no han de enterrar á Cristo: fiémonos de ese supulturero.

Ahora para concluir, venga aquí mi viejo troglodita, el cuatro veces libertador de la patria, y dígame ¿á cuál de las categorías pertenece? ¿á la de los que viven bien y mueren bien? ¿á la de los que viven mal y mueren mal? ¿á la de los que viven mal y mueren bien? ¿á la de los que viven bien y mueren mal? De esto no podremos decir, puesto caso que le sobrevivamos, que su muerte ha sido tan gloriosa como infame su vida; pero es cierto que va á morir mucho peor que ha vivido. Dicen que su período de Presidente fué un alto á las truhanerías desaforadas de Urbina: cuando Presidente, se formalizó, fue hombre serio, y hasta decoroso: su Gobierno, si no el mejor, no fué tampoco el peor de todos; sino que consentía, y hasta fomentaba con la tolerancia, el desenfreno militar. Ni el indio su burro, ni el chagra su yegua, ni la persona principal su caballo: la jurisdicción de los negros se extendía por calles y cami-

nos: todo era de ellos, todo; y aun los hombres, pues el indio, cosa mostrenca, del primer *taura* ocupante. El *habeas corpus*, sagrado derecho de pueblos libres, era desconocido entonces, como lo es al presente, y ni vida ni hacienda estaban en salvo del uno al otro extremo de la República.

Un día asomándome al balcón de la casa de campo que habitaba, llevé un susto mortal: un *taura* enfurecido estaba allí tronando y relampagueando contra mi hermano Francisco, quien tenía en la mano una lanza formidable: era la del negro, arrebatada de hombre á hombre por un indio gallardo á quien el soldado había querido herir. El punto era que, si el negro recuperaba su arma, los había de alancear á uno y otro, á mi hermano y al indio; pues el bandido estaba echando espuma por la boca. Verlo yo, tirar por mi estoque, ponerme de un salto en el patio y en la calle, fué cosa de un segundo. Al ver otro hombre armado, aunque muchacho, frente á frente, el negro tuvo miedo. El indio además, se había hecho ya de un gran garrote: el asesino apagó sus blasfemias, se humilló, y clamó por su lanza. ¡A su cuartel! le dijo mi hermano, entregándosela: tomóla el negro, y empezó á escoger entre nosotros con la vista, á cuál despanzurraría desde luego; pero el indio, todo un hombre, como dicen, estaba allí con su maza de Hércules á punto, y la hoja larga de mi estoque no hubiera faltado á su deber. Fuese el taura refunfuñando y amenazando con un pronto regreso. Así andaban en Quito los negros de Urbina, con sus lanzas por los alrededores de la ciudad, y la vida de los ciudadanos en un hilo.

Otra ocasión iba yo acercándome á Quito por las verdes planicies de Turubamba, de vuelta de unas vacaciones. Un batallón, que andaba para Guayaquil, venía por allí muy cerca: indios, chagras, señores, todos huyen de *un batallón* en el camino, cuado tienen tiempo; yo no lo tuve, y si lo tuviera, no hubiera huído tampoco, de vergüenza de mí mismo: me hice á un lado, é iba pasando en medio de mil burlas de cuartel y de insultos soeces: ¡Quítenle el caballo á ese tal! grita un oficial, y lo echa redondo. Cuatro cholos se me vienen encima: ¡Pie á tierra ca....tólicos! ¿A tierra? contesto como bueno; eso será lo que tase un sastre. ¿Estudias para abogado, chiquillo, ó eres embrión de clérigo? dice chanceando el oficial; déjate de sub

terfugios, y echa acá ese alazán, que bien lo he menester para mi Rosa que viene mal montada. Di mi nombre, no hubo remedio : ¡ Tate, exclamó un jefe ; ese doctor es persona : mi general le llama *Puchito:* dejen pasar al estudiante !

Gracias á mi hermano salvé la vida ; pues el caballo no hubiera aflojado yo sino pasando por las bayonetas de los cholos.

Por lo demás, no dejó de engañar Urbina con la libertad de esclavos, y con cierta deferencia por el pueblo, en odio á la aristocracia. La libertad de los esclavos sería página brillante en la historia de Urbina, si fuera cosa suya ; pero, ¿ qué hizo él sino objetar el decreto de la Convención ? El siglo, el pueblo, las naciones que nos rodean exigían imperiosamente la libertad de los negros ; ni podíamos nosotros, en medio de la libre liberal y propagandista Colombia ; en medio del Perú, Bolivia y Chile que habían abolido la esclavitud ; no podíamos, digo, mantener esa institución nefanda. La libertad de los esclavos en el Ecuador no fue obra de un individuo ni de muchos ; resultado necesario fué de mil circunstancias grandes é invencibles.

Se alaba también Urbina de haber expulsado á los jesuítas ; mas no dice nada de su liga actual con ellos, ni de los secretos en que anda envuelto con Jacobo Clemente y Ravaillac. Concluído su período, Urbina va cuesta abajo hasta llegar al centro de la ignominia. Al suprimirle el sueldo el Presidente Pardo, dijo que el Perú no daba pensiones al vicio. De los gobiernos anteriores había recibido baja limosna ; y con todo mandó decir en la Convención de Ambato, que *había rehusado las pensiones ofrecidas por todos los gobernantes del Perú*, y se presentó por boca de sus *mentidores* como ejemplo de virtudes durante su destierro. El señor Pardo no lo pensaba así. Cuando fue últimamente á Lima enviado por Borrero, al otro día de su llegada amanecieron en las esquinas de las calles carteles que decían : "Urbina ha vuelto : hola, acreedores de Urbina !" Hé aquí el ejemplo de virtudes que honra á su patria como Catón, que la ilustra como Escipión. A mí me darán cien mil pesos, como a Flores, le dijo á Eloy Alfaro. Este muchacho, tan desprendido como austero, se opuso ; le hizo ver la vergüenza que sería ir á pedir plata por nuestras ham-

bres, plata por nuestros dolores, plata por nuestras lágrimas, deshonrando la desgracia, vendiendo el patriotismo. Si usted pide cien mil pesos, le dijo el liberal sin miedo, ¿ cuánto debe pedir Montalvo, que ha padecido más que usted ? Patria y libertad han sido la causa y el objeto de nuestros padecimientos : ir á endulzar con un puñado de dinero nuestras amarguras pasadas, sería quedar envilecidos y deshonrados.

El viejo impúdico guardó silencio, y principió su guerra mortal á los liberales patriotas, para excluirlos de la Convención. Considerándole á él la mitad de Flores, no le dieron sino cincuenta mil pesos, para que coma ignominia y beba menosprecio : cincuenta mil pesos que él ha sabido beneficiar y convertir en ciento, doscientos, cuatrocientos mil pesos : las salinas de Babahoyo son inagotables ; nunca acaba de recogerlas. Prestidigitador maravilloso, de una botella saca veinte clases de vinos, y no deja de estar llena, aun cuando se beba rios de ella. Urbina, alma del régimen nefando que hoy destruye al Ecuador ; partícipe en escandalosos latrocinios ; cómplice de crímenes horrendos, va á morir viejo mucho peor que ha vivido joven. Antinoo, con su muerte sublime, echa un torrente de luz sobre su vida infame.

"EL TIMES" EN BOGOTA.

No es el *Times*, el gran *Times* de Londres, que pudiera cubrir á Brigban Young y sus veinte mujeres, sirviéndoles de sábana ó de recel de lujo; no es ese *Times* que tiene de tributarios á los príncipes de la tierra, ó hace temblar á los que no quieren sujetarse á su dominio; no es el *Times* que asi está campeando en mesas de ministros y embajadores como en el taller del zapatero y el barbero en esa Babilonia donde reinan la libertad y la paz: es otro *Times*, *Taimesito* pequeñuelo, muchacho, niño recién nacido, pero de barba ya taheña y escabrosa, cuyas hebras son saetas que van derecho al corazón de los malvados. Nobles propósitos, ideas superiores, lenguaje culto, fino, según los ejemplares de los buenos tiempos del habla castellana, ¿qué más se había menester para llamar la atención de la más ilustrada ciudad de Sur-América, esa Atenas andina, que allá en su altiplanicie está resplandeciendo con sus sabios, sus oradores, sus poetas, sus mil ingenios que pican en ciencias y artes liberales, sin descuidarse jamás de la política? Adriano Páez, el infatigable husmeador del talento, que con delicado olfato lo siente y lo descubre en el más oscuro rincón de América, ha sentido el *Times*, se ha ido tras él, lo ha descubierto, ha hecho presa, no para devorarlo, sino para sacarlo á paz y á salvo, bien como el delfín sacó sobre su cuerpo á Anfión del

medio de los mares. Admiro el talento de Páez, su laboriosidad ejemplar, su ardiente americanismo: su corazón, su carácter, me admiran mucho más. Inteligencia es prenda común; cual más cual menos, como no seamos tontos, á nadie le falta su poquito; prendas como las que le adornan á Páez, son de todo punto raras. Para él no hay vanidad nacional, egoismo, deseo de prevalecer sobre los otros: no existe el Táchira ni el Carchi: Venezuela, Ecuador, Perú, Chile, Buenos Aires, son su patria tanto como Colombia. Donde brilla un ingenio, allí está él á atizarlo con la sensata alabanza que nunca es adulación; donde palpita un corazón grande, allí está él á contar las pulsaciones de ese órgano del dolor, ese altar de los misterios del alma. Dije ahora poco que Nelson no había tenido idea del miedo: Adriano Páez no tiene idea de la envidia, no sabe lo que ello es: á lo menos ese cruel afecto no le carcome las entrañas en medio de tantos otros martirios que le están santificando su desgracia. Censuras de Páez, no he visto: ese noble joven no nació para ser la pesadilla de nadie, sino de los tiranos: lo que veo á cada rato son apologías de hombres que á su juicio las merecen laudatorias llenas de sensatez y buen gusto, fuera de las ocasiones en que se deja arrastrar por una fuerte preocupación imprimida en su pecho desde que era niño de letras. Cuando habla de mí, verbigracia, su discurso es un arrebatado torrente de hipérboles, de figuras que me levantan mucho más arriba de á donde he llegado por mis merecimientos. Me importará hoy día que los malsines hallen punto de murmuración en esto de corresponder según el caudal de mis facultades los repetidos favores de un escritor á quien no conozco siquiera; pero ya estaba rebosando en mi pecho el deseo de hacerle justicia, y solamente el recelo de que digan los malos que hay comercio de alabanzas entre nosotros, me ha contenido. Los hombres oscuros tenemos siempre este linaje de aprensiones; no así los claros, para quienes la urbanidad, la generosidad no hallan contraresto en la vergüenza. Habiendo llegado á manos del señor de Lamartine uno como poemita, una piecita infantil que yo escribí en París respecto de él siendo muchacho, me dirigió inmediatamente una carta, con autorización de darla á la estampa. Víctor Hugo no fué menos pronto y cortés cuando leyó mi elegía del Terre-

moto de Imbabura. Yo le hubiera dado las gracias á Páez y manifestádole mi admiración desde que se vino á mí con una corona en la mano; pero ahí estaban los envidiosos, los ruines, para decir que ése era cambio de lisonjas, y tamaña deuda la he estado pagando con afectuoso silencio.

Todos verán que éstas son mis primeras palabras en favor de Adriano Páez: dándome por bien servido, como dicen, ya pasaba por ingrato; no lo soy: sepa ese amigo mío nunca visto, que sus juicios, sus encomios, sus vuelos de admiración acerca de mí, mucho me han conmovido, mucho me han servido en un país donde verdes y azules se levantaron á darme caza, tan luego como hube salido con mi Cosmopolita á la luz del día. Lo digo con dolor: hasta cuando empezaron á llegar á Quito las opiniones de Caro, Cuervo, Páez; hasta cuando periódicos del Perú, de Chile vinieron en mi auxilio, yo estaba pasando por loco en mi patria: si tarda ese socorro, amigos y enemigos me meten en la casa de orates Hoy mismo un capón infame, pagado por Ignacio Veintemilla, dice que *yo mi mo soy el autor de cuanto en Colombia y otras partes se ha dicho en honra mía, y que mis manejos se extienden hasta Europa.* Ved pues á Lamartine y Víctor Hugo sirviendo de simple instrumento de mis vanidades; y lo que es peor, de mis patrañas. Teniendo para sí que á mí me insulta, el insulto del asiático es á personas de posición elevada, á escritores célebres en América, que son quienes me han favorecido con sus encomios. Miguel Antonio Caro, Rufino José Cuervo, José Joaquín Ortiz, Jorge Isaacs, Adriano Páez, han recibido *los disparates* escritos de mi puño y letra, y hanlos autorizado con sus ilustres nombres! Hasta dónde no llega la insensatez del aborrecimiento fundado en afección tan baja como la de la envidia?

Páez...... pobrecito! Adriano Páez...... Quisiera yo llevarlo á orillas del lago de Tiberíade, tierra de los milagros, é impetrar uno en su favor, á fuerza de lágrimas á los piés del Todopoderoso. Padece, amigo, y sufre: ¿sabes que entre padecer y sufrir va la propia diferencia que entre la necesidad y la virtud? Padecimiento es gravámen general: buenos y malos, todos padecen: sufrir no saben sino los hombres favorecidos por Dios con esa fuerza oculta que se llama paciencia. Paciencia es bondad, paciencia es valor,

paciencia es resignación ; y estas virtudes sacan burlada á la desgracia, porque sus golpes caen sobre diamante infrangible donde están grabados en caracteres luminosos los secretos de la gloria. Padezcamos, pero suframos : los que no saben sufrir, esos son los que padecen verdaderamente. "Niño has venido al mundo para padecer : padece, sufre y calla ;" éstas eran las palabras con que los antiguos mejicanos saludaban al recién nacido. Páez, Adriano Páez...... Un mundo de dolor pesa sobre él, y nada dice : Job se queja, Job levanta la voz al cielo : estotro Job está callado respecto de sus males, porque considera que los del cuerpo no son nada : el espíritu es el todo ; y ese está puro en él, está blanco y transparente. Cuando sacuda los miembros que lo aprisionan, y, rota su cárcel, salga libre, ha de volar á la eternidad, y ha de desaparecer en el océano de la luz infinita.

Y así y todo, trabaja Adriano Páez, trabaja incesantemente : el trabajo es una religión para él : corazón activo, inteligencia ardorosa, el movimiento es ley de su rica naturaleza : trabaja por Colombia, por América, por el mundo : Páez es hombre de inmenso mérito : si le sobrevivo, me he de poner luto por mi propia cuenta y como personero de mi patria.

El *Times* no podía ocultarse á la mirada escrutadora de ese ilustre colombiano : los encarecimientos que hace de ese periodiquito, merecidos son por él : mas supone que es obra mía, á causa de su buena frase, y yo, por lealtad, debo sacar á la luz del mundo al joven modesto que, mereciendo tanto, ha ocultado con tanto empeño su nombre hasta ahora poco. Páez estará curioso de saber ¿quien es osotro castellano que así rasguea tan garbosamente la lengua de Cervantes en país donde la tiranía, el desenfreno, la barbarie están ahogando la ilustración, y aun la inteligencia? Llámase Federico Proaño ese escritor de papeles chiquitos ; chiquitos, pero buenos. Unas son las perlas gruesas ; el aljófar sirve para hilos que rodean gargantas de Hermiones. El café grueso no es el mejor ; el de la Moka es menudillo, redondo, y no hay quien no se deje embriagar por esos humos aromáticos. El mérito del *Times*, todo le pertenece á Federico Proaño ; yo no tengo ninguna parte en esa graciosa miniatura. Si mis obras, si mi ejemplo han influído algo

en él, ya para lo escritor, ya para lo patriota, bien puede ser. y ése sí sería mérito mío. Federico Proaño y Miguel Valverde, casi niños, tuvieron la gloria de ser desterrados, por escritores y hombres libres: *La Nueva Era* le causaba singular desazón á García Moreno, quien los hizo callar, aventándolos á las selvas del Oriente, según la costumbre de ese *virtuoso republicano*, como le llaman los sicarios. Que padecieron mucho los noveles periodistas en ese mundo enmarañado y terrible del Amazonas; no hay para que se diga: la honra quedó salva. Brindóles el tirano con la libertad, como descubriesen el autor de una carta que le había escocido por extremo: los jóvenes optaron por el destierro, y qué destierro! En esos dos muchachos hay telas para dos egregios ciudadanos: donde lealtad y firmeza van unidas, ya podemos estar ciertos de que el talento hará sus grandes cosas. Proaño y Valverde, nuevamente desterrados por ese Monipodio que llaman Ignacio Veintemilla son dos esperanzas para las letras y para la República. Proaño más feliz, está padeciendo en el destierro; Valverde, más desgraciado, ha vuelto á su casa y, en libertad, está disfrutando de la servidumbre y la ignorancia de su patria. Pero tiene, sin duda el corazón devorado por esas santas fieras que con elocuentes rugidos le llaman a uno a la libertad y a la honra.

Juntad con estos gallardos mozos á Marcos Alfaro, Luis Felipe Carbo, los Gómez, Manuel Felipe Serrano, Mauro Vera y más proscritos de 24 años de edad, y decidme, ecuatorianos, si todo son tinieblas para vuestra patria? Si algo he podido, ha sido en los jóvenes, en las universidades, los colegios: los viejos son materia inerte, los maduros son *sesudos;* los jóvenes mi elemento, los niños mi caudal. Casi todos los del 6 de Agosto, fueron estudiantes: Manuel Cornejo, apasionado por el estudio de las antigüedades; Abelardo Moncayo, poeta; Roberto Andrade, barbiponiente de la Universidad de Quito. Los *treinta* del 6 de Agosto, fuera de un Coronel que huyó tirando al suelo sus armas, cuando los valientes se le fueron encima al tirano, todos fueron muchachos. Una alabanza mía á un niño sin miedo produjo en el Colegio de San Vicente de Guayaquil tres ó cuatro periódicos de guerra á los opresores. Dicen que los griegos antiguos pulían con los dedos la cabeza, y

aun el rostro de los recién nacidos: esa blanda materia se presta á sabios contactos que la modifican favorablemente: así el corazón, así la inteligencia del hombre en sus primeros años son objetos de experimentos y progreso humano. Tocarle la cabeza á un viejo, tanto valdría como tocar un guijarro: del mismo modo el corazón de los hombres encallecidos en la maldad, la servidumbre y el vicio, no admite pulimento. Jóvenes, oh jóvenes, nada esperéis de los mayores; ellos no os ofrecerán sino depravación y cadenas: dueños sois de vuestro porvenir. En pueblos agraciados por la suerte con la libertad, el pundonor y la ilustración, los hombres maduros son ejemplares respetables; donde sometimiento vil, codicia, indiferencia por cosa pública los infaman, la patria nada tiene que esperar sino de los jóvenes: los libertadores nunca han sido viejos.

ERRATA INSTRUCTIVA

DE LA TERCERA CATILINARIA

Efebo, según su etimología, debe ser *efebo*. Nadie hallará este vocablo en los diccionarios de la lengua castellana; es uno de los neologismos que Bérgues de las Casas ha propuesto en su hermosa traducción de la obra maestra de Virey: *Histoire naturelle du genre humain*. Así hay cosas que á uno le gustan: este efebo, en sentido de barbiponiente, muchacho á quien principia á brotar la barba; jovencito de primera tijera, como hubiera dicho Moratín, me ha parecido bien y lo he adoptado sin venia de la Academia Españloa.

804

Legajo №

CATILINARIAS

POR

JUAN MONTALVO.

QUINTA.

(TERCERA EDICION.)

GUAYAQUIL

IMPRENTA DE "EL TIEMPO."

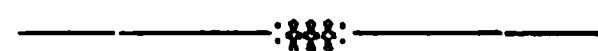
1894.

7058

CATILINARIAS

POR

JUAN MONTALVO.



QUINTA.



(TERCERA EDICIÓN.)

GUAYAQUIL

IMPRENTA DE "EL TIEMPO."

1894.

F
3735
.M76
1894
V.5

QUINTA.

TANTO MONTA.

Mote de la empresa de Don Fernando el Católico.



Las altas corporaciones civiles son como representantes del Estado, el cual, dividido en muchos cuerpos para el ejercicio de sus funciones, no deja de ser uno é indivisible. Senado, Ministerio, Corte Suprema de Justicia, son la República en sus tres grandes personas, Poder Lejislativo, Poder Ejecutivo y Poder Judicial. El Senado, cuando está poseído por la convicción de su propia grandeza, es esa *junta de reyes* que daba tanto que admirar á los embajadores de los bárbaros en Roma. Esos adustos personajes de larga barba que empuñados en su cetro de marfil, cubiertos con la majestuosa trabea, se están á dar leyes al mundo, tienen semblante de genios ante los cuales rinde su espada la fuerza, y la barbarie, absorta, no alza la voz sino para hacer ponderaciones de su majestad y poderío. Los galos han entrado la ciudad á sangre y fuego : todo lo matan, todo se lo llevan por delante, todo lo asuelan : en presencia de los Senadores, ancianos venerables que se han reunido para morir juntos, salvando la dignidad de la República, los bárbaros pierden su furor, y se dejan estar ad-

mirando en silencio esa corporación augusta. Uno de ellos alarga respetuosamente el brazo, pasa la mano por sobre la barba cana del viejo Papirio y la acaricia cual si fuera la de un d os; el senador levanta su cetro de marfil, y hiere con él al insolente. El Senado cae á los golpes de sus admiradores, quienes acaban de ver que esos como entes sobrenaturales no han sido sino hombres sujetos á la muerte.

En los tiempos modernos el senado de Venecia ha sido la más célebre corporación de cuantas en su clase se han hecho admirar por las naciones: sabiduría y prudencia, suspicacia y crueldad le volvieron ese tirano de cien ojos y cien brazos que todo lo veía y todo lo alcanzaba, haciendo temblar el mundo. La Convención francesa, ese poder absoluto que absorbe todos los poderes; que es poder legislativo, ejecutivo y judicial; que da leyes y manda los ejércitos; que juzga á testas coronadas y las derriba en el suelo, es la más tremenda personificación de un pueblo que sacude las cadenas y se echa furioso á castigar á sus verdugos y vengarse de sus enemigos. En todos tiempos el respeto al colegio á cuyo cargo están las leyes ha sido la medida de la civilización no menos que de la libertad. El Senado, ese senado que no delibera, sino obedece; que no discute, sino recibe; que no tiene la mira puesta en la conveniencia del reino sino en la de su Protector, está diciendo á grito herido que la Gran Bretaña se ha entregado ciegamente á Crómwell. Donde los ministros de la Corona tiemblan, si el Parlamento los llama al banco del imperio; donde un Burke, un Fox sueltan la lengua sin recelo á los torrentes de elocuencia con que inundan los ámbitos del mundo; donde un Chathan es más poderoso que el monarca mismo, allí, allí está la libertad arropada con su manto.

Supeditar al Senado es proeza de tiranos; servirse de él sin dar que decir, es secreto de hábiles políticos; viciarlo, corromperlo, es obra de viciosos y corrompidos, tan ajenos á las luces como á la dignidad de ese grandioso cuerpo. Los dominadores fuertes suelen servirse del temor; los ruines, de la corrupción: de la embriaguez, no hubiera sido posible que se viese, no existiendo en el mundo un rincón donde ebrios consuetudinarios llegan á ser dueños absolutos de una que se llama república. El Parlamento obedece ciegamente á Luis décimocuarto; si no, *él volverá á poner las cosas*

en orden: sombrero con plumas, espuela de oro, látigo en mano, sale al largo y lento paso el joven que, viéndose rey, se siente gran déspota y grande hombre. Este no les pasa la mano á los diputados y les dice: "vengan, vengan á casa á tomar una copita"; éste no se emborracha con ellos ni da empleos por facultades extraordinarias; éste no compra poder absoluto con cajas de coñac y ofertas preñadas, en dinero: sale por medio de los representantes de la monarquía estupefactos, y les ofrece volver á poner las cosas en orden. La tiranía de la fuerza mil veces antes que la de la corrupción; el despotismo del genio, no el de los vicios. Ignacio Veintemilla y José María Urbina se han valido del aguardiente para todo, infames! facultades omnímodas: aguardiente. Redoble de sus sueldos: aguardiente. Donativos insensatos: aguardiente. Todo comer, todo beber en esa gazapina que llamaban *el palacio.* Por mal de mis pecados mi casa estaba al frente: ese *amor fino,* ese *alza que te han visto* eran mi pesadilla. Bailaba también *el arrayán* el excelentísimo señor Jefe Supremo; ó más bien le hacían bailar las bellas, cantando y alentando con las palmas, puesto el zoquete al centro de un círculo que formaban diez ó doce ninfas del negro bosque. Los que le saborearon dicen que era cosa de ver cómo alzaba las patas alternadamente, volviendo su cara de caballo ora á la izquierda, ora á la derecha, en busca de aprobaciones femeninas.

Un extranjero distinguido se detuvo tres días en el Versalles de Mac-Jarrin: viniendo á casa á despedirse, me dijo que no había pegado los ojos las tres noches, á causa de la vecindad: qué molino, señor! qué presidente! y mire usted, he ido á visitar al general Veintemilla, por conocerle.

" Y qué tal ?"

" Hum......"

" Ese Hum......?"

" Qué, señor don Juan, si me pregunta como queda la familia.

" Luego es amigo de la suya?"

" No sabe si la tengo; ni me conoce siquiera: cuando me juzga francés. "

" En qué vio usted que le juzgaba francés?"

" En que me saludó al entrar: *Bonsiur Monllur.*"

" Quiso decir *Bonjour, Monsieur* el pobre. Dispénsele.

Como ha estado en Francia, natural es que hable francés. Y de política?

" Me preguntó si no le traía una encomienda del rey de Prusia, su íntimo amigo, quien le había ofrecido un pantalón de paño blanco y la cruz de Carlos III."

" La cruz de Carlos III el rey de Prusia! Vaya usted, señor don José, y publique en su tierra que en la villa de San Juan de Dios de Ambato ha visto á Ulises Grant puesto á la española."

" A la francesa, diga usted ;" y desternillándose de risa, ó destornillándose, como dice el presidente que tenemos entre manos, se fué á dar á la estampa sus viajes el francés de Cartagena. Ya babrán visto la luz pública. Pobre Ecuador.

Los negros son tenaces en sus tripudios y sus zambras: cuando cogen la *marimba*, si la policía no da sobre ellos, han de cantar, gritar y bailar cuarenta días. Viajando por las montañas de Occidente para bajar de los Andes al océano Pacífico, me detuve una noche en un caserío de cuyo nombre no quiero acordarme. El cura me dijo: "Estos negros vecinos están de chunga; no le han de dejar dormir toda la noche: sería mejor pasase usted adelante.

"Un millón de gracias, señor cura: no estoy por ir á despeñarme á oscuras, ni por quedar sepultado en el primer barrizal que encuentre; ni hacerme picar por equis y corales. Los negros aullarán cuanto quieran, yo dormiré lo que Dios fuere servido. En fin, repuso el cura, quédese pues; pero no le he de dar de comer: Dios sabe si yo mismo estoy en ayunas hasta ahora. Holgárame, dije, de que vuestra reverencia no hubiera yantado cuatro días, y así tuviera yo la gloria de restaurarle y sustentarle para quince con mi repostería. A vuestra paternidad no se le oculta que, el que de Sevilla sale, herrada lleva la bolsa: quiero decir que á Barbacoas no echa uno á andar sin harto pan, jamón, pernil, manjar blanco y otras porquerías que hubieran hecho abrir el ojo á Sancho Panza. Pues digamos que es malo el vinito que me han puesto en el canasto. ¿Trae vino? preguntó el cura, trazándose una cruz maestra de la cara al estómago; téngame por su huésped. Ha de saber que ni para el santo sacrificio se presenta el hereje en este despoblado. Pero los negros....

Santo varón, quién le hubiera creído ! No digo que me picaron equis y corales, y me mordieran verrugosas ; boas hubiera querido me tragasen, antes que la música y el canto que me asesinaron el alma toda la noche. "Señor cura," decía yo de cuando en cuando con voz angustiada y llorosa.

"Ya le dije, señor don Juan : los negros nos han de moler. Gallinazos ! voy allá con un palo."

'Señor cura...."

"¿ No le dije ? aguante. Negros de Barrabás !"

"Señor cura, señor cura...."

"Ahora verá lo que hago," dijo el padre, se botó de la cama, y á poco oí que se desquebrajaba el mundo en el rancho del frente, andando el palo por grandes y pequeños. Los negros se deshacinan en alaridos ; el cura ahogaba sus voces con las muy más altas que él echacha, remitiéndolos á todos á los quintos infiernos. ¿ Piensa que algo hemos hecho ? dijo á la vuelta ; ya verá si tornan á las andadas. Efectivamente, aun no se había reacostado el acallador, cuando la marimba con más gana, y el cantazo con más fuerza. Tomaba mi caravana el portante, bien entrado el día, y los negritos estaban al principio de su bureo.

Un cura, un cura de éstos en la villa de San Juan de Dios de Ambato ! Aun cuando no saliera con la empresa de hacer callar al Mudo y sus negros, la tanda yo le hubiera agradecido. La aurora había roto por el horizonte, y el bodorrio iba adelante. Beatas que madrugan á la iglesia, una ocasión, vieron que el Jefe Snpremo, en cabeza, iba corriendo por media plaza tras unas bailantas que al descuido se le habían salido del palacio, cansadas de bailar y zapatear y beber y oír los sotiles enamoramientos de ese moro Gazul. Alcanzolas, fízolas prisioneras y dio con ellas en el maremagnum del coñac, las burlas pesadas y las ordinarieces de la canalla convencionalesca y cuartelesca. Marimba hasta el amanecer, marimba hasta el anochecer : tal fue la Convención, tal es el Presidente de la República democrática del Ecuador : así vive, así gobierna ese cerdo coronado ; y no echa por largo cuando dice que *él solo puede hacer la felicidad del país.*

Cada vicio es una caída del hombre : el juego, la pa-

sión por el juego, le envilece, le expone al robo, le deshereda: el jugador no tiene palabra, no reconoce obligaciones, no cumple con sus deberes de hijo, esposo ni padre. Su universo es el garito, su género humano los tahures. Juega lo propio y lo ajeno, se empeña, pierde el alma haciendo pacto con el diablo. Caballo, reloj, ya no son suyos: su mujer conserva unos zarcillitos de oro con gotas de perlas como avellanas, los guarda con cuidado y amor, como prenda de su difunta madre: va el domingo por ellos para adornar á su hijita junto con la cruz de diamantes con que la pone como una infanta real: el cofre falseado, el estuche vacío: lágrimas y más lágrimas: el pobre hombre se los ha llevado, los ha perdido. Veinte y cuatro eran las cucharas de plata; tres están: vendidas ó empeñadas las demás: el pobre hombre no tiene miedo ni vergüenza. ¿Qué jugará? ¿qué perderá? Las tierras, la hacienda, tiempo há que dio por la mitad de su justo valor; la casa es herencia de su esposa, no la puede vender; y sobre que ésta se rehusa á facultarle para la enajenación, menudito con ella; insultos y mogicones el pan de cada día. Mal traído, mal mirado, el infeliz no se atreve á mostrar sus harapos, huye de parientes y amigos; y como ya no puede ser jugador activo, se ha vuelto jugador pasivo, es mirón perpetuo: cuando hay quien se la dé, pide la barata. El garito es la quiebra de la honra y la felicidad: caer en él es hundirse é ir á sa ir al otro lado, donde infamia y desdicha le reciben á uno con los brazos abiertos. Judas vendió á su maestro para jugar: Judas fue jugador; el jugador está siempre en potencia propincua de vender á maestros y condiscípulos: ora provenga de la humillación, ora del delito, el tahur quiere dinero: pide; si no le dan, roba: hombre desventurado!

Este vicio es el de los incurables; Jesucristo no lo remedia. Propongo esta impiedad con un hecho por fundamento. "Señor, estaba diciendo un hombre, hombre viejo y de cuenta, postrado ante un crucifijo, inundados en lagrimas los ojos; señor, estoy arrepentido, estoy reformado: me has oído; gracias, gracias te sean dadas. Ya no juego, ya no jugaré. El juego, lo aborrezco: bienes paternos, dotes de mi mujer, nada existe; mis hijos sin estudios, mis hijas sin el arreo de su clase: yo miserable, ah, de mí, fuera de casa todas las noches: llaman al salterio, y no salgo aun

del garito. disputas, pendencias, riñas declaradas; tiros muchas veces, y puñal no pocas. Estas pestañas caídas, estos lagrimales comidos, estos párpados irritados, juego es todo: esa lámpara criminal, esa luz del infierno me deshonran, me matan: protégeme, sostenme: ¿jugar yo? la muerte mil veces." Y llora que llora el pobre viejo.

En este punto un echacuervos ha entrado al cuarto *pian pianino*, se le ha juntado de puntillas, y con la voz y el modo de la serpiente, la serpiente aquélla, esa de marras, le está diciendo sobre el hombro: "Señor don Francisco, esta noche se rifa una mula de provincial: negra, herraduras de plata, vuela de paso." Sorprendido por el demonio el reformado, chispeantes los ojos, vuelve la cabeza · ¿ Cuánto es la puesta? Doce pesos. Cuenten conmigo. Y se levantan dándose una gentil pechada, para designar su firme persona. Vamos á ver, cuál pudo más, el crucifijo ó el enviado de las tinieblas?

Juego, concupiscencia y embriaguez son los tres vicios que pudieran llamarse capitales: el juego arruina, pero no socava de contado la parte moral del hombre: concupiscencja y embriaguez van á estrellarse contra el entendimiento; el espíritu y la salud son sus víctimas. He leído en un autor celebérrimo de medicina que una gota de simiente humana vale por una onza de sangre: la esencia pura, esencia primorosa de las sustancias nutritivas, sacada por un sabio invisible en el laboratorio de nuestro cuerpo, no es riqueza de prodigar, porque ni se repone fácilmente, ni lo repuesto es de los propios quilates que lo perdido. Cómo el derroche de esta sustancia material acaba por destruír la inteligencia, es uno de los arcanos de la naturaleza: el alma recibe golpes funestos de los abusos de la carne: por la vía de los placeres vamos inconscientes á la sepultura.

Ciertos insectos quedan muertos en el acto de la generación: su vida ha sido traspasada á otro sér, qne existirá cuando su generador sea partícula invisible de la nada. El hombre es insecto grande: muere por las mismas causas que la mariposa, sin más diferencia que él muere lentamente: el fruto de la vida es la muerte. Ley rigurosa de los seres terrenales, no nos perdemos por el cumplimiento de ella, sino por el abuso: en tanto que giramos dentro de sus términos, por la órbita de la necesidad y la razón, no hemos

incurrido en la pena del vicio; mas al punto que tomamos más de lo que nos corresponde, perdidos somos. Las minas se agotan, los volcanes se apagan: y el hombre, el hombre ¿ha de ser inexausto en su pobreza? Los ángeles viven sin fin, por que no están sujetos á los sentidos: la inmortalidad es casta; sus placeres se desenvuelven en el seno de la luz eterna, de donde nacen la gloria y las santas generaciones que rebosan en la mansión divina. Próculo no ha sido útil de ningún modo al género humano; ese poder suyo de desflorar cien vírgenes en quince días, es infructuoso: á Newton le ha confiado la sabiduría los misterios más recónditos del universo: Newton murió inocente como un niño. En esta materia la ignorancia es más viciosa que la instrucción: si todos supieran que los peores achaques de que adolece el mísero del hombre provienen de la incontinencia, menos ayes vergonzosos se oyeran por el mundo. La alegre Hijia tiene relaciones ocultas con la pura Vesta: castidad y salud se dan la mano.

Pues la embraiguez? Vicio infamante, como todos, es el peor de todos, por cuanto pervierte la razón y hurta á la locura sus más feos perfiles. Cólera, furor, inverecundia, de ella nacen; sin contar con los estragos que hace día por día en la organización física del mísero que la lleva adelante. Bien como el opio es el azote de ciertos asiáticos, así los licores fuertes son la caída de los pueblos del occidente. El cerebro, en erección preternatural y continua, está desviado de sus funciones: el estómago padece irritación crónica, y rechaza el sustento necesario de la vida: los nervios se aflojan, pierden su resistencia: el corazón, minado de día y de noche, ya no goza, ni de la sensibilidad exquisita con que le dotó la madre naturaleza, ni del amor que era su dicha: los sentidos se entorpecen; el ebrio de costumbre ve dos donde no hay más que uno, oye lo que no suena, pisa en vacío, y da con el triste cuerpo en el suelo. Al borracho no le incita la hermosura: los impulsos inapeables que nos arrojan violentamente á las heroicidades del cariño ciego, son brisa muerta en él: los licores espirituosos han metido fuego á sus pasiones y las han vuelto cenizas: el bebedor no tiene que hacer en Chipre ni en Citera. Hombres que con el uso cabal de su razón hubieran estado para una buena ó grande obra, privados de ella, caen en mal caso. Bo-

rracho no es sino loco; y tanto más sin ventura, cuanto su demencia es voluntaria. Si el ébrio es tan inútil, ¡qué digo inútil! si el ebrio es tan perjudicial como persona particular, como individuo privado, ¿qué no será en cuanto ministro de justicia, en cuanto gobernador de un pueblo? emperador, rey borracho ¿qué será? ¿quién le sufrirá? Príncipe bebedor pierde sus fueros: embriaguez es renuncia voluntaria de la corona, porque embriaguez constante y locura son una misma cosa. Felipe II tuvo encerrado á su hijo hasta la muerte, por violento y malo: violento y malo es el borracho. El pretendiente al trono de Inglaterra, conde Albany, fué excluido, y aún perdió su esposa, su adorada Aloysia, por borracho: el Papa los separó. El antecesor del viejo Guillermo, Emperador actual de Alemania, se vió obligado á abdicar, por enfermo de la cabeza; y sabido es que beber y perder la cabeza son una misma cosa. Sólo nosotros tenemos obligación de tolerar presidentes bebedores, ebrios consuetudinarios que suplen con la embriaguez lo que les falta de inteligencia. Dicen que el hijo de Agripina traía de continuo á los ojos un enorme carbunclo, con lo cual todos los objetos se le presentaban como bañados en sangre: el coñac es el carbunclo de Nerón: el que lo usa por costumbre, trae á los ojos ese rubí fatídico que está condenando á muerte á las dos terceras partes del género humano. Furor es lo primero en el que bebe: razón, justicia reportamiento, al vuelo han huido de ese hombre viudo de su alma: el borracho no es sino cuerpo; cuerpo con vida magnética ingerida por el sabio de las sombras, ese que sugiere maldades y aconseja sacrilegios. Si la familia cuyo padre da en beber es perdida, ¿qué será de la Nación cuyo Presidente, cuyo general en jefe son ebrios consuetudinarios? Es también perdida; más que perdida, infame; pues debe poner término al predominio de esas bestias cuando feroces, cuando risibles, que no saben lo que hacen, ó adrede hacen lo peor.

Qué liga la de los vicios, qué liga! "Ustedes me sostienen á mí, yo los sostengo á ustedes," les dice Ignacio Veintemilla á sus jefes, sus oficiales, y sellan el pacto cada día con botellas destapadas y vaciadas en un verbo. Ese hombre sin ventura no alcanza más arbitrio para abrirse paso al corazón de sus semejantes, que el licor: entra un mi-

litar, una copa: entra un civil, una copa: entra un eclesiástico, una copa: copa al ministro juez, copa al canónigo, copa al Obispo: desgraciado del diplomático que entra á esa taberna condecorada; copa le ha de dar, y no solamente copa, sino también cantaleta; pues le muele el moledor en el molino del vulgo: "Acabe, acabe." ¿ Qué toma usted? le dijo á uno que entraba á su casa por la primera vez; ¿ coñac, italia, pisco? Tomaremos de todo, excelentísimo señor, respondió el truhan, que era de esos que pueden arder en un candil. Y tomaron de todo, toda la noche: *Nocte pluit tota.* Al otro dia vino á casa el pillo inundado en risa: Don Juan, anoche le hemos dado un trasquilón al Mudo, bebiéndole más de media bodega. ¿ Le hicieron bailar? No había señoritas quienes alentasen; mas yo tengo vistas por ahí seis ú ocho pirujas que le hagan volver al regosto del *arrayan*, que es su delicia.

Jugar, comer, beber, dormir, hé aquí la gobernación de ese gran Presidente, Lincoln de Sur-América. Habríamos jamás temido que Sardanápalo se levantase, rompiendo con la cabeza el mundo de pesada infamia que doscientas generaciones han amontonado sobre su sepultura? Pues se ha levantado; allí está con facultades extraordinarias: "Come, bebe, diviértete: lo demás no es nada," ¿ no es ésta su divisa? Come, bebe, se divierte Ignacio Veintemilla, y hace algo más que Sardanápalo primero; arma del puñal nocturno á sus sicarios, y les manda: A ese! Sardanápalo ha ganado en prendas y facultades con tres mil años de pudrición y podredumbre.

En un pueblo que yo conozco hay un borracho que es dictador perpetuo de la plaza: su voluntad soberana no sufre contrarresto: interjecciones mal sonantes, voces subversivas, injurias públicas y privadas, de todo hay en ese hervidero de insolencias. Hombres cuerdos, mujeres castas, niñas inocentes están oyendo horas enteras á ese loco atrevido, y nadie le dice nada. Harta de desvergüenzas al que por ahí se asoma, tira piedras, juega el palo, arremete al que va á pasar: señor inmune, testa coronada, allí se está arramblando la moral y las buenas costumbres. Vivan los principios! grita; viva la libertad! y hace uso de ella. Dichosos los pueblos libres.... Mas yo digo: si se tiene libertad de embriaguez, de vilipendio, de perturbación pública,

¿la policía no tiene libertad de represión? Si él es libre para salir borracho á la plaza, ella debe serlo para echarle mano al coleto. Mas no es así: en país donde las garantías individuales son cosa real y efectiva, el individuo no admite restricción para las suyas. De forma que si, así como hay uno ó dos borrachos públicos, hubiera veinte, cuarenta ó mil en ese pueblo, y todos ellos salieran á la plaza á hacer de las suyas, ¿la policía estaría obligada á respetar las garantías individuales de los borrachos? Las de los cuerdos, los morigerados, los de buenas costumbres violadas son por ellos: sea por amor de Dios y los principios. Yo le oí á un Ministro Plenipotenciario de una República libérrima; le oí con estos oídos que se han de volver tierra: "No hemos de parar hasta no ver establecida la autonomía individual." El establecimiento de la *autonomía individual*, dando de barato que algo signifique esta monserga en dos palabras, sería la abolición de las obligaciones mutuas y de los derechos de la sociedad humana. Los bárbaros mismos, en sus bosques, están unidos con ciertos vínculos que, si no son leyes, son costumbres: *la autonomía individual* no reconoce leyes ni respeta costumbres. Trepar con mil fatigas á la cúspide de la civilización, para vernos allí hombres en estado de naturaleza, no me parece triunfo de la libertad ni los *principios*. Por dicha los sensatos abundan en el país de ese loco, para que vengamos á lastimarnos de su suerte. Admirando estuve poco ha el que un pueblo mediano tolerase á un borracho de profesión; y no admiro el que una República entera sufra la dictadura de un borracho, y aguante indefinidamente esa carga infamadora.

Memento Sardanapali, acuérdate de Sardanápalo: sí, no le olvidemos. A la una de la tarde aún no se ha levantado Ignacio *de* Veintemilla; levántase á las dos, con lo cual da á conocer que ha pulido su educación. En París se levantaba á las tres, ni un minuto ántes; salía á las cuatro, y que le busquen en Ginebra. Volvia á las cuatro de la mañana, se echaba, y que se hunda el globo terrestre. A las doce del día saca la cabeza por entre las cortinas: mal despierto aún, los ojos están envueltos en una capa de pereza: el pelo caído hacia la frente; la nariz arremangada; el pescuezo al aire, semeja el de un buey desollado. Abre la boca; de ella sale una como voz humana: pide su

pienso, come: pan sobre pan; manteca, mantequilla, con los dedos por las esquinas. El agua no es suya, ni para beber, ni para lavarse. He allí que cae sobre la almohada nuevamente: labios, dientes, sucios: ya está roncando, abiertas las mandíbulas, que son la ratonera de la casa. Así el caimán se huelga orillas del Orinoco en los bancos de la tierra; así acuden ciertos pájaros amigos suyos á arrancar las tiras de carne que se le han quedado en la dentadura.

En Quito duerme como Presidente, nada tiene que hacer: levántase á las dos, almuerza, no ya café, sino carne en veinte formas, vino de diez clases. "Ni cuando era pobre me faltaba el vino, dijo una ocasión que la imprenta le afeó su intemperancia: ménos ahora que Dios me da más de lo necesario." Ya almorzó: sigue la cerveza, ahora reina la cerveza: coñac, mallorca, diáconos que ayudan á esa sacerdotisa de la embriaguez. Son las siete de la noche: el nuevo Tito no ha perdido el día: dos cajas de licores vaciadas; dos ciudadanos desterrados; un clérigo al calabozo; un hombre del pueblo metido en el hospicio de orates, por ciertos palos excelentísimos; quinientos pesos perdidos al juego la noche anterior, hoy se han repuesto con mil; allí á la mano está el Tesoro. Son las siete; á comer: los grandes comen de noche: carne y recarne. vino y revino. Oh sublime devorador, bendito seas! ¿A qué hora, de qué modo digieres ese montón de animales muertos? Para cada comida ordinaria de Antonio se derribaban doce jabalíes, pero él no se los comía íntegros. Café, *plus* café ó sobre café; ¿qué más? Ya comió, ya comieron los grandes: las mesas de juego están allí, repartidas por la sala: hanme dicho que son siete ú ocho: su sala es un resúmen de garitos. La mesa principal desde luego, donde juega el rey con los altos dignatarios de la corona: mesa para sus jefes; mesa para sus edecanes; mesa para sus deudos; mesa para sus amigos: todos juegan: el rey preside el juego general, con esa cara, ese aspecto de padre de casa de mancebía. Sólo el número 5 le falta en la puerta de calle á ese plantel de prostitución. Nunca y nadie ha jugado á secas; preciso es humedecer las trampas con el brandy animador. A media noche, borracho él, borracha su gente, cien ojos están relampagueando como piedras preciosas de la infamia; y siguen bebiendo, y de este modo va adelante la prosperidad

de la República. Desgraciado del hombre de bien que le incite la memoria á cualquier hora del día: le come el corazón con sus dientes, le empaña el alma con su aliento: mentiras, calumnias é improperios, en ciego tropel, se amontonan en sus labios: ¿es tonto? ¿es loco? más que todo, es perverso. Si el talento y la virtud cayeran en sus manos, rugiera de placer, como tigre dichoso.

Las tres de la mañana: reyes y emperadores se acuestan á las tres; un prohombre como él no puede ir á la cama á prima noche: ya duerme, ya está muerta la gran bestia. ¿No hay diputados de la Nación, no hay convencionales que guarden ese sueño augusto en respetuosa vigilia, y estén prontos á alzarle las botas cuando él se las pida dentro de doce horas? Que este garañón lo pase con *su Ministerio* como lo pasa, no es lo que me irrita; que de un cuerpo tan respetable como el Poder Legislativo haya hecho una gazapina á fuerza de empleos y aguardiente, esto es lo que hombres de buenas costumbres y patriotas llorarán hasta el último día de la virtud y la república. Miéntras haya Córtes, Parlamento formado de hombres de bien y templanza, no hay tirano cabal en una monarquía: libertad y dignidad, encastilladas en su sagrado recinto, no están heridas de muerte. Asimismo en una república, en tanto que el Congreso sirve de freno al sarjentón que ordinariamente es amo de ella, no están del todo perdidas instituciones y garantías sociales. Mas si los representantes de la nación se convierten en fautores; digo más, en rufianes del quídam sin luces ni virtudes que por desgracia se ha engarabitado en ella, ¿qué le queda al pueblo sino estar balando como oveja, ó rugir como león y echarle la garra al delincuente?

El Poder Judicial es todavía más santo que el legislativo en pueblos sobre los cuales la civilización derrama su luz inextinguible: puede ocurrir un desacato contra el Parlamento en Alemania ó en Francia; contra la alta Corte de Justicia, nó; ni habría cuando, pues el gobierno civil permanece ajeno á los asuntos del juez, cuyas facultades giran en órbita apartada de la gobernación política. ¿Se ha visto nunca á la reina de la Gran Bretaña ni al emperador de los franceses ingerirse en lo perteneciente á los tribunales de

justicia, conminar á sus ministros con penas arbitrarias, y castigarlas una por una, si la sentencia no cuadra con sus deseos? La Corte Suprema es la corporación más augusta de cuantas reconocen nuestros Estados democráticos: Poder independiente, no recibe inspiración de nadie, ni está sujeto á veedor; sus actos son obras de sabiduría, sus resoluciones dimanan de esa deidad que tienen en la diestra la balanza en uno de cuyos platos van cayendo desafueros de los hombres é insultos al derecho de todos. Témis es soberana: se aconseja de Minerva, pero no recibe influjo exterior, ni los señores de la tierra se dan por lastimados por sus decretos. Mínos, Eaco y Radamanto son la trinidad que á lo largo de los siglos están simbolizando, tanto la inflexibilidad como la omnipotencia de la justicia.

En un calabozo húmedo y oscuro está un hombre agachado sobre sus enormes grillos: seis meses lleva de prisión; mas la libertad, la dulce libertad, se le acerca en alas de la justicia. Absuelto ha sido por los tribunales de primera y segunda instancia del delito que se le imputa: su causa está en la Corte Suprema; el último día de su martirio ha llegado. Tristeza en su semblante, palidez mortal en su rostro, dan á conocer que ha padecido mucho en el tormento. Negra la vestidura, abotonada humildemente hasta la nuez, diciendo está que ese hombre es sacerdote. La corona, medio borrada, no es ya la santa placa que infunde veneración. El vientre inflamado, las piernas hinchadas á fuerza de quietud y prisiones, el recluso va á morir: castigo antes de sentencia, he aquí el flujo de la maldad y la ignorancia apoderadas. Si ese hombre es absuelto, los males que ha padecido ¿quién los remedia? de los perjuicios que ha recibido ¿quién le resarce? Pena sin delito, secreto de la tiranía. La Corte Suprema da su fallo, le absuelve de culpa y pena: ¡loado sea Dios que así mira por sus criaturas! Vuelve, vuelve, infeliz, á la luz que te robaron, al aire de que te privaron hombres inícuos. ¿Tienes madre? corre, tírate de rodillas, recíbela en tus brazos: sus bendiciones, sus lágrimas de gozo te vuelven salud y fuerzas, te imprimen alegría. ¡Oh beatitud inefable esa del amor puro, esa que para el buen hijo fluye á torrentes del seno de la madre virtuosa! Su hijo ha sido absuelto; la buena señora, dando gracias á Dios, le tiene ya contra su pecho.... ¿Contra su pecho? Los gri-

llos están como carne con carne en los piés del sacerdote: el malhechor público ha declarado que la sentencia de la Corte no vale una chita, y que en el calabozo ha de morir el triste, sino firma el papel que él le presenta, si no canta la palidonia, ó más bien, si no jura el santo nombre de Dios en vano, llamando mentira la verdad, día la noche. En cuanto le animó el fallo de la justicia que esperaba, fuerte fué el preso, firme se mantuvo el encadenado; desvanecida esa esperanza, se le caen las alas del corazón, flaquea el pobre clérigo. La firma ó la vida le han pedido: guarda la vida, entrega la firma. Firma el infelice diciendo lo contrario de lo que ha dicho. Dijo ayer que Ignacio Veintemilla había mandado envenenar al arzobispo de Quito; hoy sostiene que su excelencia el presidente de la República, lejos de tener parte ninguna en ese crimen, no ha omitido diligencia para dar con los criminales. Poniéndole sus dos firmas contradictorias á los ojos, ¿qué dijera el huésped eterno del calabozo? Dijera, ya lo ois: El primer escrito fué obra mía, resultado de mi juicio y mi convicción; escrito dado á luz voluntariamente en pueblo extraño, bajo el amparo de sus leyes: el segundo no es obra de mi conciencia, más áun de mi verdugo, que me constriñe á suscribirlo el puñal al pecho. Flaco es el hombre, fuerte el amor á la vida: oh vosotros que me llamais infame, poneos en mi lugar; ¿cuál es el héroe, el santo que se quede á espirar en el martirio, ántes que entregar su nombre?

Yo siempre le he disculpado á ese eclesiástico sin ventura: es como él dice: de entre los clérigos, los godos que le llaman infame, ¿cuántos hay que hubieran preferido la muerte en los grillos, á firmar el papel que le presentaban los correveidiles del malhechor omnipotente? Ni uno, de seguro; antes muchos de ellos no hubieran esperado siquiera la sentencia definitiva. Virtud subida es esa, heroicidad inapeable que están para almas del temple de la de Eloy Alfaro. Este hombre salió del *Infiernillo* en brazos ajenos, medio muerto ya: la oscuridad le había enflaquecido, las cadenas le habían devorado. Ignacio Veintemilla quiso arrancarle, en cambio de la vida, un documento contra Juan Montalvo: cuando fueron los trotaconventos á solicitarle al preso, éste le llamó infame á boca llena, y se quedó á la

muerte. ¿Qué obligación tiene un pobre clérigo de ser como Eloy Alfaro?

Esto cuanto al reo; ahora veamos cuanto á la Corte. La Suprema confirmó el fallo de los tribunales de primera instancia, le declaró al sacerdote libre de culpa y pena. Por menguados y prostituídos que fueran sus vocales, no les hubiera sido dable obrar de otro modo. En realidad no había delito; no lo había, en cuanto los perpetrados fuera de su jurisdicción no surten su fuero. Ignacio Veintemilla no le hacía juzgar al clérigo por conspirador, sino por *calumniador*. Caballero sobre un corcel fogoso, blanco al igual del que montaba el apóstol Santiago en las batallas contra los moros, le habían visto al presbítero guerrero yendo y viniendo por las faldas del Pichincha. La cruz, no la maravillosa estampada en la bóveda celeste á los ojos de Constantino sino la material y palpable, era la insignia de la santa revolución. Dios es con los cruzados, ya les cae del cielo la victoria. Mas como por desgracia el cielo se arrima casi siempre al mayor número, el ejército de la religión mostró las herraduras, y que le echen un galgo. Esto no es de ahora; rancios católicos lo dan firmado. No los juzgais heterodojos á los españoles antiguos, yo presumo? pues oidles, si gustais, ortodojos de mi tierra:

Vinieron los sarracenos
Y nos molieron á palos;
Que Dios ayuda á los buenos,
Cuando son más que los malos.

Los sarracenos de la tia Cornelia fueron más que los cristianos de don Antonio, y los molieron á palos. El apóstol Santiago mismo no hacía el milagro sin meterse de hoz y de coz en la batalla y exponer el pellejo; mas los católicos del don Antonio quisieron que Dios se lo pelease todo, y él no les dió gusto, porque abomina á los tontos, y no está por la sociedad leonina. Sea de esto lo que fuere, el clérigo estaba allí, no lo niega: más no fué esto lo que le escoció al sarraceno mayor, sino el que le hubiese dado *del jumento, del plebeyo, del cobarde*, y más títulos con que suelen favorecer á sus enemigos barbas tan honradas como un acendrado católico. Dijo también el cura de misa y guerra que *e*

mudo Ignacio Veintemilla era el envenenador del Ilustrísimo Arzobispo; y sobre esto cuartel, grillos y muerte segura, habiendo el bellaco presidente atraídole á sus manos con salvoconducto falso. Si envuelve ó no calumnia el llamarle envenenador á Ignacio Veintemilla, no es mio el averiguar; mas el clérigo lo había dicho y publicado en Colombia, y no pudo ser juzgado en el Ecuador por actos que no eran delitos en donde acontecieron Ley de la República es la libertad absoluta de imprenta; y he allí un bobalicón que manda levantarle auto cabeza de proceso en su casa por acciones legalmente inocentes verificadas en ajenos países. Un sabio *in utroque juri*, como Ignacio de la Pandilla, no es reo sino de ignorancia en este caso: quien no sabe leer, ha de entender de derecho de gentes, derecho civil ni Juan derecho, ó niño muerto, como dicen en España? Él pensó que podía mandar condenar al último suplicio á uno que en Rusia le hubiera llamado tonto, y lo hizo juzgar. Los tribunales de justicia vieron el asunto en otro aspecto, y declararon no haber delito. Sabido es que los franceses, para combatirse de persona á persona. ganan el territorio de Bélgica, á fin de no ser perseguidos judicialmente en Francia; pues aun cuando las costumbres toleran el duelo, las leyes lo prohiben. En este concepto la Corte Suprema puso en limpio la maraña del clérigo y el Mudo, y declaró, como queda dicho, no haber delito: corriente y moliente.

Pero no fue corriente ni moliente el vil aguante de la mencionada Corte, esa humildad con que echó á pedirle perdón al malhechor público, cuando éste le hubo castigado su justicia con suprimirle el sueldo, irrogando de este modo agravio irreparable á una corporación ilustre, y pervirtiendo la moral, fundamento de la sociedad hamana Que Ignacio Veintemilla se hubiese estrellado contra un tribunal eminente, no fue mucho, supuesto que nos hallamos acordes en el dictámen de que los móviles de sus acciones son puramente físicos; pero que todo unos Oidores, entidades grandiosas en la República, hubiesen puesto á los piés de un idiota la justicia, diciéndole: "He aquí, señor, nuestra conciencia, nuestra honra y dignidad; haced de ellas lo que fuéredes servido, pero devolvednos nuestro sueldo"; esto es lo que admira y aflije á hombres que, huyendo de esta Sodoma de la política, vuelven los ojos cargados de esperanza

al templo de la justicia. ¿Quién se fiará en adelante en la integridad de esos Radamantos en'odados, cuando vaya del interés del verdugo presidente? Cuando se quedaron en la Corte, contrajeron con él un tácito compromiso de imprimir la fuerza de su voluntad á sus sentencias; de otra suerte, como hombres de bien, jueces inflexibles y ciudadanos honestos, hubieran dicho: Suprimirnos el sueldo es imponernos multa, porque no hemos fallado á su antojo; es castigarnos la justicia: no quiera Dios vengamos nosotros á ser los fautores que éste necesita para el reinado de la iniquidad y la violencia." Y echando ahí la toga, como reyes ofendidos, hubieran ganado el hogar, iluminados por la resplandeciente pobreza que mantiene é ilustra á los hombres de buen corazón y alma grande. Que *la codicia se arroje al mar*, que *la ambición se ría de la muerte.* no es del todo malo; eso indica atrevimiento y valor. Codicia que se arroja al mar, ambición que se ríe de la muerte, en el umbral están de las virtudes: codicia que se arroja á las plantas de un malvado, ambición que se echa al rostro manadas de estiércol, son vicios que matan al hombre y le sepultan en la vergüenza. Y he aquí los sustentáculos de la tiranía: sin estos viles que pasan por todo, estos buscavidas condecorados, ministros de prostitución y servidumbre, antes que de justicia, los pícaros irían quedando solos, y al fin, por falta de pared donde se arrimen, ciegos, con paso torpe se despeñarán al abismo. Mas si Congreso, Corte Suprema de Justicia, ciudadanos de cuenta le ofrecen la espalda, puestos de uñas contra el suelo, para que el irracional bordado de oro esté subiendo al solio cada día, ¿cómo no se ha de prolongar, cómo no se ha de perpetuar el reinado del crimen y la barbarie?

Si los ministros de justicia son peonzas con que Ignacio Veintemilla enreda y se divierte, cual otro Galerio que se descuartiza riendo al ver devorar cristianos sus osos amigos, ¿qué no hará de los oficiales de la instrucción pública? El Rector de la Universidad es persona de mucha cuenta en donde quiera que algún miramiento alcanzan los estudios, el ejercicio de la inteligencia y la sabiduría. Ese plantel venerando que se llama Universidad, es institución tan elevada, que los reyes mismos no se atreven á visitarla sino con el sombrero en la mano. La Universidad ha vuelto célebres á ciudades cuyos nombres suenan como el resúmen

de los conocimientos humanos y la iluetración de un pueblo: la Sorbona, en París; la Universidad de Salamanca, en España, son unos como Estados literarios que gozan de exenciones é inmunidades. Los Abelardos, los Budeos no salen del cuartel; y á éstos nadie los arrastra á un calabozo por leve ó ninguna causa; ántes los reyes se paran delante de su retratos y sus obras, y, descubiertos, están rindiendo pleito homenaje á la sabiduría. Así Felipe III, quitada la gorra, se dejó estar una buena pieza en presencia del Tostado en la Biblioteca de Valladolid. Ignacio Veintemilla acaba de sepultar en una mazmorra de cuartel al Rector de la Universidad de Quito, de mano poderosa, sin auto de juez, ni siquiera motivo verosímil. El Rector de la Universidad se había rehusado á jugar y beber con él en su casa de prostitución; y, sobre que ha corrido las calles un papelucho ruín, al cuartel ese magistrado: quién puede haber escrito la quisicosa sino el Recto? Incomunicado, hay más que decir, cual reo de delitos grandes! Y consta en la Constitución el artículo de la libertad de imprenta; pero que no constara, ¿cuál es el cargo? ¿quién es el juez? ¿dónde está el juicio? Parte interesada, fiscal, tribunal, todo es Ignacio Veintemilla; y no contento con ser la sola y única persona de esa trinidad grandiosa, es también ejecutor de sus propios fallos, ministro de sus venganzas, verdugo de su patria y sus mejores hijos. ¿Qué República, qué democracia, qué gobierno es ese donde ni Corte Suprema de Justicia, ni Universidad, ni imprenta, ni altar, ni leyes están en cobro de los arranques insensatos de un hombre sin letras, nociones de moral ni rudimentos de política? Siempre sobran ruines en las ciudades populosas, para que vayamos á buscar entre los hombres de pro los autores de obritas despreciables. El que á media noche va á pegar en la estatua de Pasquino esas líneas disfrazadas que rebosan en agravios, no es el Rector de la Universidad de Roma, sino un poetastro obscuro del Trastebere. La malicia de los tiranuelos bajos y sin pundonor es achacar á los hombres de más viso las obras que pudieran acarrearles mala fama, si el pueblo estuviera pronto á dar asenso á sus detractores. La guerra que suelen hacer buenos patriotas es á pecho descubierto: si quieres saber quién te ha herido, oh tú, enemigo de todos, arráncate el venablo que tienes en el cora-

zón, y lee allí su nombre: ¿"Asterio ha lanzado esta flecha mortal á Filipo"? Cuántas veces el torpe Veintemilla ha hecho por que mi crédito venga en diminución, atribuyéndome obritas de cualquier truhan; pero mi nombre está grabado en mis flechas, y con ellas en el corazón mueren tiranos y tiranuelos: díganlo García Moreno y *El Cosmopolita;* díganlo Antonio Borrero y *El Regenerador*. Lo dirán también Ignacio Veintemilla y las *Catilinarias?*

Mas fácil es perdonar la crueldad que la mala fé: mucho, mucho hacen en su propio favor la franqueza y la arrogancia, aún cuando tengan entre manos la ruina de sus semejantes. Ese flujo por la mentira, ese segunda intención que los menguados sin conciencia dejan ver en obras y palabras, son proceso contra ellos mismos, y todos los sinceros, los dignos son jueces que los condenan á la ignominia. Presentóse una vez Ignacio Veintemilla en una casa, y echando mano á la faltriquera, dijo; "Hemos salido de dudas; Montalvo es el autor de *la hoja suelta:* su impresor lo denuncia; he aquí la carta." Esta diligencia fué repetida con cuantos quisieron oirle, hasta cuando el impresor calumniado dijo por la imprenta: "Es falso que yo hubiese escrito al General Veintemilla sobre ninguna materia; y ménos revelándole cosas que no están en mi conocimiento." El falsificador se quedó con este bofetón del impresor: el sohombro enlodado le dió de lleno en el rostro: mirad esa cara abrutada, cara de animal inmundo, tras la sangre y el cieno que le están chorreando á las marmellas. Si él había hecho fingir la denuncia, ¿qué había de decir el infame? Y ni en cabeza propia escarmienta este relapso de la mentira: no ha mucho hizo comparecer en su casa al Presidente de la Corte Suprema: "Eloy Alfaro, le dijo, ha puesto en mis manos las cartas del hermano de usted; cartas que le condenan como á conspirador." "Sea servido vuexcelencia de manifestármelas" respondió el Presidente de la Corte." "Las he dejado por olvido en Guayaquil," replicó el indigno. El indigno estaba calumniando, tanto á Eloy Alfaro como al hermano del juez; no tenía tales cartas. Bien lo sabía su interlocutor, y en su conciencia le estaba llamando *infame;* pero le faltaba valor para traer á los labios ese ímpetu del alma. Ignacio Veintemilla no sabe leer ni escribir, y tiene cartas para todo: para difamar á un hombre de

bien : aquí está la carta. Para acusar á un inocente : aquí está la carta. Para imponerle mu'ta á uno : aquí está la carta. Para desterrar á otro ; aquí está la carta. . Malhechor más vil y cobarde que éste, no hay en la tierra. García Moreno no tenía cartas para nada ; todo lo hacía con su propia fianza, sin dar autores de cargos ni delaciones ; este bribón no quiere responder de nada : todo se lo dicen, todo se lo escriben, y nombra las personas con cuya mano quiere meter el cuchillo.

No extrañaría yo que, si estas noticias llegaran á oídos de los estudiantes de Lima, Santiago, Carácas ó Bogotá, curiosos de lo que les pertenece me hicieran esta pregunta : Y los jóvenes de la Universidad de Quito qué han hecho, si gustais, señor don Juan ? Yo me quedara muerto, y no respondiera más que uno que nunca ha hablado, por no traer á menos la generación en la cual finca la patria su esperanza. Esperanza ! ¿ la llenarán, ésos ? Lo que han hecho ha sido dar á luz un papelucho como una hoja de peral, justificando y ensalzando al obscuro apagador de la civilización, y poniéndole las manos para que, "Por Dios, por la Vírgen," ponga en libertad á su Rector.

Tenía yo no ha mucho un sirviente medio mudo, el más gran bellaco que pueda tocarle en suerte á un desterrado. Para el pan, el vino, un Lazarillo de Tórmes ; para la bolsa, un Rinconete ; para trazas y trapazas de más cuenta, un Escudero Márcos de Obregon. Pero humilde como un San Buenaventura, y adicto á mí como si él me hubiera criado. Nunca pasé ni pude pasar de palo y medio con él, ni en sus embustes mayores de marca, pues al primero ya estaba á mis piés el mezquino, echando unos lagrimones como cuentas de vidrio, y llamándome *su padre*, *su Benefactor*. Pues no han hecho los estudiantes de Quito con su mudo, sino lo que el mío hacía conmigo : dales ése más de palo y medio con quitarles el Rector, y ellos no descubren otro expediente que echarse á sus plantas, llamándole *su padre*, *su benefactor*, y pidiéndole "por Dios, por la Vírgen" que les suelte á su maestro. ¡ Y digo si el papelucho es obra de canallas ! El Excelentísimo señor Presidente es un prohombre : elevado, justo, bueno. Si algo ocurre de malo, no es cosa suya, sino de algún pícaro que le engaña. Todo esperan de él los ecuatorianos, todo : no quieren sino que

ponga en libertad al Rector, y suyos son para toda la vida. No es él, ah, no es él; él es ilustrado, equitativo, respetable; son *las víboras* que le rodean. He aquí las hazañas de hombres hechos á la servidumbre, á quienes ni favorece el valor, ni ilumina la verdad. En pueblo semejante, será poco si Ignacio Madruñero no reina quince años, á guisa del amo y señor á quien ha heredado una República.

Y no es todo: al respaldo de ese impresito infame han puesto sus autores de letra de mano unos renglones en que apuntan lo contrario de lo que dicen por la imprenta, y me lo han remitido, pidiéndome "por Dios, por la Vírgen" que castigue este nuevo delito *del infame Veintemilla*, dicen. Al un lado del papelucho, es recto, al otro inicuo; al un lado bueno, al otro perverso; al un lado nada hace él, al otro todo es obra suya; y "por Dios, por la Vírgen," tome á pechos este asunto, usted que no tiene miedo; que si ellos no lo tuvieran tampoco, vería usted si le ajustaban la golilla.

Yo presencié desde mi balcón una vez una batalla campal entre dos truhanes: á los cuatro porrazos, tomó las de villadiego el menos bravo, y en tanto que las afufaba, iba diciendo: Da gracias, pícaro, que no soy valiente; que si lo fuera, ahora vieras sino te hacía cantar el *kirieléison*.

Dante Aligheri compuso ya la Divina Comedia; Balzac ha compuesto la Comedia humana: Hoffmann, arriba en su cuarto piso, mirando y siguiendo al género de los mortales. pasaba al papel cuanto veían sus ojos en la calle. Nadie suponga que yo imagino estas aventuras, por venir al pelo de mi intento: mientras está mi frente alzada á la bóveda celeste, con el rabo del ojo estoy pescando en la tierra: en la Divina Comedia el mundo es el primer galán Es culpa mía si tengo tal cual brizna de observador, y si aplico la vida real á la moral?

Las manifestaciones públicas de los estudiantes son notificaciones que dan en que entender á los gobiernos, donde quiera que los jóvenes son gente de sangre en el ojo y barraganes de pelo en pecho. León Gambetta, actual presidente del Cuerpo Legislativo en Francia, era, no ha más de quince años, esforzado guión del barrio latino. Donde Gambetta alza la voz, *la legión* está siempre á punto: si pro-

testas, si reclamos, llévase todo á cima con audacia y valor de mozos que tienen la mira puesta en *la república* y en los asientos más encumbrados de ella. La suerte de un pueblo está en manos de los jóvenes : los estudiantes son elemento del porvenir. ¡Qué es, mi Dios, ver á los universitarios de las ciudades de Alemania afrontarse con la fuerza armada, medirse con ella y dejar enhiesto el pendón de su alta clase! Los estudiantes tienen fueros ; quien los lastima, verá comunidades : vuela el sombrero por el aire, rueda el libro por el suelo ; que turbión es ese que baja llenando la calle y va á pasar el puente? La tropa de línea está allí, al otro lado: bala en boca los infantes, sable al hombro los ginetes, tienen orden de contemplar á los estudiantes hasta el último extremo. Allí, en esa muchedumbre de levitas negras, están los sabios, los hombres de Estado ; allí los generales, los ministros ; allí los marinos, los descubridores ; allí los millonarios, los banqueros ; allí los jurisconsultos, los médicos ; allí los sacerdotes, los apóstoles ; allí los escritores, los poetas ; allí los grandes hombres del porvenir, la flor de los franceses : atropellarlos, matarlos, sería delito de leso patriotismo. ¿Qué quieren, qué piden los estudiantes? Un magistrado superior está ahí ; el Prefecto del Sena, por ventura. Se levanta sobre todos un mancebo de aspecto de león, un O' Connell de colegio : es el orador. Habló á nombre de todos, convenció, conmovió. El Gobierno está bien con los estudiantes ; anhela por complacerlos ; concedido. Viva Francia! los estudiantes han triunfado, pues no reclaman sino lo debido, no piden sino lo justo. Cazadores de Vincennes, Dragones de á caballo, sonriendo en medio del bosque de sus mostachos, están fraternizando con esa multitud inteligente y valerosa, que dentro de diez años será honra y gloria de la patria. Desgraciado del pueblo donde los jóvenes son humildes con el tirano, donde los estudiantes no hacen temblar el mundo!

805

Legajo Nº

CATILINARIAS

POR

JUAN MONTALVO.

SEXTA.

(TERCERA EDICION.)

GUAYAQUIL

IMPRENTA DE "EL TIEMPO."

1894.

7059

CATILINARIAS

POR

JUAN MONTALVO.



SEXTA.



(TERCERA EDICIÓN.)

GUAYAQUIL

IMPRENTA DE "EL TIEMPO."

1894.

F
3735
.M76
1894
V.6

SEXTA.

Tanto monta cortar como desatar.


El señor Santiago Pérez, ex-presidente de la Unión Colombiana, reproduciendo un trozo de la quinta Catilinaria en su periódico, dice: "Por qué fatalidad pluma como la de Juan Montalvo tiene que ocuparse en catilinarias contra Catilinas que todos juntos no valen uno de sus rasgos?" Porque erré el lugar de mi nacimiento, señor don Santiago, como ya lo han dicho de mí. Y nadie tenga esta razón por vanidosa, ni vaya á imaginar que yo deseara haber nacido en la capital de Francia ó en la de la Gran Bretaña: si mío fuera elegir el lugar de mi cuna, en un tris hubiera estado que no me decidiera por las regiones donde el Amazonas, rey de los bosques, gobierna en silencio á la naturaleza, ó sobre las orillas del Mississippi por donde van corriendo los Chactas y Atalas en busca de soledad para sus amores y sus dolores. Si hemos de ser bárbaros, venga la diadema de altas plumas, la chonta y el arco, primero que estas fundas de paraguas que llamamos pantalón, esta quisicosa de mangas denominada levita; este juicio desviado, este pecho corrompido, estos anhelos ilícitos, estas

pretensiones vanas que son herencia del mestizo de Sur-América con pujos de civilizado. Ciertamente que no hubiera escrito yo catilinarias entre los sachenes de los moscogulgos ni entre los jóvenes guerreros de los iroqueses: entre ellos no había un cara de caballo más ladrón que Juan Palomeque, llamado Ignacio Veintemilla; ni un viejo podrido en vicios, tal como José María Urbina: el jefe de la tribu es un soberbio hijo de la selva, gallardo de cuerpo, superior en sentimientos del ánimo, que rige á su gente con mero mixto imperio, respetado por su majestuoso señorío, admirado por sus virtudes, temido por su fuerza y su valor. Codicia no es oriunda de los bosques: el oro no tiene allí más valor que el que ha menester la india joven para el adorno de su gentil persona; y así no hay ladrones que lo roben, ni avarientos que lo sepulten, ni viles que entreguen cuerpo y alma por un puñado de esa reluciente porquería. Allí no hubiera yo escrito catilinarias, porque el gobernante no se lleva á su casa los caudales públicos, ni azota hombres con casaca y todo, ni castra á sus médicos, según que lo ha hecho y lo está haciendo el buitre blanco que se titula presidente de la República del Ecuador. Nó, allí no hubiera escrito yo catilinarias; hubiera ido á la guerra, desnudo el pecho, alta la frente, blandiendo mi lanza, y de persona á persona me tomara con un enemigo, más valeroso quizá, pero no más leal que yo, ni más puesto en el punto de la honra. Pero aquí, ó más bien allí, en esa tierra de fantasmas, ¿qué he de hacer sino arremeter con ellos, y alancearlos y desbaratarlos, aunque no sean sino monjes benitos y ovejas, siquiera por matar el tiempo y el fastidio? El que no ha pasado jamás una aventura de don Quijote, no sabe lo que es el mundo. A falta de pan buenas son tortas, y cuando nace la escoba nace el asno que la roya. Mientras la suerte me depara Filipos para filípicas, Verres para verrinas, lleven vuesas mercedes en paciencia que yo embista con esos cueros de vino llamados, presidente el uno, general en jefe el otro, y los despanzurre, y los mande capados de barbas al círculo de la Divina Comedia donde están pagando las hechas y por hacer los asesinos y los infames. Yo bien quisiera hallarme en situacióu de componer julianas contra Julio César, Napoleónicas contra Napoleón; mas qué he de hacer si esa pazpuerca llamada suerte; ese ignoran-

te hijo de la piedra llamado destino, me toman de la nada y me depositan en esa cueva de murciélagos donde el sol brilla pero no fecunda? Ya llegará el día, señores míos de mi ánima, que dando al diablo esta guerrica en que me hallo con sabandijas grandes, me abra al oceano, y me vaya á repuntarme con el príncipe de Bismarck y con el Matador de la sublime Puerta. En tanto que esto ocurre, soy un grano de anís, cual lo requieren adversarios tan diminutos como los míos, y lleno de verguenza hago mis entradas en el campo de las pasiones bajas y el crimen asqueroso, y á cuchilladas derribo en tierra las orejas de esos demonios pequeñuelos que allí se están hartando de la moral hecha pedazos y las virtudes que chorrean sangre.

Preguntado Alejandro, niño aún, si quería disputar el prez de la victoria, respondió que sí, puesto que lo disputase á reyes. ¿Dónde están los reyes á quienes yo les dispute la corona del triunfo? Tan lejos se hallan mis cueros de vino de ser emperadores ni gigantes, como yo de parecerme al gran muchacho que toma una falanje de macedonios y se va á la conquista del mundo. Pero la idea, señores, oh señores; pero la causa, pero la esencia de la guerra que hacemos los soldados de pluma, ¿no son motivos tan grandes y fundamentales cuando las habemos con gente noble y poderosa, como cuando las pleiteamos con follones de menor cuantía? Sir Philip Francis, el misterioso Junius, no saca á la luz del día sus terribles cartas de la inviolable oscuridad de la imprenta, por el gusto de combatirse con el primer ministro de la Gran Bretaña, sino por la gloria del triunfo, cuando el lord abusivo caiga al suelo agonizante, y las regalías del pueblo inglés queden reivindicadas. Ni Pablo Luis Courier estuvo contemplando la estatura de los enemigos con quienes iba á embestir, ni Cormenin le midió de arriba á bajo con los ojos á Luis Felipe, primero que entrasen á la estacada con sus folletos en la mano: iba de la libertad de los franceses y la dignidad de la monarquía, y allí estuvieron sus campeones, alto el morrión, alzada la visera. ¿Qué sería de los pueblos pequeños y desgraciados, si por desprecio á sus verdugos los dejásemos en sus garras sin tiempo ni esperanza? Libertad, ilustración, virtudes son unas mismas, ora se trate de cuarenta millones, ora de un millón de hombres; y tan benemérito será del género hu-

mano el que saque del abismo de la servidumbre á un puñado de gente desgraciada, como el que rompa las cadenas de un pueblo numeroso, y le abra los ojos á la razón y el orgullo. Voy á más y digo, que es más digno de alabanza y se granjea más títulos el que toma á pechos la causa de un pueblo barbarizado por la tiranía, que el escritor que sale con sus protestas en medio de infinidad de hombres inteligentes, á quienes no se les pasan por alto sus nobles fines, y de patriotas que le apoyan y sostienen, aplaudiendo sus propósitos y premiando su atrevimiento con las condecoraciones de la gloria.

El conde José de Maistre sostiene esta extraña proposición, que los pueblos bárbaros no son pueblos primitivos y principiantes, sino al contrario, los más antiguos y viejos que han caído en la barbarie por exceso de civilización y sabiduría Puede el señor conde abonar su principio con la historia, mostrándonos ahí toda el Asia hundida en la ignorancia y la ignominia del despotismo; empero no sería fácil para los que no internan el pensamiento en lo secreto de los siglos, convencerse de que las tribus que vaguean desnudas por nuestras selvas del Oriente; los aduares del África sin Dios ni ley, hayan sido en otro tiempo naciones perilustres, que cayeron por haber querido saber tanto como Dios. El estado natural del hombre es la civilización; la barbarie, su caída. Mucho tiene de razonable este modo de pensar; sino que Darwin sale por ahí y se afronta con ese respetable papista, haciéndole ver que solo á fuerza de trabajo, progreso y dolor ha llegado á ser criatura pensadora este animal originario de las selvas que hoy se llama hombre; las selvas, donde el joco y el babuino están todavía reclamando la sangre de sus venas que han transmitido á la especie humana. Que las naciones cultas de nuestros días adelantan hácia la barbarie por la carrera de la civilización, no hay quien lo quite: los pueblos, como los individuos, tienen un período conocido durante el cual se dan á entender que viven, acometiéndose unos á otros, y llenando la tierra de sangre, lágrimas y miserias: el último día de las naciones, el dios de las ruinas las señala para la nada, y allí está el olvido acreditando con el silencio que ese es el sepulcro de un imperio, y que en él yacen generaciones que en otros siglos llenaron al mundo de ruido y esplendor. En este concepto el dictá-

men del conde José de Maistre tiene su fundamento: la barbarie es la última página de la civilización: testigos Grecia, Roma: donde Perícles levantó las fábricas portentosas que ostentaban el último grado de cultura, la cimitarra de los hijos de Mahoma ha vibrado hasta ayer insolentemente en el rostro difunto de un gran pueblo; y donde la voz de Marco Tulio Cicerón desafiaba á las generaciones antiguas á igualarle en elocuencia, la esclavitud del espíritu y la razón está declarando que ese imperio vasto y poderoso ha caido, y el hombre ha bastardeado hasta frisar con la barbarie.

Quién duda que dentro de veinte siglos los refinados franceses volverán á ser galos, á quienes gobierne despóticamente una bárbara invisible, que alimenta su cerrilidad en lo profundo de los bosqnes, como Bolleda? Los alemanes serán germanos y teutones, y los ingleses orgullosos de su nombradía serán esclavos desnudos que van á ser vendidos en la feria de alguna gran ciudad futura. Ménfis, Aténas, Roma son panteones donde el tiempo, sepulturero inexorable, ha enterrado vivos muchos misterios provechosos; y como no hay tumba que no se vuelva cuna después de alguna resistencia de la soledad, de ellos, de los sepulcros olvidados, ha nacido esta mnchacha vencedora que llamamos civilización moderna. Ciencias, artes ¿qué son sino piedras rodadas de esos cementerios, de cuyas inscripciones y jeroglíficos han sacado nuestros hombres expertos la historia antigua, y con ella el saber y la importancia del mundo? Las ruinas ilustres son como los libros sibilinos: mucho ofrecen, mucho enseñan: cuando no creemos en ellas, sale de entre los ancianos pedrones una vieja maravillosa, destruye sus avisos inmortales, y hé allí que hemos perdido las dos terceras partes de la sabiduría de los dioses.

Que de la cumbre de la civilización comencemos el descenso de la barbarie, puede afligirnos, pero no debe causarnos maravilla: ley es de la naturaleza esta indefectible necesidad de destrucción, y por lo mismo hemos de rendir el cuello, sin cólera ni despecho, al yugo de la nada: que sin haber subido cuatro palmos esa montaña santa donde

resplandecen como nuevos profetas los bardos insignes, los filósofos esclarecidos, los artistas hábiles los héroes bien intencionados, los gobernantes regeneradores, los mártires ilustres, nos veamos caer en ese mar obscuro, donde están vociferando los crímenes y los vicios, con la ignorancia hasta el cuello, esto es lo que, en corazones bien formados y juicios rectos, debe infundir dudas amargas y pesadumbres de muerte. Las republiquillas hispano-americanas, donde el despotismo asiático gallardea, dando vueltas sobre sí mismo, ¿están principiando su civilización, ó son pueblos caídos en la barbarie por exceso de conocimientos humanos y de felicidad? Yo pienso que nuestra democracia alharaquienta es como el precito condenado á llevar una enorme peña á la cúspide de un monte: no ha subido cuatro pasos, cuando cae y vuelve al trabajo y el dolor. La civilización es para nosotros el peñón de Sisifo: no lo hemos levantado siete estados, y hénos allí caídos al pié de la montaña. La labor de los buenos es destruída por los inicuos: por un civilizador comparecen diez bárbaros que desbaratan sus obras: este es el modo. Entre las naciones, ó digamos nacioncitas, de nuestra raza indo-hispana, las hay que son muy desgraciadas; como la del Ecuador, ninguna. El diámetro de la órbita de la tierra tiene setenta millones de leguas: esta línea, dicen los astrónomos, es un punto imperceptible en el espacio, que no puede ser línea paralela del diámetro de las órbitas donde giran las estrellas grandes. Un millón de hombres ¿podrá ser punto de comparación con pueblos que se componen de treinta millones? El señor Santiago Pérez, sugeto de grandes antecedentes, escritor de primera clase, piensa que no, y me tiene lástima de verme envuelto y revuelto en el embolismo de desdichas y miserias donde se están ahogando felicidad y dignidad de un pueblo. El consejo que me da de huir de tierra semejante está fundado en una alta opinión personal y me cumple depositar mi reconocimiento en estas líneas. Mas los deberes de un buen hijo de la patria, por pequeña y triste que ésta sea, no concluyen ni donde principian la ingratitud y la injusticia. Víctima de una y otra, hago la última embestida, cierto de que no habré dado un paso en el corazón de los ecuatorianos, pueblo que ha llegado á no temer sino el azote, y á no apreciar sino la fuerza, aún en forma de crímenes y vicios. Apo-

yo, ni en sombra; galardón, ni en sueños: todo peligro, y grande, de la honra y de la vida. Tal es la suerte del patriota y del tribuno en país como ese con cuyas sombras quiso tenerme obscuro la providencia de Dios. No há mucho el Alcalde encargado de la Policía expulsó del lugar de donde vengo á una mujer denunciada por envenenadora. Yo la ví á esa condesa Giudicelli del vulgo: sus ojos estaban resplandeciendo negramente, envueltos en el espíritu de la Tofana: un *persignumcrucis* enorme, recuerdo, sin duda, de uno de sus jayanes, le servía de lunar gracioso, símbolo de conquistas de amor. La cabeza, sin peinar, era la de una mulata corrompida y perversa que tiene mucho de Meduza. Alta, seca: estantigua feroz, aún sin saber nada de ella le hubiera yo tenido miedo. Me echó en la calle un vistazo que fué un puñal: la sangre de sus ojos tenía sed de la de mis venas. Al otro día, á las seis de la mañana, pasó por mi puerta, corredor arriba, llenando de luto con su mirada escrutadora mi aposento. Por la tarde supe que el Jefe de Policía la había expulsado, por denuncio venido del Ecuador de que esa mujer traía un secreto pavoroso en su viaje. Y no es esta la primera tentativa de los civilizadores de la República; es la tercera. Pero mi ángel de la guarda me tiene debajo de sus alas: voy adelante, él va tras mí: me vuelvo atras, él me precede. A la derecha, á la izquierda, siempre conmigo. No nací para la felicidad, pero tampoco para la desgracia en forma de muerte desastrada. La muerte que le pido, Dios me la ha de dar: muerte de filósofo cristiano, sin dudas ni terrores por una parte, sin insolencia ni fatuidad por otra: creyendo en él, y no en las patrañas de sus difamadores; alabando sus obras, y no maldiciendo las de los hombres. De enfermedad decente, noble: con fuerza para sobrellevar los dolores, sereno ante la vida que me huye y la tumba que se está abriendo delante de mí. Sin remordimientos, porque no tengo crímenes ni delitos; sin vergüenza, porque no hay infamia en mi vida. Yo bien quisiera levantarme sobre la palabra divina, como Enoc, ó sobre un globo de fuego, como Elías, é ir á esperar el juicio universal en el paraíso; ¿ mas dónde están las virtudes acendradas y muchas que un escogido ha menester para aligerar el cuerpo y el alma, de modo que se eleve en el espacio sobre una llama invisible ó sobre una

voz del cielo ? El puñal y la estricnina de Ignacio Veintemilla han sido vanos ante la vigilancia de mi custodio impalpable : mi muerte no es cosa suya : deje esa obra al dueño de mi vida, y sea ella para que yo resucite en mundo mejor que el nuestro.

DIGRESION.

Entrando un día á mi casa en el pueblo de Colombia donde estaba refugiado, encontré en el patio una yegua, cuyo jinete acababa de salir á la calle, según me dijo mi sirviente. Si hubiera sido caballo ese huésped irracional, no hubiera yo hecho quizá pregunta de ninguna clase ; el ver una yegua allí no pudo ménos que despertar en mi ánimo una combinación de curiosidad y disgusto. Algo hay de extraordinario en el que monta en yegua ; si no es un mezquino hermafrodita, no se escapa de ser un Mari-Cruz, á quien se puede zurrar, sin mas efecto que sus lágrimas. Si la yegua es con cría, tened por bien averiguado que ese miserable nació para sacristán, ó que su arte y oficio son pedir para las ánimas en la puerta de la iglesia. *Eleemosynarum colletor ad suffragia defunctorum.* Don Antonio Borrero, ántes de que hubiese conquistado por la fuerza de su invencible brazo el solio presidencial de la República del Ecuador, montaba en yegua, no larga y desvencijada, sino corta de cuerpo, gruesa de barriga, las ancas exiguas y flacas, el pescuezo *de lánguida azucena*, bien como el del hipócrita de Gracian ; bajita y pasicorta. El mismo refiere en sus Memorias que un día que salió por aldeas y campos á pedir su acostumbrada limosna *ad suffragia defunctorum*, volviendo la cabeza después de larga meditación filosófica respecto del infierno, vió que la cría se le había desmanado, sin que él supiese en dónde. Echó al rededor una mirada investigadora, y descubrió allá en una loma el descarriado potro, hijo de su corazón. Don Antonio debe de ser perito en esto de silbar y llamar animales tiernos ; esta ocasión nada prestó su ciencia silbatoria, pues cuanto mas silbaba, tanto mas se internaba la bestezuela por un rastrojo en junta de otros muchos irracionales. El futuro Presidente Constitucional de

la República se hallaba en calzas prietas: tocó á somaten, y habiendo acudido sus carcaños, empezó á talonear, puesta la proa á su buena cría; pero la pazpuerca de la madre, que no sentía en los ijares rodaja mocha ni buida, lo echó al trenzado, y mátenla primero que salir de su habitual menudeo. El Presidente se moría. En los grandes conflictos, dice un filósofo, las grandes resoluciones son las que pueden salvarnos: don Antonio Borrero tomó la de hacer relinchar á su yegua; mas ésta, que no era el caballo de Darío, no quiso hacerle rey, si bien no falta en él el requisito de ser mago y primero muerta que decir oste ni moste.

Para que mis lectores del Ecuador no se queden en ayunas de este pasaje, les he de contar en dos palabras, que los siete magos de Persia, habiendo vacado el trono del gran Xerxes, se convinieron en que ese sería rey cuyo caballo relinchase desde luego. Darío, uno de los pretendientes, tenía un criado de esos que pueden arder en un candil: ¿qué hizo el camastrón? tomó en vísperas de la prueba el caballo de su señor, llevóle al camino por donde debían ir los siete magos, y entregándole una hermosa yegua, le grabó con el placer en la memoria lo que convenía se acordara en beneficio de su dueño. Otro día, hé allí que asoman por el campo los aspirantes al cetro del mundo, en soberbios corceles que piafan y bracean. Cada cual de esos grandes señores tiene pendiente la corona del relincho de su caballo; cuando, llegados al sitio donde el de Darío había estado ayer, la apasionada bestia sorbe con las fauces su felicidad reciente, y expresa su alegría con un agudo relincho. Tíranse al suelo los seis príncipes, y echados de rodillas ante el electo de la Providencia le proclaman rey y le adoran cabizbajos.

A don Antonio no quiere hacerle rey su yegua, como queda dicho. El presidente constitucional no es de los que se dejan poner la mano en la horcajadura, ni pierde jamás por carta de ménos, pues ahí trae en la manga lo que ha menester en un apuro: recogióse de hombres, adelgazó la garganta, y quebrando la voz dentro del pecho, la sacó fuera con tal arte, que su yegua misma no hubiera dado relincho más cumplido. Don Antonio tiene diablo: no se le va el conejo por falta de vencejo: mas qué demonio, el potro no venía: volvió á relinchar, y relinchó por tercera vez, y

siguió relinchando, hasta que el hijo del viento, conmovido y enternecido por el clamoreo de su madre, levantó la cerviz y contestó agudamente, poniéndose en amoroso galope en busca de ella y su señor. Desde entonces don Antonio, otro Ruy Diaz, juró no volver á montar sin espuelas, inadvertencia de la cual suelen dimanar muchas aventuras y desventuras. La del Cid Campeador fué que Vellido Dolfos se le escapó de las manos, y se metió dentro de las murallas de Zamora, después de haber dado de puñaladas al rey don Sancho; la de don Antonio fue que su buena cria erró poco de perderse para siempre, por falta de espuelas para su madre. Téngalas el Cid, y el traidor Vellido hubiera pagado con la vida su delito; pero ese día, mal pecado no estaba sobre Babieca, y el otro echó menos el acicate. Don Antonio, á quien no se le llueve la casa, juró á su vez no montar sin ellas; aunque no sabemos si ha hecho voto de castidad respecto de los estribos de palo y las alforjas.

Este don Antonio tiene la virtud de proporcionarme diversiones ó apartarme de mis objetos principales, aun en perjuicio de la unidad de acción. Por dicha la prosa se acomoda á salidas de todo linaje, y bien como episodio, bien en forma digresiva, podemos echar una cana al aire, yéndonos por esos trigos con tan curioso personaje. De la yegua de don Antonio á la del huésped misterioso que quedó en mi casa, no va mucho; aun cuando la de ese desconocido no era chiquita y barrigona como la del presidente, sino alta y soberbia, como la que montaba doña Isabel la Católica. Es un caballero de Bogotá, me dijo mi criada: dice que mañana llegan su gente y sus baules, y que pasará de largo. Di orden como se le diese un aposento y como se mirase por él en lo concerniente al comer y al dormir, y entré á mi cuarto. Tres días eran que el hombre estaba allí, y ni criados ni baules asomaban, ni él se llegaba á saludarme; antes eché de ver que rehuía los ojos, sin sufragar por la urbanidad sino con un principio de salutación sesga y oculta entre sombrero. Qué hombre tan comedido, señor, me dijo mi criada al cabo de ese tiempo: dice que él me enseñara á hacer un café que por acá no hemos probado: entra á la cocina, averigua lo que le gusta á su merced, y me quiere ayu-

dar en todo, con tan buena gracia que le he llegado á querer. Si perdí el color, no sé; no debió de haber sido así, pues no me suelo cortar en ningún caso. El mismo día había yo recibido por el correo del sur este papel: "Hace algún tiempo un extranjero estaba frecuentando la casa de Veintemilla. Tuvo con él encierros y conversaciones secretas. Era, según su propio testimonio norteamericano. Su nombre, Narciso Jones. Este individuo ha desaparecido: se dice que se ha ido por el norte: cuidado!" Mi huésped era Francisco Mena, argentino residente en Bogotá: no había pues cuidado. Una tarde noté que ese hombre estaba como en asecho tras su puerta entreabierta; y saliendo al corredor, llamé en alta voz: Narciso Jones! Francisco Mena salió de súbito sin saber lo que hacía; y reparando en su desatino, lívido, trémulo, balbució un "señor" confuso, y se quedó como un bausan. ¿Es usted Narciso Jones? No, señor; yo soy Francisco Mena. Dispense usted, amigo, la equivocación. Y me volví á mi cuarto. Este hombre es un malvado, le dije á mi criada, llamándola adentro: ha venido á envenenarme; guárdate. Isidora se santiguó aterrada: Santísima Virgen! dijo, y se soltó en llanto. Ni una palabra, ¿oyes? ni una palabra: yo sé como ha de concluir esto. Sin su profundo respeto, la pobre mujer hubiera hecho un escándalo de contado: no lo hizo, por obedecerme; mas la primera vez que se presentó en la cocina el argentino, no estuvo en su mano dejar de gritar: Señora Ignacia! Señora Ignacia! Una soberbia bolsicona de Imbabura salió á carrera de su tienda, y compareció ahí haciendo quiebros: ¿Qué hay? Este es, respondió Isidora. La bolsicona le miró al intruso con los ojos de los piés á la cabeza, y le dijo: Me alegro de conocerlo....—Señorita....—Salga usted de aquí!—Señorita....—Salga de aquí, ó vea lo que hace. Salió el huésped, y de ese camino á la calle.

A las nueve de la noche de ese mismo día un tropel y vocería inusitados en el zaguan me obligaron á bajar de prisa: había mucha gente. ¿Qué desórden es éste? Nadie responde. A la luz de la luna, en el centro del tumulto, mi sirviente y la bolsicona están prendidas de las barbas del argentino, el cual da voces furibundas, amenazando al cielo y á la tierra. Saquen á este hombre! échenlo afuera! Un gallardo pastuso amigo mío, llamado Pedro Eraso, le toma

por el pescuezo y le avienta á media calle. El miserable, al verse en país enemigo, se acoquina y alebresta, pidiendo por Dios le salven la vida. Acude el jefe municipal, y le mandan á buen recaudo á la cárcel salvándole, pues la gente popular le hubiera matado. Allí confesó que realmente habían ocurrido tres ó cuatro conversaciones entre él y el general Veintemilla; pero que su presencia en su casa no tuvo otro objeto que pedirle protección. El efecto de esas conversaciones y esa protección fué su viaje al norte, á pueblo desviado de todo camino real. Salió de la cárcel por empeño mío, para tirar hacia Popayan ese mismo instante, jurando por Dios nuestro Señor que se iría por ese lado, y una por una se fué, sin dejar ingratos recuerdos á orillas del Carchi.

Dos meses después, dirigiéndome al istmo de Panamá, llegué á Barbacoas, para salir por el Patías al Océano Pacífico. Esa misma tarde me trajeron un periódico de la ciudad, en el cual se leía que "el ilustre proscrito brasileño señor Alfredo Túper no había tenido con don Juan Montalvo en Ipiáles sino una discusión política un tanto acalorada, y quizá arrebatos literarios que no salieron un punto de los términos de la cortesía. Los avisos del "Star and Herald" adolecen de exageración, y aún de falsedad manifiesta." Y esto lo afirmaba Alfredo Túper Echenle mano! dije en el acto; ése es un pícaro Es el argentino Francisco Mena, el norteamericano Narciso Jones. El conejo ido, palos en el nido: allí fué el admirar su propia ingenuidad esos buenos hijos del Telembí; allí el echar maldiciones sobre el ladrón que les había echado una albarda; allí el poner las manos al cielo por sus relojes, pistolas y alhajas. Alfredo Túper, cargado de prendas de oro, anocheció y no amaneció, dejándoles un palmo de narices á los honrados señores que le habían favorecido con darle á componer mil preseas y artículos de estima. Comisión por aquí, comisión por allí, las cuadrillas de la Santa Hermandad no hubieran dado con el bellaco, más ladino, aunque no más gracioso que Ginés de Pasamonte. Y miren las pajarotas con que se los echó al bolsi lo á los expertos ribereños del Huahuí! Alfredo Túper, republicano ardiente, había urdido una conspiración contra la corona y la vida de don Pedro segundo del Brasil. Descubierta su proeza an-

tes de tiempo, don Pedro, hombre humano y generoso, le perdonó la vida, pero le desterró para quince años. Ocho llevaba de residencia en Bogotá, donde se casó con una viuda tan llena de atractivos como de virtudes. Dios le ha dado tres hijitos: dos muchachos admirables, y una chiquita "de este porte", decía midiéndola entre la mano y el suelo; y con el dorso de la izquierda se enjugaba las lágrimas. Su hermano primogénito, tan monarquista como él republicano, es coronel de la guardia del emperador: tanto le quiere este príncipe, que no ha podido negarle el salvoconducto para su querido Alfredo. Mi madre....mi madre.... mi anciano padre....mi tía Pilar....enferma....Y llora, llorando, les hacia llorar á los circunstantes. No hubo quien no le diese su reloj á componer, porque era relojero; su revólver, porque era armero, su anillo, porque era platero. Con más de dos mil duros y dos frascos de oro en polvo, Telembí abajo, fuélas á tener á Huapi, miéntras á los alguaciles les sudaba el hopo camino de Tumaco y de Esmeraldas. Con sorprendente instinto geográfico se internó por el Chocó, salió á Palmira, subió á Popayán y Pasto, y el dia menos pensado, don Ignacio de la Cuchilla tuvo en Quito á su inglés de vuelta á preguntarle si no queria se diese un nuevo tiento á la fortuna.

El argentino naturalizado en Colombia, el brasileño de don Pedro segundo, el norte-americano Jones no eran sino *el gago Martínez*, sargento primero de caballería en un escuadrón de Guayaquil. La madre de este caballero del milagro, mujer por todo extremo hermosa, y tan hermosa como de mala cabeza, se fué de Quito con un polizonte de los muchos que por acá suelen venir en busca de cama y rancho. Siguióla su marido, pero sin fruto. Caramba, decía el llanero, y esa mujer que se escribía ella solita unas cartotas! Adando el tiempo, los pichones de estas dos enamoradas palomas fueron á dar á Pernambuco, á solicitud de la fugitiva, libre ya del miedo de su consorte, quien había pasado á mejor vida. Allí aprendió el jóven Alfredo á chapurrar el portugues, á urdir conspiraciones contra don Pedros y don Juanes, á componer para él relojes ajenos, á llorar por sus hijitos, á hacer café sin igual, y á prestar sus servicios á esos padres de casa de mancebía que se llaman presidentes y generales en jefe de la República del Ecuador. El coro-

nel Martínez, de los centuriones de Flores, es célebre en ese país por su valentía y su lealtad como soldado; su hijo será famoso como discípulo de la marquesa de Brinvilliers y como ministro de obras secretas del conde Ignacio de la Pandilla.

Oyendo estoy desde aquí que don Antonio Borrero, á fin de mejorar y ennoblecer su caballería, me reduce á la memoria la yegua blanca de Mahoma, esa en la cual huyó el Profeta por los aires de la Meca en Jerusalen. Sea en buenhora, señor Presidente; mas sea también servido vuexcelencia de decirnos si vuexcelencia haría en la suya lo que el hijo de Abdul Motaleb y Codijah? Veamos si el señor don Antonio acierta á huir por los aires en su yegua, de Lima donde le preparan cencerradas y paliza, á Chile donde, según sus epístolas á sus corintios, le han proclamado Presidente legítimo é indefectible de una cierta República al pié del Cotopaxi? Si tanta virtud tiene su yegua como la de Mahoma, ¿por qué no se levantó arriba en la atmósfera, y se libró por arte de encantamiento de la soga y cantaleta que le dieron en el reino de sus antecesores los zipas, muiscas ó moscas? Sabido es que el licenciado Torralva pasó una noche de Valladolid á la ciudad eterna caballero en un palo de escoba: veamos si don Antonio no es para ménos, y levanta del patio de su mesón, y en dos ó tres horas se pone en la plaza del Vaticano á recibir las bendiciones de nuestro padre santísimo León décimotercio. Las brujas de España acudían á los conventículos de Zugarramurdi montadas en chivos, cabras, puercos y otras animalias *ejusdem fúrfuris:* don Antonio no haría mala figura si llegase allí sobre su yegua; y aún pudiera ser que Herodias, que es quien preside esos conclaves femeninos, le saludara con una sonrisa llena de promesas. Materias hay en que don Antonio no es gran diablo; ni puede ir á Zugarramurdi por los aires; y con todo su yegua debe ser para mucho. Veamos si concurre á las carreras de Chantilly, cerca de Paris, y se los lleva en el pico á Chispa y á Radina? Las yeguas árabes se beben el espacio, cuando los jóvenes beduinos tienen entre manos una aventura de amor del uno al otro estremo del desierto, ó van en busca de su adorada venganza

tras el enemigo que les ha irrogado agravio : ¿ cuál es el desierto que se bebe en su yegua don Antonio ? desierto era por ventura la ciudad de Quito, por cuyas calles pasaba, veloz como Hipogrifo, ó como sobre el alado Rabican, gritando él mismo ' ¡ viva Borrero !" ¡ viva el Presidente Constitucional de la República !" Qué amores tenía de la Cruz de Piedra á Santa Prisca, de San Sebastián á San Blas, cuando así devoraba el espacio á media noche, cuál joven beduino que lleva el infierno en el corazón, si va celoso, el paraíso, si justamente esperanzado ? Las beduinas de don Antonio siempre han sido como su yegua, y. gracias á Dios, no le hemos envidiado su buena fortuna. Ese moro Gazul se contenta con Maritornes y no le disgusta Mari Ramos, la de la gatita que halaga con la cola y rasguña con las manos. La belleza de las doncellas árabes está principalmente en los ojos, esos rasgados, negros, depósito resplandeciente de amor y felicidad ; por lo mismo don Antonio le cautivan esos de donde está mandando piedra azufre desleída por entre un laberinto de granos de caparrosa. Su yegua y un desierto, no más nuestro católico beduino. Lamartine tenía una linda yegua, inteligente, afecta á su dueño : cuando éste entraba al corral con el freno en la mano, la poética bestia alzaba la cerviz, levantaba la cola, y á largo trote describía tres ó cuatro círculos al rededor : después de esa elegante fuga simulada, venía por sus pasos y tomaba el bocado en los dientes. La yegua de don Antonio es yegua de equitación ; ¡ bruto femenino así tan donairoso ! Puede escribir el buen hombre un tratado de lógica sobre sn yegua, no nos hará creer jamás que ese avechucho sea del mismo sexo que la alfana de Isabel la Católica ni el Bucéfalo de Alejandro Magno

"En todo tiempo los gobiernos se han fundado y consolidado por medio de la cicuta y el puñal," dijo una buena pécora de feliz memoria en las Repúblicas hispano-americanas. El mariscal de Ayacucho es prueba irrefragable de la verdad de ese principio A Ignacio de Veintemilla, galopín de ese filósofo bribón, no le oí sino dos máximas en el tiempo qne tuve la desgracia de tratarle ; y pienso que no sabe otras, ni por leídas, ni por oídas. "No salgas con

la vejiga llena ni con la barriga vacía," suele decir cada vez que le importaba irse á la calle; y en presencia del Padre Santo había de llevar á efecto ese apotegma de Anacársis. "En todo tiempo los gobiernos se han fundado y consolidado por medio de la cicuta y el puñal," se dejó decir una ocasión en mi presencia. Habíansele grabado en la memoria estas siniestras palabras de uno de sus amos antiguos; pero será imposible oir de sus labios un término que envuelva un buen propósito ni una virtud. En lo tocante al puñal, más afortunado, cumplió su deseo: Vicente Piedrahita está enseñando con el índice desde la eternidad al filósofo que tanto sabe de gobierno y de política. Después de las "Catilinarias" de ahora un año, han salido, dicen papeles donde le llaman *hombre de bien gobernante ilustrado, ciudadano probo y de altos méritos.*

Mucho faz el dinero et mucho es de amar,
Al torpe face bueno et home de prestar.

El dinero puede mucho en la pluma y la lengua de los que lo apetecen á todo trance; contra la verdad, nada puede. Un jesuita español, puesta la mira en uno de los obispados vacantes del Ecuador, dijo que los cargos hechos al general Veintemilla por don Juan Montalvo no hacían sino crecer el lustre y los merecimientos de ese grande hombre. Don Juan Montalvo le acusa de estafa, robos muchos y muy grandes, embriaguez consuetudinaria, ineptitud lastimosa, ignorancia irremediable; le acusa de falta de patriotismo, de superchería y traición; le echa al rostro crímenes y vicios, pecados y defectos los más negros y ruines: el jesuita no afirma que las acusaciones son infundadas, ni sostiene que su héroe es inocente; lo que da á entender es que con todo eso, y cabalmente por eso, el consabido malhechor es más digno de admiración y aplauso. Casi no hay cargo en mis escritos que no tenga por comprobante un documento público: la barata del ferrocarril, donde el pícaro se aprovechaba de cerca de un millón de pesos, consta en varios contratos. La usurpación de diez mil leguas de tierras en el Oriente, dimana de una ley pedida por él y expedida por sus eunucos. El monopolio infame de las quinas consta en autos y litigios que le han promovido extranjeros

á quienes ha echado de los bosques. Robos menores, como el producto de la contribución de guerra impuesta sobre culpables é inocentes, y repartida entre él y el viejo *corredor de oreja y aún de todo el cuerpo*, se ejecutó á vista y paciencia de toda la República. El depósito oculto de treinta mil soles del erario en el Banco de Quito, y su repentina desaparición, fué denunciado por la imprenta por escritores sin miedo que citaron al Director de dicho Banco. Ignacio Veintemilla nunca ha tenido vergüenza de participar de la caridad pública de que siempre ha vivido su desventurada familia; limosna, uno de sus renglones: ocurre una campaña, y pone en la caja de la comisaría de guerra más de veinte mil pesos *de su propio peculio*. Exige además nueve mil pesos de intereses y los toma. Con órden falsificada del Ministro de Hacienda, exige por segunda vez sueldos de dos años, y rasga de los libros la hoja salteadora. Y ése, ese hombre sin nociones de moral ni asomos de probidad; ése, que ni tiene por conveniente ocultar sus fechorías; ése, para quien el abuso y el hurto son condecoraciones; ése es el hombre sin mácula, precisamente porque su abominable figura es una colección de manchas? En su concepto, él no roba; toma lo suyo donde lo encuentra, nada más. "Ladrón, ladrón," dijo una vez en casa de una señora que le estaba oyendo llena de maravilla; "ladrón, ladrón...... mio mismo es todo." Este pertenece á los *Hijos de Écija*, y no á los *Beatos de Cabrilla*. *Los Beatos* no tenían derecho sino á la mitad de los haberes ajenos, y no tomaban sino, legalmente, la mitad de la bolsa de los caminantes Cuando por zafar de ellos alguno quería dejar todo: De ninguna manera, respondían; con lo que es nuestro nos haga Dios merced. Y no iban fuera de camino los señores, pues fundaban su modo de vivir en el versículo y el precepto de la Escritura que dice: "Si tienes dos capas, da la una al pobre. Los *Hijos de Écija* no eran tan cristianos; ellos quitaban hasta el último cuadrante, y llamaban ladrones á los que desbalijaban. Como Ignacio Veintemilla, eran dueños de todo lo ajeno. Mio mismo es todo, dice. Suyo mismo es el erario nacional, suyas mismo son las aduanas; suyas mismo son las salinas: suyo mismo es el papel sellado; suyo mismo es el siete por mil; suyas mismo son las alcabalas; suyo mismo es el reloj de ese que allí viene; suyas mismo son

las cucharas de plata de las antiguas casas ricas; suyos mismo son los buenos caballos de todos. ¿ Dónde se halla el texto del Evangelio que le da esta propiedad universal á este gracioso Monipodio? Suyo mismo es; no roba nada. Los *Beatos de Cabrilla* no tenían derecho sino á la mitad de los bienes ajenos: Ignacio de la Pandilla es dueño de todo: "Mio mismo es." En este concepto, reconvenido por *sus sobrinos* de haber huído de Madrid, le llamó ladrón al italiano Juan Borella, á quien había robado dos mil duros. "No veían ustedes cómo me robaba ese pícaro? comida, á la cuenta; vinos, á la cuenta; coñac, á la cuenta; cigarros, á la cuenta. Hasta lo que le pedía yo en plata lo apuntaba, para venirme con esa lista de más de dos mil pesos. Ese es un ladrón; hicieron ustedes mal de oirle" Suya mismo era la repostería, suyas mismo las bodegas, suyos mismo cajones y baúles del propietario del *Hotel de las Cuatro Naciones* ¿ Qué mucho que sea *suyo mismo* el tesoro de la República del Ecuador? Tan lo cree así, que deponiendo airadamente á un director de estudios, por haber éste consentido en que una niña le llamase en un discurso cara de caballo, dijo: Ya el infame no comerá *de mi bolsillo* Las arcas públicas son su bolsillo: éste sabe mas que los *Beatos* de arriba. y aún que los *Hijos de Écija*. Eran éstas dos instituciones de España, semejantes á la cofradía de Monipodio, con sus respectivos cónsules, veedores, proveedores, cajeros y claveros...... El que quiera saber el fin, busque la materia donde más largamente se contiene, que yo paso adelante.

El jesuita y demás extranjeros que, sin conocer el Ecuador ni á sus malhechores, han rodado suavemente sobre el unto de Méjico, serán osados á decir que esos cargos carecen de fundamento? cómo pueden ellos estar al corriente de lo que no han tenido noticia? Acusación probada envuelve sentencia condenatoria; si ahí están las pruebas ¿ quién dice que no están? Los principios de moral son absolutos, y no relativos: probidad, rectitud, pundonor. grandes cosas que obligan á los hombres en todas partes del mundo. Vergüenza es, y lástima, que, personas de bien quizá en su patria, se despeñen así tan ciegamente en la iniquidad, á sabiendas de su falta de razón. Si por amigos de la

justicia ¿por qué no destruyen los cargos? si por instinto del bien, por qué no ponen de manifiesto las virtudes de su cliente? Decir no es hacer: extranjero que no conoce el pais de que habla, ni á los individuos á quienes defiende, mucho peligro corre de que escritores y lectores no lo pongan en el número de los dioses, ni...... de los hombres de bien. Tan poca cosa es la suerte de un pueblo, que el pícaro que le está arruinando á la faz del mundo, halle así, á tan poca costa, abogados y campeones que, sin ganar nada para él, pierden todo para ellos, fuera del ruín estipendio del servicio vano? Si cuanto yo he dicho de Ignacio Veintemilla puede ir con la señal de la cruz ¿cómo sucede que sacerdotes y cristianos que esperan la recompensa de la virtud y el castigo del crimen, toman por suya la causa del crimen, toman por suya la causa criminal, y se echan sobre el alma ese derrumbe de ignominia y delincuencia?

En la avenida de gente que salió de París huyendo del hambre y los peligros del sitio, tomaron hacia los Pirineos cuatro señores juntos con aire de Sur-americanos, y llegados á una casa de huéspedes,

En la villa de Madrid
Y en su calle de Hortaleza.

Miento: fué en la calle del Arenal, en el albergue llamado *Hotel de las Cuatro Naciones*. Al día siguiente, un periódico de la villa coronada, entre el retrato de Holloway y la máquina de coser de White, intercalaba este aviso: "Ayer llegó á esta ciudad el ilustre general Ignacio de Veintemilla. Está en el Hotel de las Cuatro Naciones." Cuatro duros le costó el aviso al viajero, sin más gloria que ver su triste nombre envuelto en drogas para la sarna y materiales podridos de zapatería. El ilustre general Ignacio de Veintemilla, el esclarecido mariscal Perico de los Palotes, el insigne capitán Juan de las Viñas, todo se sale allá. Ignacio *de* Veintemilla no será más ni alcanzará más que Diego de la Perilla. El primer gasto que hacía en ciudad adonde llegaba ese pobrete, era el aviso en el diario: Ha llegado el ilus-

tre general Ignacio de Veintemilla. Las píldoras del dicho Holloway ni la zarzaparrilla de Bristol son mas tenaces que ese potingue en los periódicos. Cosa es de tomo, ciertamente, la llegada de ese armatoste á París, á Madrid á capital europea chica ó grande. También llegan los sordomudos, los orates que van en busca de remedio para sus males; y llegan también los caballos de Normandía, cuando los empresarios de ómnibus los mandan traer por su valor. En el Jardin de Plantas de París he visto un paco ó *chazo llegado* de Riobamba, y un borrego enorme que había *llegado* también como curiosidad de su especie. El ilustre general Ignacio de Veintemilla, cuando le remiten á alguna parte, llega con esto de particular, que el borrego ni el paco, ni los caballos de los ómnibus se hacen anunciar ellos mismos en los diarios, mientras que la gran bestia de los Andes no está contento si reyes y emperadores, y Parlamentos y Academias no saben que ha llegado.

Cuando Garibaldi fué á Londres viviendo José Mazzini el gobierno de lord Derby le notificó su inmediata salida, á pesar de que Inglaterra es el asilo del mundo. Era tal la popularidad del conquistador de Nápoles, tanta la prisa de los ingleses á ver y victorear al viejo italiano, que los Ministros de la Reina tuvieron á bien estorbar esas demostraciones gigantescas en las cuales iban envueltos grandes pensamientos de política. Garibaldi, hombre de mérito, héroe de grandes hechos, no necesita sacar de su bolsillo cuatro pesos para hacer saber al mundo que ha llegado á Londres, á París: acaba de entrar á Milán, como no hubiera entrado Víctor Manuel, como no entraron Napoleon III y Macmahon después de las batallas de Magenta y Solferino. Los españoles, y principalmente las españolas, recibieron á nuestro Ignacio Garibaldi en su gran villa, cual no recibieron á los Reyes Católicos después de la unión de los dos reinos. Andando calle de Alcalá don Ignacio el católico apostólico romano, con esa cara de hereje (*Necessitas caret lege;* la necesidad tiene cara de hereje;) esa nariz donde Moisés ha herido con su vara; esa boca abierta; esos piés que parecen cuadrados de la hipotenusa; lento, gordo, flemático; una preciosa ojinegra, mirándole por ahí en un balcón ex-

clamó: "Bendito sea....Y qué animal será éste!" No sabía la bellaca que era el ilustre general Ignacio de Veintemilla, mas apuesto que Amadeo, mas benemérito que Calidini, mas valiente que Juan Prim.

El jesuita mencionado poco ha lleva muy á mal, no que el Ignacio Veintemilla hubiese hecho robos tantos y tan grandes, tantos y tan pequeños, sino que yo le hubiera llamado ladrón. Pudo el escritor, dice, insinuar la propia idea con algunos circunloquios y perífrasis, de suerte que los lectores viniesen en conocimiento de que allí había algo de ilícito; pero de ninguna manera tratarle como á un pícaro á quien llevan á la cárcel. Pues ahi tiene el reverendo padre que su bella compatriota no se anduvo tampoco por la cumbre del Parnaso en busca de términos poéticos y disimulados para llamarle *animal* al señor de las hebillas [de don Diego); sino que se lo dijo en las barbas, y le quedó mirando, sin dejar de admirar eso que en la calle se estaba moviendo como gente.

Sainte-Beuve, célebre que duerme con sus padres diez ó doce años ha, recuerda en su ameno libro de las Conferencias literarias de Lieja, que un tal Dumas, no el viejo novelista ni el joven dramaturgo, sino así un Dumas cualquiera, Dumas de poco más ó menos, como verbi-gracia un Adolfo Dumas, le pidió una ocasión le llevase á casa de Lamartine y le presentase al semi-dios caído. Vino en ello Sainte-Beuve: Famoso animal el que usted me trajo ayer! le dijo el poeta al crítico otro día de la vista ¿Con que lo que no es malo para dicho por el más culto y remirado de los poetas, y por el más prolijo y severo de los críticos, lo ha de ser para un simple mortal como yo? ¡Y en qué libro hallamos esas cosas si pensais! En uno donde están campeando Chateaubriand y Lamennais, Víctor Hugo y Lamartine, las señoras de Stael y de Beaumont! Si pues Lamartine y Sainte-Beuve le llaman sin empacho animal á un tonto, ¿por qué me he de privar yo de esta satisfacción? ¿Hay cosa más grata, expansiva, suculenta que llamarle animal á un cara de caballo á quien de bonísima gana doblláramos á palos? La española de la calle de Alcalá había leído las Conferencias de Lieja, cuando así con tanto donaire y gra-

cia le preguntó al viento: ¿Y quién será este animal? Para que vea el jesuita que así como á un ave zonza se le puede llamar animal, asimismo á un belitre largo de uñas se le debe llamar ladrón, sin andarse por las nebulosas para dar á entender con dificultad lo que uno puede poner á la vista holgadamente. El Consejo militar que juzgó al mariscal Bazaine lo condenó á pena de la vida, *pour avoir forfait à l' honneur:* no quiso decir por traidor, y dijo *por haber faltado á la honra.* Pero esto entre franceses ofende más, agravia más, y cubre de ignominia más que este simple vocablo: "Traidor". Marco Tulio Cicerón, dando cuenta al senado del fin de Lentulo, Cetego y más perillanes de Catilina, no dijo "han muerto", sino "han vivido"; pero en sus oraciones no se andaba con rodeos para acusarle á éste de incentuoso y parricida. El jesuita que censura el que á un ladrón se le designe con su nombre, es, sin duda, admirador de ese bardo compatriota suyo que llama á las estrellas *gallinas celestiales*; y por no decir sol, palabra de *gallo de fuego* Pues mi mudo Ignacio Veintemilla no es gallo ni gallina: cuando roba es ladrón; cuando usa del puñal, asesino sin perífrasis; y en todo caso es *pollo*, á causa de sus tiernos años. ¡Rara instrucción la de clérigo de misa y olla que no sabe los grandes asuntos eclesiásticos de la edad contemporánea! El ilustrísimo Dupanloup, obispo de Orleans, hallándose en la necesidad de proferir el nombre de Renan, lo profirió, y dijo: *Puis qu' il faut l' appeler par son nom;* puesto que es necesario designarle por su nombre. Y no se crea que ese venerable sacerdote no tuviera á quién imitar en esto, pues ahí está el viejo Lafontaine que llama por su nombre á la serpiente y deja para las generaciones venideras estas clásicas palabras: *puis qu' il faut l' appeler par son nom.*

Alojado estaba, pues, el señor de las hebillas en el Hotel de las Cuatro Naciones, comiendo tarde y mañana perdiz y lamprea, bebiendo á boca de jarro vinos de Francia, y contoneándose cual convenía á testa coronada como la suya. ¿Cigarros? pregunta un día, llegándose al mostrador. Habanos, señor general, de los comunes. ¿Comunes, insolente? ¿comunes á mí? ¿á qué llamais comunes, y qué es comunes en mi presencia? *Vuelta Abajo*, ú os paso de par-

te á parte con esta lanza. *Vuelta-Abajo* todo el día, puros de los de á medio fuerte la pieza; coñac superior, Chateau-Laffite, Champagne de primera clese, todo para que se cargue á su cuenta. Hasta billetes para el circo de toros y entradas para el teatro mandaba traer á la del dueño de casa. Coche con lacallo de librea, á la cuenta: viene el sastre; que se le pague en la secretaría: el zapatero; á la secretaría: elojero; el secretario. "Rothschild," estaba repitiendo á menudo; "letra para Londres." Este es un duque decía el dueño de casa; un lord de Inglaterra, contestaban los criados. Es un príncipe ruso. Quién sabe si el heredero del trono de la Gran Bretaña, viajando de incógnito, se halla entre nosotros? Es el mariscal de Saldahana de Portugal, afirma uno. De ninguna manera: Saldahana es anciano, y este *joven* no deja sospechar más de cincuenta y seis años. Debe de ser Kibrisly Mechemed Bajá, gran visir de Turquía. No, yo pienso que el *czar*: anda, sin duda, estudiando instituciones y costumbres de los pueblos, como Pedro el Grande. Duerme demasiado para estudiar nada, respondió el mayordomo del hostal; y bebe mucho para hombre de buena razón El mozo de cámara puso en duda toda la grandeza del desconocido, haciendo saber cómo roncaba, y cómo dormía, en cueros, y cómo hacía aguas en presencia de gente. Yo, señores, dijo, nunca podré creer en la principalidad de uno que no tiene vergüenza de servirse de mano ajena para ajustarse el braguero. ¿Es quebrado? Quebrado, señor; quebrado. Hum.... dijo el maestresala; el príncipe debe de ser un palanquín ó ganapan que ha hecho mucha fuerza antes de ser *general*. Ya lo veremos, respondió el amo: en el pagar y en el dar se conoce la gente de modo.

Un día convocó el señor de las hebillas á su aposento á sus tres aláteres, ó compañeros de viaje: Tráigame cada uno de ustedes todo el oro que tenga, y póngamelo en esta mesa. No es sino para media hora, durante la cual pueden ustedes no perderlo de vista, pues no exigo que se vayan. Es para una prueba: como buenos paisanos y amigos, espero que no me dejen mal. Miránrose unos á otros los señores, se hicieron del ojo, y uno de ellos preguntó: ¿Y para

qué Ignacio? Yo sé para qué: si no me dan gusto, ténganme por muerto en adelante. Salieron los tres individuos, ó indiviudos, como dice Veintemilla, y cada cual volvió con una buena porción de luises ó napoleones franceses, que fueron amontonados en la mesa. En esta sazón entra Juan Borella, hostelero, conversa un rato, y se despide:—Amigo Borella, aquí tiene usted cuanto dinero necesite.—Gracias, general; no hay apuro.—Cuatro, cinco mil pesos en oro, tome usted. Gracias, gracias general: á su tiempo.—Y salió el italiano lleno de confianza. Ahora dijo Ignacio Pillapilla, recoja cada cual sus escudos que no los necesito para nada, y larguénse. Valga la verdad; no se le pegó la cera ni en luis ni en napolión, y devolvió el último cuadrante. Otro día se llegó al secretario del establecimiento, y le pide doscientos duros. *Per Dio!* exclama el hostelero, allí presente; y esos montones de oro que vi ayer en su mesa, general? ¿Esa bicoca? hombre, si me la ganaron anoche al rocambor en casa del duque del Infantado Ya le pediremos al amigo Rothschild letra abierta, y veremos si el duquecito nos obliga á ir por el resto. Apaña los docientos duros ese día, y al cabo de tres pide ciento cincuenta. Rothschild, dijo, me escribe que instamente vendrá la letra que para Madrid le he pedido. ¿Qué es *instament*? pregunta una dama *sotto voce* al secretario. *Instament* es dentro de poco, inmediatamente. Ah, repite la dama; éste es un francés de distinción; dice *instament*.

Cuatro días más tarde, se vuelve á llegar á la secretaría, y pide trescientos duros. El secretario, perplejo, interroga con la vista á su patrón, y cuenta la suma: "He recibido", dice Kibrisly Mehemed Bajá, "un otro despacho tegreláfico: la letrita es de cinco mil libras estilinas, y puede ser que llegue hasta dimanche." Curiosa por demás debe de ser esa señora, pues no deja pasar ni el *un otro*, ni *el estilinas* ni *el dimanche* *Un otro*, responde el secretario, es otro; *libras estilinas* son libras esterlinas; y *dimanche* es domingo Este eztranjero sabe mucho, replica la señora. Y *el despacho tegreláfico* ¿qué será? Debe de ser despacho telegráfico, responde el secretario.

Volvió á pedir el príncipe ruso, y volvieron á darle; y pidió más, y todavía le dieron: ¡tan buena espalda tienen los pícaros! Buena espalda, sino lo sabeis, es buena suerte,

buena estrella. Cogió buen dinero, y lo jugó; cogió buen dinero, y lo enterró en los lupanares: comió bien, durmió á pierna suelta, bebió como un ilota, y se dejó estar allí unos cuantos días nadando en su grandeza. Invitado por sus compatriotas para un viaje al Guadalquivir, á la risueña Andalucía, se negó. Fuéronse los señores. A la vuelta mal pecado, Juan Borella, furioso, se le apecha: ¿Ese era el general? ¿ese era el gran señor? Valiente pícaro me trajeron ustedes aquí: ustedes pagarán, puesto que son sus sobrinos. ¿Sobrinos? responden santiguándose los viajeros; por lo que tenemos de Adan; no hay más parentesco entre ese individuo y nosotros amigo Borella. Pues él me dijo que ustedes eran sus sobrinos. ¿Y le dijo también que debíamos pagar sus gastos? El, como tio nuestro, debió haber pagado por nosotros.

El caso fué que el príncipe ruso le hizo saber un día al hostelero que sus letras habían llegado, y pidió su cuenta. Trajéronsela con el recibo al pié, según que es de uso y costumbre. ¿Pagarla? que vuelvan los tunantes. El acreedor, seguro de esa cantidad, puesto que allí estaba el lord de Inglaterra, descuidó un tanto su negocio. Por dónde ni á qué hora se fué el señor de las hebillas, nadie lo sabe. *Capo di Dio!* gritaba el italiano Borella, arrancándose las barbas á dos manos: si le llego á coger al caballero, en fuerte planeta fué nacido. Y tomó el tren de Bayona. Pero no antes que don Mariano Prado, marqués de Acapulco, hubiese comparecido en el hostal á preguntar por *el señor general Veintemilla.* El italiano fuera de sí, vuela al aposento del huésped misterioso, toma los arrapiezos que éste había dejado, y sacudiendo una camisa arambelosa y un pantalón mugriento á la vista del marqués: Este es su general, señor marqués! Sabedor de lo acontecido el grande de España, se fué lleno de rubor de haber hecho más de una visita á baladrón semejante. Y no se crea que por el nombre de Veintemilla, sino porque habiendo el joven Prado residido en Quito algunos años, como secretario de la legación española con el señor Bróguer de Paz, creyó de su deber dar una prueba de cortesía á esa gente ecuatoriana. Entre tanto Kibrisly Mehemed Bajá, lejos de irse á París como pen-

sara el hostelero, se metió por ahí en una aldea de los Pirineos, llamada San Juan de Luz, y se dejó estar calladito hasta cuando el chubasco amainase. Si me acusaran de haberme robado las torres de Nuestra Señora, decía un jurisconsulto parisiense, me escondería inmediatamente. El señor de las hebillas, ó Ignacio de Villadiego, no había robado torre chica ni grande, y no obstante juzgó de su deber meterse en un rincón á modo de conejo. ¿Quién le huele? ¿quién le levanta? Síganle los pinchados, y ahí se las den todas. Querellóse Borella de estafa ante el juez de un circuito de París, el juez dictó auto de comparendo, el príncipe ruso no compareció, y se acabó el cuento.

El marqués de Acapulco, grande de España, es persona abonada, y esta vivo en Madrid: diga si la escena del Hotel de las Cuatro Naciones adolece de un punto de falsedad. Los señores Rafael Barba Gijón, aristócrata rico de Quito; Manuel Semblantes, escritor; Julio Castro, ex-ministro de estado, fueron los *sobrinos* del gran visir, y ellos son los testigos de esa negra aventura que cubre de infamia, no tanto al bribón que la lleva á felice cima, cuanto al pueblo vil que le sufre y le tiene de *presidente de la República*. Castro, ministro de Veintemilla y aborrecedor mío, podrá quizá desmentirme, negando la verdad: cien veces ha dicho en libelos sin firma, que yo soy el ladrón, y no su camarada; pero él mismo no pudo refrenar su indignación cuando á su regreso de Sevilla, sabedor de la fuga de su Pílades, exclamó: "Qué Ignacio, haber hecho esto! más bien por qué no nos pidió á nosotros?" El presidente actual del Ecuador no puede salir de esta angostura, si no publica las contradicciones de los señores Barba y Semblantes. En todo caso, ahí está la boleta que expidió el juez de paz; ahí es á Borella, ahí el marqués de Acapulco. "Parece que ya ha mandado pagar eso" (parece y nada más], me dijo á bordo de un buque un *mudista* viajero. Si ha mandado pagar es claro que no consumó la estafa, ni se fugó de Madrid, ni fué demandado en París: limpio está de culpa y pena, y también de ignominia y vergüenza.

Dos famosos ladrones robaron en Guayaquil á una casa de comercio una gran suma : el pobre hombre del dueño estuvo para volverse loco. Al cabo de meses, una carta y una letra de Lima en su favor : era la suma robada con sus réditos cabales. Esos hombres de bien las afufaron al Perú, jugaron en Chorrillos, ganaron ciento cincuenta mil soles, y su primer atención fué restituir á su dueño el principal, con la esquela más agradecida y cortés que han escrito hombres pulidos. Vaquero y Mauleón fueron sin duda, hidalgos de devengar cinco mil reales. Vaquero ha muerto en la demanda, pobrecito, no sin haber visitado el palacio de Mazas y haber residido en él por algún tiempo.* Ignacio de Villacigo sería para cosas tan cumplidas como ese famoso caballero del milagro? Y digo si era simpático el muchacho! En Buenos Aires proscrito ilustre; víctima del tirano García Moreno, los periódicos le saludan y prometen gran porvenir en su patria. En Méjico es millonario, se hombrea con las testas coronadas del oro. En España, noble de primera clase, quebranta la cabeza á los testaduros chapetones, y vuelve locas de amor á más de una marquesa. Héle allí en la capital de Francia, lugar de cita de serenísimos príncipes, bergantes y polizones del mundo entero. Coche de día con lacayos de franjas amarillas : corceles árabes de un mismo color, un par de ellos que no valen menos de veinte mil francos : paseo por el Bosque de Boloña á las cuatro de la tarde, á trote imperial por la Carrera de la Emperatriz y el Arco de la Estrella. Comida en la fonda de Brebante ó en la de Bigní : cena en el Café Inglés : sorbetes y frutas heladas en casa de Tortoni. Palco en la ópera nueva, sillón delantero en la Opera Cómica. desafíos á la espada, si á mano vienen ; gran señor en todo, y tan bien agestado, que las muchachas alegres de los antiguos baluartes de París, ó *boulevares*, se van tras él diciéndole al disimulo mil apasionados chicoleos. Un día un joven quiteño entró carieacontecido en el albergue americano, y llegándose al lecho en donde estaba estirado un hombre muerto, levantó la esquina de la sábana que le cubría el rostro. Bello era el cadáver : su color de mármol fino recibía admirablemente esas dos largas madejas oscuras de barba á la inglesa que se descolgaban hacia los hombros. Cerrados los ojos, pálida la boca, los brazos se le extendían con las manos abiertas

á lo largo de los muslos. Era Vaquero, el gran señor, á cuya vida de embolismo y ficciones acababa Dios de señalar la última hora. Fernan Caballero dice que las demás naciones europeas pueden blasonar de Napoleones, Wellingtons y Garibaldis; pero que sólo en España ha podido florecer un José María. No de otro modo Bogotá, Santiago, Lima estarán envidiosas de Quito que ha tenido la gloria de dar un Pacho Vaquero, quien mil veces estuvo en poco que no se coronase emperador en cien partes del mundo. El cementerio de Montmarte abriga en sus entrañas los restos de este esclarecido ecuatoriano, á quien no le dará al tobillo Ignacio Veintemilla, áun cuando viva cien años como la corneja.

El citado Fernan es ciego partidario de José María, el Roque Guinart de la España moderna. Valiente, generoso, cortísimo, sin lo de ladrón hubiera sido un Duguesclin. Duguesclin, nó, pues para serlo necesitaba ser feo, muy feo, y José María era el pícaro más bien apersonado que nunca han visto la Olivera de Valencia, los Percheles de Málaga ni la plaza de San Lúcar. ¡Qué digo plaza de San Lúcar, ni Percheles de Málaga, ni Olivera de Valencia! Estos eran depósitos de gente bahuna ó soez canalla, y José María, todo un gran señor de cuchillo que se andaba noblemente en busca del peligro, robando con pulcritud matando con heroismo, y salvando muchas veces á sus propias víctimas á riesgo de la vida. No hay persona con tendencias á la caballería andante que siénta despego por Rochaguinarda, el héroe del Ampurdan: *los bandidos* de Schiller han vuelto envidiable para los jóvenes fantásticos de Alemania la carrera más dura y azarosa; y los bandoleros de Calabria estád rodeados de una aureola de poesía. De ser ladrón como Roque Guinart y José María, sable en mano contra el mundo entero, y dejarle para el camino honradamente lo necesario al viandante. Con las mujeres, un don Quijote de la Mancha, ese que por no dañar las redes con que estaban jugando las jóvenes pastoras, quería buscar otros mundos, y rendía la espalda á los piés de la hermosura. Mentir, fingir, engañar y fugar con lo ajeno, como Ignacio de Villadiego, es no tener puntas ni collares de hidalgo ni poe

ta: plebe de los criminales, el ladrón canalla es la deshonra del robo, y así como debajo del manto del Acibíades el libertinaje viene á cobrar semblante de rey, así un ladrón de elevados sentimientos en el ánimo viene á usurparle al héroe sus más hermosos resplandores. Ignacio de Villadiego no es bueno para José María, porque es gordo, hidrópico, pesado: no puede dar saltos de cabrito por las peñas, ni desflecharse como una sambra en su caballo á la vista de la santa hermandad ó la guardia civil que le persigue. No acierta á reirse de una cuadrilla de enemigos, huiendo en ellos y espantándolos, porque no tiene el brazo del gigante Orrilo, sino uno cerdoso y torpe, bueno para la azada. No cautiva corazones, y se lleva las más lindas prisioneras á su palacio en las rocas, según que lo verificaba Conrado, el pirata de Byron, porque no es el mancebo en cuya fisonomía están campeando el crímen y el amor en perfiles de fuego altamente seductores: él es feo, muy feo: esos ojos de besugo en esa cara de esfinge es rasgo de deformidad muy desagradable. Los pómulos semejan lomas hinchadas; las mejillas, flojas, caidas, son árguenas de fraile medicante. La boca amarilla, nauseabunda, no está debajo de un prudente disimulo sino merced á las dos greñas de bruja que el llama bigotes. Y no era feo el príncipe; yo mismo le conocí hombre pasadero, fuera de las orejas y los piés, que siempre han sido el duplo de ellos mismos: el aguardiente le ha desfigurado, la carne le ha perdido. Ahora es demonio incapaz de seducción. ó padre maestro provincial todo cogote y todo grasa. Hermoso bandido que infunde admiración y amor, no será jamás: estafador ruin que miente, engaña y desaparece el día menos pensado, esto ha sido, y esto será si la horca le da tiempo.

Pícaro de esta calaña halla defensores entre los que no le conocen ni saben lo que dicen. ¿Con que es más este Caderousse que un pueblo de un millón de almas arruinado é infamado por él?

Mucho faz el dinero et mucho es de amar;
Al torpe face bueno et home de prestar.

LO QUE ES LA VIDA, SEGÚN SÉNECA.

Vivir, Lucilio mio, es combatir, ha dicho este filósofo. La vida es la guerra: cada día una batalla, cada acción or-

dinaria una acometida. Los hombres no somos hermanos; somos enemigos; y si somos hermanos, lo somos á lo Caín y Abel. Hermanos, para quitarle su vaca al pobre, y envenenarle el perro al vecino. Hermanos, para seducirnos mdtuamente las mujeres y engañarnos las hijas. Hermanos, para hacer alarde de las desgracias ajenas, y fisga de las necesidades. Hermanos, para confiarnos secretos con más holgura, y echarlos en la calle á la primera oportunidad. Hermanos, para levantarnos quimeras y darnos de torniscones. Hermanos, para morirnos de ira, envidia, venganza, y andarnos bebiendo la sangre, cuando á gritos escandalosos, cuando en silencio y á la sorda. El que no es víctima es verdugo, ya lo dijo un gran poeta. La quijada del asno es nuestro tirso, nuestro caduceo: somos emisarios de paz, y sembramos la discordia; hablamos de fraternidad, amor; y nos echamos las manos á las barbas, y nos agarramos con los dientes A cuál de nosotros no podría preguntarnos el Señor: Caín, ¿qué has hecho de tu hermano? Señor, respondería uno, le maté con haberle quitado su esposa. Señor, diría otro, le maté con haberle vendido un secreto. Señor, diría éste, le maté robándole un caballito con que ganaba la vida. Señor, diría ese, le maté imputándole una acción que no había efectuado, un propósito que no había tenido. Andad, malditos, respondería entonces el Señor, yo os puse en el mundo para vuestra dicha, y vivís empeñados en cultivar y extender vuestra infelicidad.

No tan insigne guerrero como los grandes capitanes que ganan batallas, pero yo también peleo y he peleado. He peleado por la santa causa de los pueblos, como el soldado de Lamennais; he peleado por la libertad y la civilización; he peleado por los varones ilustres; he peleado por los difuntos indefensos; he peleado por las virtudes; he peleado por los inermes, las mujeres, los amigos; he peleado por todos y por todo. El que no tiene algo de don Quijote, lo vuelvo á decir, no merece el aprecio ni el cariño de sus semejantes.

He desollado verdugos, he desollado pícaros, he desollado ladrones, he desollado traidores, he desollado agiotistas, he desollado indignos, he desollado viles, he desollado tontos mal intencionados, he desollado ingratos, y, gracias á Dios, á justo título soy *un monstruo*. A mí también me han

desollado, con mano torpe, inhábil; pero yo no dejo mi piel; me la echo al hombro, y, como San Bartolomé, salgo muy fresco, porque un rocío celestial me baña en lo vivo, y destruye los ardores de esa inmensa llaga. [*]

PÁGINA PARA UN PROCESO, Á MODO DE NOTA.

Entre tantos libelos insensatos como Ignacio Veintemilla ha hecho publicar contra mí ántes y después de las Catilinarias, ninguno de sus abogados, me han dicho, niega en particular los artículos de acusación que gravitan sobre ese hombre sin ventura. La defensa de un culpable no consiste en cubrir de improperios al fiscal de la Nación, sino en desvanecer los cargos y poner á la vista la inocencia. Para negar los robos escandalosos de ese malhechor, no había lugar, pues ahí están los instrumentos públicos donde ellos se contienen: lo que convenía era llamarle "sujeto de probidad," "gobernante ilustrado," "ciudadano benemérito," á pesar de crímenes y vicios, ó cabalmente á causa de ellos. El dinero es un papagayo; habla sin inteligencia ni conciencia. Deseara yo saber si las pruebas humildes tienen fuerza de convicción en el pecho de hombres rectos y jueces acendrados Yo pienso que sí: la verdad puede ser descubierta por circunstancias de poca monta, y obrando en ella en el espíritu del juez, la opinión general queda formada. Ved aquí una prueba de pequeñez de un delincuente por mayor.

París, 5 août 1878.

Monsieur le géneral Veintemilla.

Je prends la liberté de vous adresser par l'entremise obligeante de Monsieur Manuel Cornejo la facture de chaussures que j'ai eu l'honneur de vous fournir dans le courant de 1872, s'èlevant à fr. 70.

Je viens vous prier, Monsieur le géneral, de bien vouloir m'en faire porvenir le montant; e'est une somme trés mince pour vous, et pour moi cela me rendra gran service. Je compte sur votre obligeance pour me solder ce compte le plutot possible, et vous prie d' agreer Monsieur le géneral, les salutations respectueuses de votre serviteur,

Pour mon père,
P. Segoire.

41, rue Vivienne.

(*) Esta conclusión la he tomado de «El Atropófago,» opúsculo que hice imprimir en Bogotá, y que mandé destruir sin publicar, por no haber salido á mi gusto. La traigo aquí, porque aquí encaja: servirá ella, además, de muestra de esa obrita, por si la dé yo á la estampa otra vez, purgada del metal que el tiempo ha convertido en escoria.

